



Mario Levrero

París

Comentario [LT1]:

A la ciudad de París, con las disculpas pertinentes

PARÍS

La gran estación está casi vacía. Me bajo del tren, desorientado, la valija en la mano derecha, el impermeable doblado sobre el brazo izquierdo contraído; resuelvo sentarme en un banco. Cierro los ojos y me invaden un cansancio extremo, una desilusión extrema y algo muy parecido a la desesperación. Un viaje de trescientos siglos en ferrocarril para llegar a París -un viaje durante el cual fui perdiendo casi todo, aun el impulso inicial que me llevara a emprenderlo; un viaje que al ir llegando a término me había devuelto fragmentos de ese impulso, abriendo camino a una esperanza remendada que ahora no tiene recompensa-, y encontrarme en esa misma estación desde donde había partido, trescientos siglos antes, y encontrarla exactamente igual a sí misma como demostración de la inutilidad del viaje; y encontrarme allí, en ese mismo banco -ahora lo recuerdo, es este banco- sin que nada haya cambiado en mi interior, salvo la cuota de cansancio, la cuota de olvido, y la opaca idea de una desesperación que se va abriendo paso. El viaje había sido insensato. Ahora lo sabía.

—Sin embargo —dijo una voz que me sobresaltó; abro los ojos y me encuentro ante un individuo alto, rígido, sombrío, cuyas facciones quedan disimuladas en la proyección de las alas de su enorme sombrero de cowboy—, sin embargo no me parece insensato emprender un viaje para darse cuenta de su inutilidad. Si usted cambia esa naciente desesperación por una calmada desesperanza, habrá obtenido algo que muchos humanos anhelan.

Dio media vuelta y se alejó por el andén. Pensé que era un simple maquinista y que sus palabras habían sido, si no convincentes, al menos dignas de atención. Pero no tengo ganas de pensar, en absoluto. Vuelvo a cerrar los ojos, aunque temo ser sobresaltado otra vez, o que me roben la valija y el impermeable que están a mi lado sobre el banco. Abro los ojos.

—Ahora —me digo burlonamente—, a conquistar París.

(Los trescientos siglos del viaje me habían llenado la ropa de polvo, y mis cabellos griseaban por la suciedad recogida -no sólo por la edad- y una barba de cuatro días me daba aspecto sospechoso; necesitaba un lugar, un lugar donde yacer y donde limpiarme.)

Me levanto con dificultad; la valija me resulta mucho más pesada y siento la inquietud de que alguien me la haya cambiado por otra. Busco la salida, arrastrando un poco los pies, y trato de orientarme. Me distraigo, en cambio, prestando atención a las baldosas; en los folletos de las agencias de turismo, y en casi todos los libros que se han escrito sobre París, figuran estas baldosas como una curiosidad especial, como una de las principales atracciones turísticas. Esta fama se debe, según los textos, a que en cada una de ellas se reproduce la imagen de la propia estación, no sólo en el aspecto externo sino también en todos los detalles interiores -incluyendo las mismas baldosas- mediante una

técnica similar, más desarrollada y con nuevos recursos, a la de los pintores cubistas. Yo imaginaba, al leer los textos (que jamás reproducen la imagen de estas baldosas), que cada una tendría un dibujo muy complejo, en el cual apenas se distinguirían algunas líneas; y más complejo aún el conjunto de las baldosas, que unidas perfectamente unas con otras - según se dice- también representa la totalidad de la estación y cada una de sus partes; pero estos dibujos son simples y yo veo en ellos más bien flores, tanto en el detalle de cada baldosa como en el conjunto, hasta donde me es dado abarcar con la vista. Es cierto que no son flores simples; pero para mí son flores, y no otra cosa; quizá, con mucho, puedan ser cristales de nieve vistos al microscopio.

No quise creer que los textos mintieran, y mientras me acercaba al primero de los taxímetros estacionados junto a la placita frente a la estación, pensaba en una estación de ferrocarril vista al microscopio, y en que quizás una estación de ferrocarril vista desde muy lejos pudiera parecerse a cristales de nieve, o a una flor exótica.

Me introduzco en el taxi, sintiendo el peso del gris que me rodea. El conductor parece dormido sobre el volante. También él tiene el traje lleno de polvo. Luego advertí telas de araña.

La tarde era tan gris como la estación, como la ciudad, como yo mismo. Me siento gris por dentro y por fuera y deseo vehementemente un cambio; pero desde hace tiempo me obsesiona la idea de estar demasiado ligado al mundo exterior; de que, en realidad, todo mi ser forma parte del mundo exterior; no puedo precisar los límites: hasta aquí el mundo exterior, aquí empiezo yo; de que no puedo cambiar mientras todo permanece inmutable alrededor, o cambia lentamente y en una dirección desgraciada. Dudo de mi propia existencia.

—¿Usted cree que pueda hablarse de un mundo interior? —le pregunto al chofer—. A veces pienso si no somos otra cosa que cortes de situaciones exteriores...

El hombre no me escuchaba. Noté entonces las telarañas. Lo sacudí, con un poco de asco. Estaba muerto, momificado.

Me tiro hacia atrás en el asiento y deseo poder dormir. Hace años que no duermo, tal vez por falta de necesidad, y no es que en este momento necesite hacerlo, pero tengo ganas. Me paso las manos por la barba. Tiene un tacto agradable, ofrece cierta resistencia. Pienso en cada uno de los pelos vistos al microscopio, enormes árboles plantados cuidadosamente en mi mejilla, creciendo a impulsos desordenados. Pienso en la yema de mis dedos, en las papilas táctiles, en mi forma de causarles dolor, de herirlas con mi barba; pienso que tal vez ese placer que me provoca el tacto de la barba en la punta de los dedos puede significar un dolor considerable para cada uno de los puntitos sensibles de las yemas. Si estas papilas fueran individuos con una conciencia de sí independiente, y quizá lo sean, qué angustia deberán sentir ante esta agresión injustificada, injusta... pensé en muchas otras cosas, sin poder dormir, hasta que por fin llegó el relevo, quitó el cadáver y

lo arrojó sobre las losas de la plaza.

Se ubica detrás del volante. Es un hombre joven, de ojos imperturbables, lampiño e indiferente.

Puso el motor en marcha y bajó la banderilla, haciendo desaparecer la palabra LIBRE. Un tictac creciente me comunica un sentimiento de urgencia.

—¿Adonde? —pregunta, sin darse vuelta, sin haberme saludado.

—No tengo dinero —respondo; hace una inclinación de cabeza casi imperceptible y arranca. La ciudad parece dormir. Realmente no ha cambiado nada desde mi partida; puedo reconocer -¿o es una trampa de mi mente?- cada uno de los viejos edificios y lugares; la memoria se me presenta como un fenómeno curioso, que me hace recordar las cosas apenas las veo o tal vez un instante antes de verlas, aunque hacia el final del viaje de siglos en ferrocarril no había podido reconstruir en esa misma memoria ninguna imagen de París; por eso sospecho de mi mente y me pregunto si alguna vez he estado aquí. Sin embargo, de pronto siento una rara excitación.

—¡Pare! —le digo al chofer. Había reconocido un lugar especial, y aparecieron todos los recuerdos juntos—. ¡Pare! Un minuto, por favor, solamente un minuto. Allí —señalo un pequeño comercio—, allí trabajé yo en un tiempo.

Me bajo, dejando la portezuela abierta, y corro hacia la vereda de enfrente. Entro al comercio: en su interior no ha variado el más mínimo detalle; incluso él está allí, ese individuo cuyo nombre no puedo recordar. Me sonrío con cansancio, y el bigotito acompaña a los labios que se curvan hacia abajo.

—¡Marcel! —recordé súbitamente su nombre—. ¿Cómo va todo?

Es un hombre pequeño, con guardapolvo castaño claro. Los párpados caen sobre la mitad de los ojos, dándole un aspecto soñador, o estúpido, aunque se trata en realidad de un vividor inteligente.

—Bien —responde, con seguridad aplomada—. Va bien.

Miro con simpatía las polvorientas fotos murales que decoran las paredes. Muchas de ellas son trabajo mío. El almanaque, el mismo almanaque, indica la misma fecha.

—¿Es posible? —pregunto—. ¿La misma fecha?

Marcel sonrío.

—No —dice, moviendo la cabeza. El almanaque cuelga entre dos fotografías apenas visibles ya por el polvo.

—No ha cambiado nada, tú no has cambiado nada, el local no ha cambiado nada —digo con admiración.

—¿Tú crees? —pregunta. Y luego—: ¿Te quedas?

—Hoy no —respondo—. Hay un taxi esperando, y no tengo dinero. A propósito...

Niega con la cabeza. Luego:

—No —me dice—. Hoy no hay nada. Pero la semana que viene —y sonrío de

nuevo—, la semana que viene, pues bien, hay trabajo. ¿No tienes tiempo de echar un vistazo? Las cosas han cambiado, realmente. ¿Recuerdas, aquel proyecto?

Yo no recuerdo. Él me habla, mientras aparta una fotografía mural que está sobre la pared, detrás del mostrador, y deja a la vista un pequeño rectángulo. El proyecto se trataba -y creo recordarlo a medida que Marcel me habla de él- de un número especial de una revista, preparado con unos veinte años de anticipación, necesarios, desde luego, por las características tan particulares del número; y ahora, dice, estamos alcanzando la etapa final.

—No tengo más tiempo —digo; el chofer había hecho sonar la bocina.

—Un segundo.

Me hace pasar por detrás del mostrador y mirar por el rectángulo. Tenía razón: las cosas habían variado durante mi ausencia. Antes, el local terminaba en esa pared; ahora se prolonga, según veo, en una enorme caverna. Hay en ella cantidad de aparatos técnicos, algunos water-closets, varias mujeres desnudas -al parecer encadenadas a las paredes de piedra-, y tres o cuatro hombres de guardapolvo blanco que trabajan en algo.

—Estamos llegando al final de la etapa previa —repite Marcel, mientras me aparto y le tiendo la mano para despedirme; estoy de veras apurado; el taximetrista ha hecho sonar la bocina una vez más—. Todo eso de los sobres obsequio, sabes, materias, orina, etcétera. Hay un Médico, un Especialista, un Escribano y un Notario Público controlando todo.

Yo asentí, y retiré la mano que Marcel se niega a estrechar; busca retenerme para seguir hablando del proyecto; pero decido no prestarle más atención.

—Hasta luego.

—¿Vendrás, la semana próxima? —me grita, cuando ya alcanzo la vereda.

—Sí —respondo, y corro hasta el taxi que apenas me da tiempo a subir. Arranca a gran velocidad, y la portezuela, que había quedado abierta, se golpea varias veces antes de que pueda agarrar la manija y cerrarla.

Por el retrovisor compruebo que el chofer tiene cara de enojo, el ceño fruncido. Le pido disculpas.

—Sabe —digo—, yo trabajaba allí, con Marcel, haciendo fotos. Uno de los mejores empleos que he tenido.

Y siento la necesidad de explicarle el proyecto, especialmente porque ahora lo voy recordando con nitidez, en todos sus detalles, desde sus orígenes, y a pesar de saber, de tener la certeza de que no debía hablar del asunto; siento que es una traición a Marcel, y quizás a mí mismo; pero tengo la necesidad imperiosa de hacerlo, y se lo explico entusiasmado:

—Un viejo proyecto, un número especial de la revista París-Hollywood. Sobre la necrofilia, y etcétera —digo, echándome un poco sobre el borde del asiento delantero para que no pierda ninguna de mis palabras y al mismo tiempo pueda apreciar, con el rabillo del ojo, algunos de mis ademanes—. Modelos que comenzaban a decaer firmaron contrato

para documentar las etapas de su envejecimiento y fotografiar su muerte violenta veinte años después; será un número sensacional, esperado ansiosamente por un millón de onanistas, coprófagos y tipos así, de esa clase, en todo el mundo. Tendrá mil páginas, dos mil quinientas fotografías, y sobrecitos de obsequio, especiales...

Me detengo cortado, porque el taximetrista hace como que no escucha, y va frunciendo el ceño en forma cada vez más pronunciada. Me echo hacia atrás en el asiento, suspirando.

—Será un gran número —digo, sin convicción, y me atacó la náusea al pensar en la inmundicia de todo lo que había estado diciendo, y vomité bilis sobre el asiento delantero. El chofer permaneció imperturbable.

Apreté con fuerza la valija sobre mis rodillas y entrecerré los ojos, tratando de relajar los músculos. Casi sin darme cuenta seguí hablando, no especialmente con el chofer, ni en voz muy alta; hablé de la memoria, de mis cavilaciones en torno a la identidad y la memoria, de mi incertidumbre acerca de los límites del mundo exterior.

—¡Oh, cálese! —gritó al fin el chofer, como herido súbitamente; frenó el taxi y luego comenzó a trazar un semicírculo—. Ahora debo volver, maldito sea —completó el semicírculo y emprendió el regreso a velocidad creciente. Estaba pálido y cada vez más rígido al volante. Observé por la ventanilla que no estábamos exactamente en la ciudad, sino en algún punto de las afueras; pero pronto aparecieron de nuevo los suburbios.

Con los labios apretados que apenas podía despegar, el hombre murmuraba, como un cántico, que debía volver que, ahora, debía volver. Al llegar a la plaza tuvo una convulsión, pero logró frenar por completo el coche antes de caer sobre el volante.

—¡Oh, no! —dije—. ¡Otra vez, no!

El mismo paisaje, la misma inmovilidad dentro del coche. El hombre estaba muerto. Me reprocho una vez más la insensatez del viaje y me aferro a la valija sobre mis rodillas.

Opté por quedarme en el asiento, a la espera de otro relevo. Pero el cadáver del primer taximetrista continuaba tirado sobre las losas de la plaza, y pensé que ahora, en París, el tiempo tenía una nueva forma de transcurrir mucho más lenta.

Y existían mecanismos que ignoraba: en esta oportunidad no habría relevo. A los pocos minutos llegó un camión remolque, y de él bajaron dos operarios y rápidamente pasaron la cadena del guinche por el eje de las ruedas delanteras y levantaron el taxímetro. Eran hombres pequeños, de overall amarillo, y no parecieron reparar en mi presencia: Subieron al camioncito y lo pusieron en marcha. Volví a abrazar la valija y me dejé conducir, a ritmo lento, por las calles de París.

Ahora mis recuerdos eran distintos. Más completos; tal vez sobrecargados de fantasía, aunque no tenía modo de comprobarlo. De todos modos me pareció que mis nuevos recuerdos eran demasiado precisos, demasiado fieles, y en demasiada cantidad; sabía así todo con respecto a cada una de las construcciones, y de las personas que las

habitaban actualmente, y de las que las habían habitado, incluyendo nombres y ocupaciones. Traté de serenarme; no podía absorber tal cantidad de información que me llegaba a torrentes y que, además, me resultaba por completo inútil. Al mismo tiempo, al detener los recuerdos (o la fantasía), afluían entonces los pensamientos, que también comenzaron a resultarme ajenos y fatigantes (quizá justamente por lo que tenían de familiares y reiterativos).

No habían quitado el cadáver del chofer; ahora se sacudía brevemente con las irregularidades de la calle que hacían saltar el coche. Volví a mirar por la ventanilla y esta vez, por fortuna, me hallé en una zona desconocida, o por lo menos mi memoria estaba cerrada para los posibles recuerdos de ella. Como en todas partes, se veía poco movimiento de gente y también aquí todo era gris.

El remolque paró en una calle que me pareció igual a todas, y el taxímetro fue a chocar blandamente contra el paragolpes trasero, acolchado de goma. Los dos hombres bajaron y uno de ellos abrió la portezuela del taxi. Bajé, con la valija siempre en la mano derecha y el impermeable doblado sobre el antebrazo izquierdo. El hombrecillo cerró la portezuela y me hizo una señal con la mano hacia el cartel que pendía, saliente, sobre un viejo portal muy estrecho; el cartel decía ASILO PARA MENESTEROSOS. El otro hombre de overall volvió a subir al remolque.

Entré, seguido del hombre de amarillo, quien ahora tenía la gorrita (también amarilla) respetuosamente en las manos, y me hallé en un zaguán; a la izquierda se abría una puerta bloqueada por un mostrador, tras el cual dormitaba un portero, o un cura; tenía sotana, como los curas, y una gorra de portero. Quizá fuera ambas cosas, pensé.

TOQUE EL TIMBRE -se leía en un cartelito sobre el mostrador, y apreté el botón de plástico negro a una nueva seña del hombre; el timbre sonó estridente en exceso, apenas lo toqué, y el cura o portero despertó sobresaltado.

—Qué... qué pasa... —murmuró, tratando de abrir los ojos y comprender.

—Uno que no tiene plata —dijo el hombre de amarillo jugando con su gorrita, haciéndola girar entre los dedos.

—Ah. Ah —respondió el otro, mirándome, aún sin darse cuenta de la situación—. ¿Quiere una pieza?

—Antes —dijo el de amarillo— tiene que pagarme el viaje; ida y vuelta a Chennevieres-sur-Marne, desde la estación de ferrocarril, y remolque desde la estación hasta aquí: son treinta y cinco dólares.

Entró una mujer. La miré de reojo, y me pareció que tenía aspecto de prostituta. Retrocedí un poco para observarla bien cuando pasara junto al mostrador; lo hizo sin mirarnos a ninguno de los tres. Llevaba pollera negra y brillante, muy corta; los labios exageradamente pintados, medias de malla, una boina roja, torcida, sobre el pelo teñido de rubio que caía sobre los hombros desnudos; el vestido era muy escotado, y le apretaba los

pechos, que asomaban en forma evidente. Comenzó a subir una escalera, que había al fondo del zaguán estrecho y largo, con un andar lento y contoneante.

—Bien, bien —dijo el cura, o portero, y sopló sobre el mostrador levantando una nube de polvo. Sacudió unos libros, también llenos de polvo y al parecer muy antiguos. Abrió uno de ellos y buscó una hoja en blanco—. ¿Su nombre? —preguntó, y pensé que se refería a mí, pero luego comprobé que se dirigía al hombre de amarillo.

—Clouzot. Alberto Clouzot —respondió, luego de cierto titubeo.

—¿Ocupación?

—Chofer de remolque.

—Bien, bien —repitió el cura, o portero, mientras anotaba los datos en el viejo libro.

Se veía aún parte de las piernas y los tacos de la supuesta prostituta; luego desaparecieron en un recodo de la escalera.

El portero (o cura) se retiró del mostrador y también desapareció de nuestra vista. Observé la piecita, pintada de verde, con un escritorio en el centro sobre el que colgaba una pantalla; en la pared frente a mí había un almanaque (no alcancé a leer la fecha) y un par de cuadros cubiertos de polvo. Todo está cubierto de polvo —descubro—, tan cubierto de polvo como yo mismo. Me pregunto si las cosas y las gentes, durante los trescientos siglos de mi viaje en ferrocarril, se han detenido en el tiempo y sólo el polvo se habrá movido en la ciudad, acumulándose sobre las cosas y las gentes. Pero también el tiempo parecía haber cambiado, aunque no pudiera darme cuenta en qué medida, en qué dimensión.

El hombre regresó, desde la izquierda de la piecita —un lugar al que mi vista no tenía acceso—, con los dólares y un recibo que el chofer debía firmar; así lo hizo y luego tomó los dólares y se retiró, saludando con dos dedos junto a la sien derecha antes de ponerse la gorra y salir.

—Bien, bien —dijo, una vez más, el cura (que parecía estar más despierto); se había quitado el gorro de portero y ahora se veía a las claras que se trataba de un cura—. ¿Y tú quién eres, hijo mío? —preguntó.

Observé que era un hombre de mucha edad, más bien gordo —aunque el aspecto obeso estaba dado por una triple papada, que resultaba chocante bajo ese rostro enjuto y un cuerpo no muy grande—, los ojos azules llenos de cansancio y de bondad; y la voz era también cansada y buena, pero el hijo mío me sonó un tanto irónico.

—Esa es una de las cosas que estoy tratando de averiguar —respondí—. Actualmente ni siquiera sé si realmente soy.

—Es una buena respuesta —dijo, esto sin ironía, y anotó algo que no pude leer en otro de los libros polvorientos—. La valija —dijo de inmediato, extendiendo una mano.

—No, la valija no —respondí—. La valija viene conmigo.

El cura se encogió de hombros.

—Ya te la quitaremos —murmuró. Abrió un cajón y extrajo una llave, atada con un

alambrecito a un trozo de madera que tenía el número 24 dibujado con algo que había quemado la madera—. ¿Con o sin? —preguntó, mientras me alcanzaba la llave, con cierta ansiedad en la mirada que, de pronto, perdió el aspecto de bondad y se me antojó perversa.

—Con —respondí, pensando en el baño privado; pero se trataba de otra cosa. El cura sacó un librito del cajón y me lo alcanzó.

—No es un catálogo estrictamente actualizado —dijo— pero —y rió con picardía— si no las formas, al menos los estilos se mantienen.

Tomé el librito y lo hojeé rápidamente; era un catálogo de mujeres desnudas. Me sentí inquieto. Debí, quizás, explicar la confusión que había sufrido, pero me dio vergüenza; y el cura parecía satisfecho, había recuperado la mirada bondadosa en el preciso instante de mi respuesta. Tratando de que no advirtiera mi turbación elegí, o simulé elegir, la foto de una de las mujeres -aunque dejándome guiar por el azar o por alguna primera impresión fugaz. Le extendí el catálogo, abierto.

—Bien, bien —dijo, satisfecho—. Se llama Angeline; ahora es tuya. Vendrá esta noche, o mañana, apenas pueda localizarla.

Pregunté la ubicación de mi pieza.

—Arriba —dijo—, segundo piso por la escalera —pero tenía deseos de seguir hablando—. Ahora es un poco más difícil localizarlas, han pasado tantos años. Antes, todo era más sencillo. París se ha vuelto en exceso burocrático —agregó— y, mientras uno duerme, las cosas siguen su curso, y uno se vuelve viejo.

—Sí, sí —dijo, pensando en mi viaje y en los años sin dormir—. Sí.

Mi asentimiento le hizo cobrar nuevas fuerzas; de inmediato me arrepentí de haberle respondido. Sin embargo, después de una enorme cantidad de palabras que traté de no escuchar y que carecían de interés, agregó algo de importancia.

—Recuerda: la puerta del zaguán no se cierra, pero mira hacia la vereda de enfrente; de aquí no sale nadie.

Sentí un estremecimiento. Miré hacia enfrente y vi, recostados a una pared gris rojiza, un par de carabineros que miraban hacia este lugar y empuñaban antiguos mosquetes, con el dedo en el gatillo.

Asentí en silencio, y comencé a subir la escalera.

—Y ya te sacaremos la valija, no te preocupes —le oí decir a manera de despedida.

Cada uno de los escalones de mármol, cubiertos todos de polvo, tiene dibujada la forma de los zapatos de taco alto de la prostituta que ha subido hace un momento; como si durante mucho tiempo ninguna otra persona hubiese utilizado esta escalera. Traté de que mis zapatos coincidieran, en lo posible, con las huellas de la mujer, sin saber bien por qué; quizá hay en el polvo acumulado algo que me impresiona, que me inclina al respeto.

Sigo hasta el segundo piso; la escalera desemboca en un pasillo, con puertas a ambos lados; cada una tiene un número, pero ninguno de ellos es el 24; en realidad, van del 25 al

48, impares a la derecha, pares a la izquierda. Bajo entonces hasta el primer piso, que es una réplica del segundo en cuanto a extensión y forma del pasillo, y próxima a la escalera está la pieza 24.

Está cerrada sin llave; entro. Es una pieza pequeña, que comunica con un pequeño cuarto de baño. Cerré por dentro con pasador, dejé la valija en el piso y el impermeable sobre una mesita, y sin desvestirme ni quitarme los zapatos me tiré sobre la estrecha cama turca, que crujió. El techo había sido blanco; ahora estaba lleno de manchas, quizá de humedad, que componían una decoración interesante; pero ya tendría tiempo de jugar con los elementos decorativos. Cerré los ojos y traté de descansar.

Sin embargo el descanso es algo que se me niega sistemáticamente. La mezcla de preocupaciones, nuevas y antiguas, personales y cósmicas, hizo afluir otra vez el torrente de pensamientos; cada uno de ellos tiene algo que decir, y quiere destacarse por encima de los otros, reclamándome, tratando cada uno de llevarme en una dirección distinta. Procuero escaparme, busco fijar la atención en una sola cosa; pienso en París, y de inmediato surgió la comparación entre el París actual, que yo estaba conociendo o reconociendo, y el que de alguna manera yacía latente en mi memoria. Quiero definir hasta qué punto esta memoria es verdadera, y aparece una inquietud mayor que las anteriores; comprendo que durante el viaje me dirigía a París con una actitud, si no turística, un tanto novelera; como si viajara a París para conocerlo; ahora me imagino a mí mismo, durante ese viaje sin memoria, haciendo conjeturas y fantaseando en torno a la ciudad, en torno a lo que esperaba ver y descubrir allí; luego, una vez en la estación, comencé a vivir las cosas de otra manera, a recordar.

Mi comportamiento es el de quien regresa después de mucho tiempo, más que el de quien llega a un lugar desconocido (con excepción de las baldosas de la estación de ferrocarril, que me resultaron nuevas). Pienso que Marcel me había reconocido, y quizá sea este el único dato concreto y cierto en que apoyarme. ¿O tal vez me había confundido con otra persona?

Ahora pienso en la imposibilidad de salir de aquí; por algún motivo esto no me inquieta, como si en algún lugar de mi mente tuviera depositada la certeza de poder hacerlo, de poseer algún recurso secreto que pueda utilizar cuando me sea necesario. Pero, en este momento, no siento la necesidad, y me parece que podría estarme mucho tiempo aquí dentro.

—Debo descansar —me digo, y trato de relajar los músculos, especialmente los de la nuca y la mandíbula; tenía los dientes apretados, y al mover la cabeza lentamente hacia uno y otro lado siento un crujido leve—. Debería dormir. Vengo de un viaje demasiado largo... y... ¡sí, Dios mío! —me incorporé súbitamente, ante la certeza, y continué la frase con lentitud y admiración—: ¡... muy pronto deberé emprender viaje otra vez!

Me senté en la cama, apoyando la frente en la palma de las manos, los codos sobre

las rodillas. Necesito comprender, pero toda comprensión escapa por completo de mi mente. Siento como si la comprensión fuera un objeto real y vivo, con personalidad propia, que se burla de mí, se escabullía, se escondía y de pronto asoma y me hace señas desde un rincón.

Me tiendo nuevamente en la cama, que volvió a crujiir. Me impongo la idea de aceptar este caos mental como un hecho irreversible, propio, necesario y querido; como si se tratara de un rasgo físico, natural e intransferible, incambiable, que debe ser aceptado porque no cabe otra posibilidad. Así, puedo ir relajando los músculos y descansar la mente; y la idea del viaje me parece ahora más aceptable. No será inmediato; y están los trámites del pasaporte, que probablemente me llevarán, con las nuevas disposiciones - necesariamente más complejas que las antiguas- muchísimo tiempo; sin embargo, la idea de la inutilidad del viaje, pasado y futuro, deja un poco de inquietud encendido en mi mente.

—Si pudiera dormir...

No; no puedo dormir. Pero en cambio puedo soñar; soñar voluntariamente, despierto. Creo recordar haber utilizado este truco, más de una vez, durante el viaje; de cualquier manera, sé que en este momento me es posible hacerlo sin dificultad. Es cierto que no trae descanso verdadero a la mente ni al cuerpo; en la mente se forma un estado pasivo de alerta, un espectador que al mismo tiempo es actor de la obra que se va a representar; pero el espectador ignora el argumento, y asimismo lo ignora el actor, y el escenario es infinito.

Poco a poco fui abandonando los pensamientos y al fin advertí que había comenzado la función; pero comprobarlo me arrancó por un instante de ese estado. De inmediato controlé las cosas y continué soñando. En principio aparecían imágenes deshilvanadas; al cabo de un rato comencé a seguir la pista del argumento y a comprender la coherencia interna de aquel mundo que ahora transitaba. Camino por una playa desierta. El sueño es en colores. El tacto de la planta de los pies me hace notar los granos de arena, y las particularidades de cada uno. No ando demasiado lentamente, pero la percepción es muy rápida y puedo registrar todos los granos de arena sin mayor dificultad, sin necesidad de detenerme en cada uno. Llevé los granos a un tamaño apropiado, aproximadamente la mitad de mi estatura, para poder contemplar visualmente aquellos que más me interesaban. Los hay de brillos notables, multidimensionales, cada una de las aristas refulge como un espejo; otros, apagados, como esculturas viejas o formaciones de coral; y en medio de un conjunto de ellos, una minúscula construcción, cuadrada y blanca, fabricada por el hombre; cuando adquirió el tamaño adecuado me metí en ella. Es un bar, en medio de la playa desierta. Estoy sentado en una mesa, frente a una mujer.

Ahora sigo a la mujer hasta una casa próxima a la playa. Las paredes son violetas y descascaradas, la arena de la playa también es violeta. Las paredes no tienen una tonalidad uniforme, aunque son uniformemente violetas: hay una riqueza de matices, o quizá sea la

luz de la puesta de un sol nublado, que enriquecía los colores de las cosas. Ella no se detiene en ninguna de las habitaciones, las que no alcanzo a ver más que vagamente. Va despojándose de sus ropas y dejándolas caer al suelo; su cuerpo desnudo y el movimiento que le imprime al caminar hacen que comience a desearla tenazmente. Pero la pierdo, desaparece en un recodo del pasillo que da a una pieza vacía.

La tapa de un sótano ha sido quitada y echada a un lado. Comienzo a bajar la escalera de piedra, empinada y mal iluminada; cuento cuarenta y tres escalones antes de llegar a otro corredor, también mal iluminado, horizontal, llano.

La temperatura es muy alta. Me quito el saco y lo dejo en el piso de baldosas. A lo lejos veo una pared, y ella estaba recostada a la pared; cuando llegué allí ya se había ido, y el corredor continúa, hacia la izquierda.

El corredor se ablanda y adquiere un olor penetrante, las paredes son curvas y destilan una humedad gomosa; todo está iluminado por luces ocultas, rojizas, y el calor es insostenible; tuve que desnudarme por completo para poder seguir, y descalzo me resulta menos penoso caminar sobre esa superficie resbalosa y húmeda, aunque debo avanzar muy lentamente porque el piso se hunde, no como pantano sino como carne.

El corredor se amplía bruscamente, transformado en caverna; una caverna pequeña de paredes blandas, curvas y chorreantes; una forma casi esférica y sin salida. Las paredes son rojizas, de tintes violáceos, y luego se vuelven de color violeta como las paredes exteriores de la casa de la mujer, en la playa. Ella, ahora, no está en ninguna parte, y allí apenas hay lugares para esconderse. Las sienas me laten intensamente. Me siento desmayar, sofocado por el calor y la angustia, y el olor penetrante y la falta de oxígeno'. Hay unas formaciones rocosas, blandas, que parecen estar constituidas por la misma clase de materia húmeda y carnosa de las paredes; busco a la mujer entre estas formaciones, sin hallarla.

Vuelvo sobre mis pasos, hacia la boca de la caverna; me cuesta llegar, parecía que ahora estaba más lejos, y al encontrarme próximo a ella hay un movimiento contráctil de las paredes y la entrada se cierra, como una boca humana. Miro hacia atrás; las formaciones del piso crecen y se mueven, sin desplazarse del sitio, como plantas carnívoras. Las paredes se estrechan y forman un túnel cada vez más angosto, y la boca se me acerca por detrás y me empuja sin remedio hacia las formaciones; en especial hacia una de ellas, en el centro, que parece emitir tentáculos para recibirme con un abrazo.

En medio del mareo y la náusea soy arrojado por una contracción más impaciente y violenta y mis brazos rodean la formación carnosa y me pareció que al hacerlo la transformaba, le daba la forma de la mujer de ojos verdes que había estado persiguiendo; y ahora puedo verle la cara y el pelo y la sonrisa y los ojos verdes, y los brazos me aferran la espalda y me aprietan contra ella.

Pero esta escena no se prolonga, por más que me empeño en desearlo intensamente, y

la mujer fue desapareciendo, ablandándose, recobrando la infirmitad anterior y empequeñeciendo, y la caverna volvió a dilatarse y comprendí que ahora tenía vía libre hacia el exterior. Pronto me encontré fuera, en la playa, y me alejé del bar.

Comencé a sentir una lejana inquietud, una cierta alarma, cuyo origen no podía determinar. La arena volvió a diferenciarse bajo mis plantas de cada uno de los granos que la integraban, y el viento que soplaba del mar comenzó a hacerse más denso; como si yo tuviera una sensibilidad distinta, sentía el viento -que en sí mismo no había variado, realmente, en ninguna de sus cualidades- como algo que se iba solidificando, que cobraba cuerpo. Dejé que esta sensación aumentara, y al fin logré verlo: el viento es una serie de cortinados marrones que pasan acariciándome; tienen una consistencia esponjosa, y se desplazan blandamente en el aire, en trozos cuadrados y delgados, y muy grandes; esta sensación táctil de la arena y esta otra, táctil y visual del viento, me producen una extraña presión en el paladar, no sé decir si placentera o desagradable (por alguna razón no quiero abandonarla, y en cierto modo me molesta que exista).

Al fin pude hallar el origen de la alarma, que seguía sonando e iba en aumento: me doy cuenta de que las cosas se han escapado de mi control, que ya no podía entrar y salir a voluntad del sueño; noto que hacía rato -quizá desde que comencé a sentirme prisionero en la caverna rojiza- que me esforzaba por suspender el sueño y no lo podía lograr; no había una clara diferenciación entre el yo espectador y el actor, como si mi conciencia se hubiese trasegado íntegra al actor; pero, por fortuna, no ha sido exactamente así, ya que puedo advertirlo y hacer que el espectador luche por recobrar su yo y salga del sueño. Lo consigo tras un esfuerzo prolongado, pero las imágenes y sensaciones del sueño persistieron un buen rato en la vigilia; las cortinas marrones del viento seguían acariciándome el cuerpo ahí, dentro de la pieza, aún después de haberme levantado de la cama. Me lavo la cara en el baño, y me paso las manos por los pies descalzos y realmente se me llenan de granos de arena, algunos enormes y destellantes, que poco a poco se van desvaneciendo.

Me llevó algunos minutos recobrar la totalidad de la conciencia de vigilia y desalojar de la habitación las imágenes soñadas. Esta dificultad para salir del sueño me dejó preocupado. Sentía, desde el momento en que había bajado del tren y pisado la estación, que algo en mí no andaba nada bien -que ahora casi no había puntos de referencia, ni dentro de mí ni fuera; no hallaba nada que pudiera tranquilizarme, que me diera una mínima idea de orden o confianza. El local de Marcel podía anotarse como una pauta favorable, pero ahora se me antojó una experiencia irreal, especialmente al pensar en aquel almanaque, y en mis fotografías murales cubiertas de polvo.

—Hay un desajuste en el tiempo que me está desesperando —dije en voz alta. Estoy otra vez sentado en la cama, con los pies desnudos apoyados en las tablas del piso. Pero sé que no es eso. El desajuste, estuviera o no en el tiempo, estaba también en mí; y ahora veo que el factor tiempo no es quizás el más importante: hay un raro comportamiento de las

cosas físicas, incluyendo a la gente, y a mí mismo; y tuve la certeza de que algo que estaba sucediendo con mi memoria tenía que ver en forma preponderante con todo aquello. Viví instantes de terror al pensar si el funcionamiento de mi memoria no podría influir de algún modo sobre el comportamiento de las cosas físicas, la idea disparatada de que yo cumplía, en aquella ciudad o en el universo, un papel especial, no quiero decir exactamente como centro (y mi cuerpo comenzó a retorcerse sobre la cama, porque me estaba aproximando a una idea peligrosa) sino que, ahora sentía (y tenía la conciencia de que ese sentimiento podía ser perfectamente falso, pero la sola existencia del sentimiento era suficiente para aterrarme), ahora me sentía como una sustancia aglutinante, como si dependiera de mí que el cenicero se mantuviera sobre la mesa, y la mesa sobre el piso, y dentro de la pieza, y la pieza en su sitio, sin que las paredes estallaran o se desmoronaran convertidas en arena en el momento en que mi voluntad o mi conciencia se distrajeran, sin que el universo estallara, se desmoronase convertido en arena...

... sí, hace mucho tiempo, hace muchísimo tiempo que no tengo un instante de distracción; es una responsabilidad exagerada, ahora lo comprendo, lo que no me deja dormir ni distraerme.

Me puse de pie de un salto y dejé que mi cuerpo se golpeará contra las paredes, y que de mi garganta saliera un sonido ronco, y tenía los dientes apretados, y las manos apretándome la cabeza, y luego caí de rodillas en el centro de la habitación y me tapé la cara con las manos y las lágrimas me llenaron los ojos; pero no conseguí llorar lo suficiente, y me siento cada vez más desesperado.

—¡Basta! —grité, y fui hasta la ventana. Allá estaban los carabineros, y me pareció que me miraban, a través de los vidrios opacados por la suciedad. Oscurecía, y ya hay algunas luces encendidas allá afuera. Trato de serenarme; no gano nada con salir ahora, quizá, dentro de un rato, cuando esté más oscuro, pueda hacerlo sin que me vean.

Luchando contra una parte de mí mismo que pugnaba por mantener el estado desesperado y aún hacerlo más exasperante, fui hasta el baño y llené la bañera de agua tibia y me quité las ropas y me sumergí en el agua. Recordé la frase del maquinista: "Si usted cambia esa naciente desesperación por una calmada desesperanza...", pero más que la frase me llegó la imagen del maquinista y me pregunté quién diablos sería ese hombre y por qué se había dirigido a mí hablando con tanta seguridad, y en seguida desplazé el recuerdo para no alterarme más.

Puedo, con mucha paciencia, ir centrando la atención en mi cuerpo y en su relación con el agua tibia. Estoy cubierto por una capa de polvo aglutinado, en forma de costra delgada y dura, que ahora al contacto con el agua se vuelve quebradiza; percibo el resquebrajamiento sobre la piel, y su sonido, menudo y seco, ocasional en un principio y que luego adquiere una continuidad musical. Sobre el agua flotan trocitos de la capa desmenuzada, y observo como se buscan, se aproximan flotando en el agua hasta tocarse y

formar otra capa, ahora horizontal; y la piel de mi cuerpo es nueva, rosada, como de recién nacido.

Sumergí la cabeza en el agua y contuve la respiración durante un minuto; logré que mi cara, según el tacto de los dedos, se renovase; y la barba de cuatro días también desapareció, como si yo fuese lampiño y la barba hubiera pertenecido a la costra de polvo y no a mi cuerpo.

Tuve una repentina idea desagradable y me llevé la mano a la cabeza; en efecto, también el pelo ha desaparecido. Ahora tengo el casco totalmente calvo. Agito el agua y compruebo que realmente hay algunos mechones flotando detrás de mi espalda, y cuando hago circular el agua desfilan por sobre mi pecho y se van hundiendo.

Salí de la bañera y, sin secarme ni vestirme, me tendí en la cama y me tapé con la sábana. Unos instantes después sonaron golpes tímidos en la puerta. Me puse el saco y los pantalones sobre el cuerpo húmedo y quité el pasador, pensando en la mujer que me había prometido el cura. Me sorprendió ver una figura masculina que se metía rápidamente en la pieza, pidiendo silencio con un dedo sobre los labios.

—Me imaginé que había uno nuevo —dijo, una vez que hube cerrado la puerta—. Vi la puerta cerrada, y por eso pensé... Siempre están abiertas las puertas de los cuartos desocupados... ¡Oiga! ¡Usted es nuevo, usted todavía no me va a mentir! ¡Dígame lo que ve!

Se me aproximó de manera alarmante, y lo único que veo es una cara ansiosa. Hago un gesto de incompreensión.

—¡Sí, dígame lo que ve! No nos permiten tener espejos, hace tres años que estoy aquí —habla con acento inconfundiblemente húngaro—. Todos me engañan, todos me dicen cosas distintas del aspecto de mi cara. ¿Qué ve usted?

—Veo un hombre, de unos sesenta años, de cabello cano y barba no muy bien cuidada, larga y también blanca; veo unos ojos entre castaños y verdes, en un rostro surcado de arrugas, blanco pero curtido por el sol —trato de relatarle mi apreciación con la mayor fidelidad posible—. No sé qué otra cosa espera que le diga.

El hombre parece un tanto aliviado. Se acerca a la ventana.

—Llevo tres años aquí. ¡Tres años! Torturado diariamente por todos ellos: "¡Te has convertido en un monstruo!", "¡Oh, si pudieras ver tu cara!" —imita voces ahuecadas y malignas—. Usted no sabe, usted no puede imaginarse lo que es esto.

—No —respondí—. ¿Qué es esto, en realidad?

Se vuelve hacia mí.

—¿Y usted quién es? —pregunta vivamente, sin transición, y creo notar un tono acusador—. ¡Usted, el de la piel rosadita y la cabeza calva! —Ríe con risa cascada y agresiva. Sin esperar respuesta, vuelve a mirar en silencio por la ventana; como si nada hubiese sucedido, continúa una conversación que en realidad no había comenzado: —Sí,

allí siguen —se refiere sin duda a los carabineros—. Noche y día. Siempre los mismos. ¡No comen, no mean! —ríe nuevamente, con verdadero regocijo—. Deben ser de cartón.

—¿Por qué no salimos? —pregunto.

—¿Por qué? —se vuelve nuevamente hacia mí—. ¿Por qué no sale usted, así me divierto viendo cómo le llenan el cuerpo de plomo? ¡Imbécil! ¿No sabe que eso es lo que están esperando, desde hace años y años?

—No lo creo —respondo—. Yo intentaría salir. Quizá se desconcierten y no atinen a disparar; quizá no tengan interés, realmente, en hacerlo. De todos modos —agrego—, si yo quisiera salir, encontraría la manera de hacerlo.

—Es posible —responde el viejo—. Y le voy a decir más: quizá salga esta misma noche. Usted tiene razón. No se puede pasar la vida en este agujero, como ratas, soportando las blasfemias... Usted no se imagina lo que es esto.

—No —respondo—; esperaba que usted me lo explicara.

—Esto... —dice, solemnemente, como adelantando un secreto o una explicación importante— esto es un monasterio. Todos nosotros somos monjes. ¡Monjes! Monjes depravados, desviados, confusos, locos; monjes que vivimos en el pecado y la blasfemia; monjes histéricos e impíos, monjes diabólicos e irreverentes; monjes a la fuerza, prisioneros de una organización siniestra... Los que dominan el mundo —cambia bruscamente el tono y adopta uno aparentemente más normal, más cotidiano— no son los que ustedes piensan; los que dominan el mundo...

La puerta se abrió de golpe y entraron varias personas; reconocí a la presunta prostituta que había pasado ante mí, junto al mostrador, unas horas antes; había otra mujer, y ambas se mantuvieron al margen, en un rincón de la pieza, cerca de la ventana, mientras los dos hombres se acercaban al viejo.

—¿Qué haces aquí? ¡Vamos! —gritó uno de ellos, tratando de asirlo de un brazo; el viejo se esquivó y vino a refugiarse a mi lado, pasando luego por detrás de mí.

—¡No los deje! —gritó—. ¡No los deje que me toquen! ¡Me quieren torturar!

—¿Qué sucede, de una vez por todas? —pregunté, indignado por aquella invasión de mi pieza.

El que había tratado de agarrar al viejo se paró ante mí, erguido; tiene la cabeza totalmente rapada, redonda y con orejas salientes, y cara de perfecto oligofrénico. El otro hombre, callado, es exactamente igual a éste, no tanto como mellizo, sino como coterráneo (o, pienso, ese parecido que se adquiere con la convivencia, o el aspecto físico similar de las personas que realizan un mismo trabajo).

—Señor —dijo, con respeto—, este hombre es nuestro. Se nos acaba de escapar. No tiene ningún derecho a estar en su pieza; devuélvalo.

—No tengo ningún interés en quedarme con nadie —dije, con calma—. Pero tampoco me interesa que se cometan injusticias. ¿Por qué no lo dejan en paz?

—Es un monstruo —dijo el que había permanecido callado hasta el momento. Ambos tenían guardapolvos grises. El otro le dio un codazo, indicándole que debía guardar silencio.

—Es nuestro —se limitó a decir. Yo me encogí de hombros.

—No quiere irse —dije.

—Usted debe echarlo.

—Los echaré a ustedes. Él golpeó la puerta antes de entrar. Ustedes no. A él lo echaré luego, si me molesta; pero yo le dejé entrar, y a ustedes no. Váyanse.

Los hombres de guardapolvo se miraron, y sin decir palabra dieron media vuelta y salieron.

—Tú puedes quedarte —le dije a la supuesta prostituta, quien, junto con la otra mujer, que también se le parecía, intentaba salir.

—¡No! —respondió, volviendo la cabeza hacia mí, pero con una sonrisa—. Quizá luego, o mañana —agregó, y ambas se fueron.

Cerré la puerta y pasé la traba.

—¿Ve lo que le decía? —murmuró el viejo, sentándose en una silla—. No me dejan en paz. Quieren hacerme santo, o mártir, a la fuerza. Yo no quería ser monje. Yo no quería ser monje —comenzó a sollozar, y algunas lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Está bien —dije—. Serénese. Quédese un rato allí.

Vuelvo a tenderme en la cama. Sigo sintiendo cansancio, y la escena anterior me dejó tenso y agitado. Tengo una enorme necesidad de reposo y no siento ninguna simpatía por el viejo, y estoy arrepentido de haberlo hecho pasar; ahora me costará librarme de él. Ya había comenzado a actuar en mí la compasión, estimulada por la prepotencia de aquellos hombres, y aunque no comprendo lo sucedido es evidente que no podía entregarles a ese viejo; pero tampoco puedo quedarme con él, en la pieza; no me dejaría en paz.

—Le voy a contar mi historia —dijo, como para ratificar este pensamiento, y cerré los ojos y busqué alguna forma de evadirme; pero en seguida me di cuenta de que la historia me interesaba, y le presté atención; y también, descubrí, la compañía de ese hombre (quizá, cualquier clase de compañía) tenía un efecto tranquilizante sobre mi sistema nervioso—. Mi nombre es Juan Abal —agregó—. Sí señor. Juan Abal. Sesenta y cuatro años. ¿Sabe una cosa? Mi problema es éste. Aquí. La cabeza. Pienso, pienso mucho. Y eso no es bueno. Pensando, uno puede llegar a saber muchas cosas, sin necesidad de salir de una pieza. Y aún así, si uno se conformara con saber... Pero uno quiere transmitir, hablar con los demás... Edité un folleto. Mejor dicho, dos folletos. Nadie llegó a leerlos; fueron comprados por la Organización y destruidos. Sin saberlo, en el primero la atacaba indirectamente o, mejor dicho, hacía sospechar su existencia. Fue en el segundo (escrito con mayor espíritu científico, después de largas investigaciones) donde hablé de ellos directamente; y ahí comenzó la persecución.

«Es todo muy sencillo. Piense en el poder, por ejemplo. O en el dinero. O en la libertad. Todas cosas abstractas. ¿Pero quién tiene poder? Un gobernante, me dirá usted. Un político, un rey, un dictador. Pues no, no es así.

«Un gobernante es un instrumento del poder, como podemos serlo usted o yo; casi podríamos decir, una víctima. Lo mismo sucede con el dinero. ¿Y entonces? ¿De dónde surge el poder? Le hablo del poder porque es el caso más claro, más visible, también podría hablarle de la libertad, o de la salud, o del amor (¡ah, pensando en el amor podemos extraer conclusiones deliciosas, verdaderamente inverosímiles! ¿Alguna vez se le ocurrió pensar que cuando se acoplan un hombre y una mujer, en realidad es la Naturaleza que se está masturbando?) Pero yo centré mi pensamiento en el poder, quizá porque era muy visible, y a mí no me interesaba en absoluto tener acceso a él. El dinero, tal vez; el amor, la libertad... pero el poder no, nunca, en absoluto.

«Así fui llegando lentamente a sospechar la existencia de ellos... los dueños verdaderos de las cosas, los dueños o la fuente, no lo sé... es muy poco, en suma, lo que sé; y nada más voy a decirle; podría decirle, por ejemplo, que son tres... Pero me callo, basta, no más; esta es una averiguación que sólo es útil (si puede ser útil algo que a uno le arruina la vida para siempre), pero quiero decir sólo es comprensible por quien sienta un profundo interés y realice personalmente la investigación; de otro modo (y qué caro me costó aprenderlo, y qué inútil todo), de otro modo no es creíble, usted pensaría que yo estoy loco o, a lo sumo, se desentendería en seguida del asunto por considerar que no tiene nada que ver con usted. Pero se equivoca; no sabe en qué medida... Perdón, no quería complicarlo en todo esto, simplemente quería contarle mi historia. Tuve que desaparecer.

«Fui astuto para esconderme, debo decirlo. No precisé salir de París, y estuve siempre a la vista de todo el mundo. ¿Sabe cómo lo hice? Jamás podría averiguarlo. Un escondite astuto, genial, realmente genial...

«Dejé mi vida cotidiana, con cierto pesar -pero, es verdad, también no sin cierto placer fue que comencé mi nueva vida-. ¿No capta? ¿No? Bueno, se lo voy a decir: ¿usted ha visto las enormes botellas de propaganda, de Seven-Up, y esas cosas, junto al Sena? Pues bien: ahí dentro estuve yo, años y años, andando junto al Sena, haciendo nuevos amigos, mirando por una rendija estrecha, a la altura de los ojos, mirando, escuchando, investigando... Los niños me querían mucho, debo decirlo. Y me sentía seguro allí dentro, sin que nadie pudiese verme... ¿Quién piensa, a pesar de las piernas que asoman, que adentro de la botella de cartón prensado hay un hombre, con nombre y apellido, con historia, y con un secreto terrible? Se ve la botella, un ingenioso medio de propaganda, y nada más. Sin embargo siempre hay un hombre adentro, no lo olvide.

«Pero me encontraron. Al final me encontraron. Claro: la culpa fue mía. No puedo mantener cerrada esta maldita boca... usted sabe cómo somos los catalanes... en fin; hablando con uno, y con otro... ellos tienen espías por todas partes... me atraparon, una

tarde de sol, lo recuerdo, hace tres años, junto al Sena.

«Me trajeron aquí. Ellos no matan, si pueden evitarlo. Usan la persuasión. Me trataron muy bien al principio; claro, nunca se dieron a conocer. Liga de Ayuda a los Desamparados, ese tipo de cosas. Me proporcionaron una cama, y sábanas limpias, y claro, también las charlas de persuasión... mujeres, bebidas, usted sabe, estas cosas. Poco a poco empecé a dudar de mí mismo, aquella gente tan buena, que me hacía tanto bien, claro, ellos debían tener razón. Poco a poco me fui viendo a mí mismo como un monstruo. ¿Cómo pude dejar a mis hijos? ¿Cómo pude dejar la cátedra? ¿Cómo pude pasearme todos estos años adentro de una botella? Yo era un monstruo, un desequilibrado... y después, aceptando mal que bien estas cosas, haciendo trabajar mi mente en la revaloración de todas las cosas -usted no sabe, usted no puede saber lo que es esto, tres años replanteándose todo, reajustando todo, una tuerca aquí, un tornillo allá, al fin el mundo que uno se ha construido tambalea, uno duda de todo... especialmente con gente tan buena, que a uno le da tantas cosas sin pedir nada a cambio-. Persuasión. Tienen elementos psicológicos de los más avanzados. Conocen los mecanismos de la mente al dedillo. Uno va perdiendo fe, voluntad, inteligencia, todo...

«Y luego que uno acepta que es un monstruo psíquico, viene la otra parte: la monstruosidad física. '¡Fíjese cómo lo ha deformado el alcohol!' '¡Fíjese, las consecuencias de una vida disipada! Esos ojos de lobo... esas mejillas hinchadas...' Se llevaron los espejos. Al principio, es cierto, me miraba y veía lo que ellos querían, una cara levemente deformada, unos ojos extraños... Pero luego la cosa fue en aumento, y ya un espejo no podía engañarme más... Quiero decir, yo no podía engañarme más a mí mismo usando el espejo para ello. Se llevaron los espejos, y empezaron con aquello del hombre lobo. Que yo era peligroso, que en ciertas noches, sin que me diera cuenta, me crecían pelos en la cara y en las manos y en los brazos y en todo el cuerpo, y garras, y caminaba en cuatro patas, y trataba de salir para destrozarse a la gente a dentelladas...

«¡Dios mío! ¡Las cosas que me han hecho creer! Aunque nunca les creí del todo; poco a poco me fui reencontrando a mí mismo, fui sospechando de ellos, por ciertas cosas minúsculas, gestos, susurros... Ahora, que usted está aquí, todo será distinto... Usted me ve tal como soy, tal como siempre fui...

«¡Angeline!

Habían sonado unos golpecitos discretos en la puerta. Abro con cautela, temiendo que vuelvan los hombres de la cabeza rapada, pero se trata de aquella mujer que me prometió el cura. La reconocí en seguida, a pesar de que el catálogo donde la había elegido no era "actualizado". En realidad se parece mucho a la foto. Apenas unos años más.

Ella también reconoció al viejo y se abrazaron alegremente en el centro de la habitación; hablaban en francés con tanta rapidez que me costaba mucho entender alguna que otra palabra, pero me pareció, aunque no estoy seguro, que se referían a un pasado

común, que sacaban a luz viejas anécdotas.

—Ella era de los nuestros —me explicó luego Abal—. Debajo de los puentes. Aquellos guisos, en latas de aceite... Cuando el viejo Simón tocaba la armónica, ¿te acuerdas, Angeline?, y nosotros cantábamos...

Vuelvo a tenderme en la cama, y los dejo seguir su parloteo incesante. Después empiezo a fastidiarme, no sé si por la sensación de estar excluido, o porque realmente no me interesa nada de lo que sucede.

—Basta —digo, con calma—. Lo siento, pero mi cuarto no es lugar de reunión. Podrían irse a otro lado, aunque Angeline me pertenece, según el cura, y deberá volver pronto.

—Señor —el viejo se muestra atemorizado—, usted no puede obligarme a volver con ellos... No puede hacerme eso, me torturarían, son capaces de matarme. ¡Angeline! Dile al señor que me conoces, que soy un hombre honrado, que no puede echarme en brazos de mis enemigos...

—¡Alto! —me incorporo y me acerco a ellos—. No tengo ninguna intención de echarlo en brazos de nadie. Simplemente quiero estar a solas. Yo también tengo mis problemas y usted no hace más que complicarme la vida. También quiero estar a solas con Angeline. Ella me pertenece, ustedes saben; y vengo de un viaje muy largo, tengo que poner las cosas en orden, y mientras esté acá, debo aprovechar las cosas que poseo. Quizá muy pronto deba emprender viaje nuevamente, y no tenga en mucho tiempo oportunidad de estar con una mujer, ni darme un baño como éste que acabo de darme... No quiero entregarlo a nadie, no señor Abal; pero también usted debe comprender... y además hay tantas piezas vacías, usted puede entrar en cualquiera de ellas y cerrar por dentro con el pasador...

—Es inútil. ¿Cree que no se me ha ocurrido hacerlo, en todos estos años? Pero dependo de ellos, ellos me alimentan y me cuidan no podría sobrevivir sin ellos. No es su pieza lo que necesito, comprende es a usted; una persona sensata, que me diga lo que ve, que no me engañe. Alguien en quien poder confiar...

—¡Pero ya le he dicho lo que veo! ¡Usted sabe la verdad, usted no es ningún monstruo, no tengo por qué repetírselo a cada instante!

—Usted no sabe —continúa el viejo, en tono monótono y plañidero, moviendo la cabeza hacia uno y otro lado, negando—. Usted ni se imagina. Cuando empiezan con su letanía, ellos y ellas, cuando empiezan a hablar del pelo que me nace en las manos, de la luna, qué sé yo... Yo me miro las manos y veo zarpas, me miro los brazos y veo todo cubierto de pelos, y me entran ganas de dar dentelladas y de aullar.

Observo por primera vez sus manos, y me sobresaltó comprobar que se parecían, realmente, a zarpas. Están cubiertas de un fino vello pardo, y los dedos retorcidos me hacen pensar que, en cualquier momento, van a aparecer uñas largas y filosas. Comencé a

poner en duda toda la historia del viejo.

—Como usted diga —insisto—; quizá tenga razón. Pero yo no puedo, no estoy en condiciones de pasarme la vida a su lado. Tengo otras cosas que hacer, y aunque no fuese así, realmente no tengo interés en vivir para controlar sus estados de ánimo. Así que, ¡fuera! Puede venir a visitarme, de cuando en cuando, si se siente solo, o si necesita alguna clase de confirmación sobre usted mismo o sobre el mundo exterior. Conozco la soledad. Pero por hoy es suficiente.

—Por favor —Angeline interviene con tono dulce.— Déjalo que se quede. Verás que se porta bien; puede dormir, si quieres, en el cuarto de baño. Yo lo conozco, nos hemos divertido mucho con él y con los otros muchachos, cuando trabajaba en la botella; es un hombre muy bueno y divertido...

—Yo no veo para nada dónde está la diversión —digo, enojado— y, además, no me interesa divertirme. Quiero poner en orden mis ideas, quiero acostarme contigo, quiero sacar el pasaporte y viajar... No tengo por qué andar con este nombre por delante, no tengo nada que ver con él...

—¿Y yo? —pregunta Angeline, también enojada—. ¿Y yo qué tengo que ver contigo? ¿Tengo la obligación de acostarme contigo sólo porque se te ocurrió elegirme entre cien en un catálogo? ¿Te parece que me pagan muy bien por este trabajo? ¿Te parece que me resulta muy divertido hacerme montar por un tipo de piel de bebé o de víbora y de cráneo totalmente calvo? Lo más probable...

—Escucha —digo—. Escucha. Yo no tenía intenciones de acostarme con nadie; todo fue un mal entendido con el cura de allá abajo, casi diría que me engañó, o que me presionó de alguna manera para que eligiera una foto; de todos modos, ahora que estás acá, se me ocurre que no es mala idea que hiciéramos el amor, incluso, desde el momento en que elegí la fotografía, me hice a la idea de que iba a tener una mujer como tú, y estaba esperándote ansiosamente; ahora, si me encuentras repugnante, bien, es otra cosa. Yo hablaría con el cura y le pediría que mandase a otra...

Angeline y el viejo se pusieron a reír a dúo, con ganas.

—¡Que mande a otra! —dice Angeline, realmente divertida—. ¡Se ve que eres nuevo en París! Anda, trata de hablar con el cura... —y volvieron a reír ambos. Después, Angeline se puso seria—. Mira, no te tomes en serio eso que te dije. Quería lastimarte. En realidad no me interesa ningún hombre. Soy incapaz de sentir el menor placer con ninguno. Puedo soportarte tan bien o tal mal como a cualquier otro; es el oficio. Pero quería lastimarte porque te muestras tan poco compasivo con este hombre, porque pretendes tener derecho a todo sin pensar en los demás; quería demostrarte que en el fondo tú tampoco tienes derecho a nada, mirando las cosas objetivamente... ¿Qué tienes, de más o de menos, quién eres, de más o de menos, que mi amigo Juan? —y diciendo esto, para lo cual me fastidia no encontrar ninguna respuesta buena, le pasa un brazo por el hombro, en ademán protector y

de compañerismo. Sus palabras parecen estar dentro de una lógica estricta y coherente, pero siento que algo no funciona bien en todo eso y que, de alguna manera, yo debo tener razón. En realidad carezco de elementos de juicio; en realidad es cierto que "era nuevo en París". Todavía no estaba en condiciones de comprender ni de manejar una serie de mecanismos, y era preciso no dar muchos pasos en falso que me llevaran a una situación sin salida o demasiado incómoda; por el momento debía tratar de afianzarme, sin pretender obtener demasiado de lo que se me ofrecía; y aunque intuitivamente estuviera convencido de mi derecho a estar a solas con Angeline y, más especialmente, de no tener ninguna obligación (ni ganas) de convivir con el viejo Abal, tenía miedo de dar una nota falsa que desencadenara una serie de acontecimientos que me hicieran la vida aún más difícil.

—Está bien—digo, en forma conciliatoria, aunque en la voz se me nota todavía, supongo, el enojo—. El señor Abal podría quedarse, si le resulta totalmente indispensable, en tanto estorbe lo menos posible; sin embargo, quiero dejar constancia de que me resulta molesto que se quede. Me intranquiliza, eso es todo. Aunque no dijera una palabra, aunque no apareciera ante mi vista; el simple hecho de saber que está aquí me quita tranquilidad.

Pero ninguno de los dos pareció prestar la menor atención a mis palabras; les bastó con saber que aceptaba la presencia de Abal en mi cuarto para desentenderse del problema.

—Voy a buscar mis cosas —dijo el viejo, alegremente. Angeline dijo que ella iba a ayudarlo; y sin darme tiempo a agregar más nada salieron de la pieza. Me llamó poderosamente la atención que el viejo hubiese perdido por completo el miedo a "los otros", a los "ellos" que andaban siguiéndolo para torturarlo, y que se moviera por los corredores y fuera a su pieza para buscar "sus cosas" (y no podía imaginar qué cosas serían). Sentí que todo este asunto no me gustaba nada. "Si pudiera pensar -me dije-. Si pudiera recordar con tranquilidad, si pudiera ordenar las cosas en mi mente..."

Me acerco a la ventana y miro a través de los vidrios opacos. Allá abajo están los carabineros. Es ya noche cerrada, y a lo lejos la ciudad brilla con un resplandor blancuzco que la recubre y rebota en las nubes. Trato de imaginar el París nocturno que seguramente he conocido alguna vez, pero sólo aparecen en mi mente las descripciones o las chillonas y burdas fotografías en colores de los folletos de las agencias de viajes; ningún recuerdo verdadero, nada mío. Tengo ganas de salir y caminar largamente por la ciudad, pero me siento, aún, excesivamente cansado; y al mismo tiempo tengo miedo de salir, no sólo -y no tanto- por los carabineros, sino por una inseguridad interior que me asusta más; me asusta el hecho de ignorar una serie de pautas dentro de las cuales moverme, de estar a la expectativa ante lo desconocido, especialmente porque el cansancio y la confusión mental no dan lugar a una mayor confianza en mí mismo que me permita enfrentar con serenidad los pequeños o grandes escollos que puedan surgir; desde, por ejemplo, la forma correcta de subir a un ómnibus, hasta cosas de mayor peligro.

Pasó largo rato sin que tuviera noticias de Angeline ni del viejo. Al fin me doy

cuenta de todo el tiempo transcurrido y sospecho que el viejo me la ha robado. En verdad, no es tan viejo; y parece estar lleno de vitalidad. Parece además llevarse muy bien con la mujer. Sin embargo en ningún momento yo les he impedido salir juntos, sino que, por el contrario, incluso les había sugerido que fueran a charlar a otro lado y me dejaran en paz. No veía, entonces, la necesidad de hacer toda esa historia para robármela; y, al mismo tiempo, parecía ansioso de quedarse con ambos en mi pieza. Se me ocurrió que quizá la demora se debía a otras causas, como por ejemplo que los hubieran atrapado los hombres de cabeza rapada, u otra gente que yo desconocía. Y si bien no me preocupaba mayormente el destino del viejo, ya me había hecho a la idea, como le dije a Angeline, de acostarme con ella, y ahora no podía tolerar la idea de no hacerlo.

Hacía demasiado tiempo que no tenía contacto con una mujer; y aunque no se me había ocurrido iniciar nuevamente aquella vida sexual abandonada, ahora que había sido llevado a esa situación, había comenzado a funcionar otra vez el mecanismo del deseo. Se desataron en mi mente mil imágenes en torno a Angeline.

Entonces, aunque racionalmente pudiera tener múltiples motivos para no hacerlo -y debo decir que, en ese momento, no prestaba la menor atención a mis razonamientos-, y aunque una voz interior también insistía, como una señal punzante, para que no me moviera de allí, procedí en forma automática y salí a buscar a Angeline. Me movía con rapidez, y sentía el cuerpo rígido, como manejado por un centro nervioso que hubiera tomado el mando, desplazando a los centros habituales de movimiento.

Escuché en todas las puertas del primer piso -débilmente iluminado por una sola lamparilla, próxima a la escalera de acceso-, sin notar ninguna presencia. Dudé entre golpear a cada una de aquellas puertas, o subir las escaleras y probar en los pisos superiores, o bajar y hacer una serie de preguntas al cura. Descarte rápidamente esta posibilidad; no tenía ánimo de mantener una conversación con ese hombre y, por otra parte, me sentía culpable de lo que estaba haciendo y no quería ser descubierto por él en mi búsqueda. Me resolví por lo más sencillo, es decir, lo que suponía habría de traerme menos complicaciones, y subí hasta el segundo piso. Me llamó la atención que todas las puertas estuviesen cerradas; de la charla del viejo Abal había sacado la conclusión de que la mayoría de ellas estaban vacías y con la puerta abierta. Antes de subir había tomado la precaución de cerrar con llave la puerta de mi cuarto, pensando en la valija.

El segundo piso no ofrece ninguna variante con respecto al primero, y lo mismo el tercero, y el cuarto. Quise ser consecuente, y antes de ponerme a golpear puertas o buscar otras soluciones, opté por seguir subiendo. Llegué, así, a un séptimo piso final, sin variantes, y una escalerilla formada por barras de hierro fijas a la pared me condujo hasta una azotea, a la que se accedía emergiendo el cuerpo por una especie de puerta trampa, cuadrada, que estaba abierta. La tapa, quitada, estaba en el piso de la azotea, junto a una claraboya. Noté que había muchas claraboyas y dejé que mi vista se acostumbrara un poco

a la semioscuridad, porque temía que hubiese otras trampas o pozos de aire.

Me aproximé cautelosamente a uno de los parapetos que bordean la azotea; al mirar hacia abajo siento un vértigo que me produce náuseas, y levanto rápidamente la vista y miro los techos de París, débilmente iluminados por ese resplandor nocturno de los luminosos del centro. Es un espectáculo hermoso y de efecto tranquilizador. Veo la Torre Eiffel, no muy lejos de aquí, y también algo que parece ser el Arco de Triunfo. Escucho unos gemidos débiles.

Evidentemente, es la queja amorosa de una mujer. "Angeline" -pienso, y siento palpitar mi corazón con fuerza. Los sonidos venían de algún sitio detrás de mí, en la azotea. Me separo del parapeto y camino con gran lentitud, temiendo los pozos o algún cable tendido que en la escasa luz sería invisible.

Rodeo una claraboya, y luego otra; he perdido la pista de la voz. Pero no quiero retroceder, y prosigo el movimiento circular en torno a la parte central del edificio, ocupada por una especie de casilla. Hay realmente cables tendidos, a cierta altura, y debo agacharme para esquivarlos. Ahora me encuentro de nuevo junto a la puerta trampa por la que entré, o quizá se trate de otra similar; pero vuelvo a oír la voz de la mujer, y me desplazo hacia un punto distinto de la azotea con la seguridad de llevar la dirección correcta.

En efecto: en el espacio reducido entre una de las claraboyas y el parapeto, hay un cuerpo de mujer, desnudo, blanco, que se retuerce blandamente; y una media docena de perros, no muy grandes, oscuros, que se mueven sobre él. Me aproximé más. Es, evidentemente, Angeline, y los animales la acarician con la lengua, por todas partes. Ella gime y retuerce el cuerpo para ofrecer nuevas zonas a los perros (o lo que sean).

—¡Angeline! —grito ásperamente y me acerco más, tratando de apartar a los animales con los pies. Ellos gruñen sordamente, y varios pares de ojos brillan malignos con fosforescencia verdosa en la penumbra. No me asustan, a pesar de todo, y logro acertar un tremendo puntapié en la cabeza de un animal. Dio un aullido y saltó en el aire, hacia atrás, con una contorsión del cuerpo, y cayó más lejos, como muerto. Los demás retrocedieron.

—¿Qué estás haciendo?—gritó Angeline, incorporándose, furiosa. Tiene un cuerpo hermoso; realmente no hay mayor diferencia con la foto del catálogo.

—Me perteneces —dije, también excitado—. Debes venir conmigo.

—¡Cuidado! —un bulto oscuro, un perro, o un lobo, mucho mayor que los demás, a quien no había visto hasta el momento, surgió de alguna parte entre las sombras, y apenas pude esquivarlo gracias a la advertencia de la mujer; pero en seguida vuelve a la carga, ahora gruñendo de un modo horrible, y veo brillar ojos y colmillos mientras me salta a la garganta. Angeline grita con desesperación.

Puedo esquivar los dientes, pero las patas me golpearon el pecho y mi cuerpo se dobló sobre el parapeto y, tras un instante de angustiado equilibrio, caigo hacia la calle.

Angeline gritó, secundada por otro grito mío, de espanto, y un prolongado aullido del perro, o lobo, que de inmediato fue coreado por los demás animales.

—Es el fin —pienso, y me invade una calma total. En una fracción de segundo experimenté un reencuentro conmigo mismo que quizá no hubiese hallado por otros medios durante años de búsqueda. Y pronto supe algo nuevo.

Ruido de género rasgado, y un par de alas se abren paso, automáticamente, a través del saco que acaban de romper. Mi caída es frenada como por un paracaídas enorme y compruebo con asombro que estoy volando, que incluso gano altura.

Las alas se mueven solas, y puedo cambiar fácilmente de dirección, o subir o bajar, mediante movimientos muy sencillos del cuerpo. Me veo enfrentado a una avalancha de pensamientos; estaba recordando mis alas; surge en mi memoria el recuerdo de vuelos anteriores, aunque todavía sin una precisión mayor; pero ya desaparece toda voluntad inquisitiva, y rememorativa, y me siento impulsado vivamente a alejarme de allí, no por el hecho de alejarme ni para llegar a ningún sitio en particular, sino por el vuelo mismo. Todos mis pensamientos se fueron diluyendo lentamente mientras aleteaba sobre los oscuros techos de París.

El vértigo había desaparecido. Sentí una embriaguez especial, una sensación no malsana de poder, y de dicha. Subía hasta alturas increíbles y luego me dejaba caer, planeando suavemente, con las alas extendidas; y aunque cerrara los ojos -y podía jugar con esto- no corría riesgo de estrellarme porque tenía una idea precisa del recorrido que hacía, y del lugar exacto en que me encontraba a cada instante; y me dejaba guiar en mi vuelo por impulsos arbitrarios y extraños, y sentía que, de algún modo, estaba trazando en el cielo un dibujo coherente y estético. Y descubrí algo más: que estaba descansando. Por primera vez en siglos sentía que el descanso se extendía por los músculos y la mente; sentí que esta era mi forma natural de descansar.

Los impulsos me llevaban preferentemente hacia zonas oscuras y periféricas, incluso los bosques lejanos; por algún motivo evitaba ser visto -tenía la seguridad de que no debía dejarme ver por nadie-, y apenas pasé alguna vez, fugazmente, por el resplandor de la zona céntrica; y, la verdad, que mirando hacia allá abajo no encontraba ningún atractivo -como imaginaba que lo encontraría al mirar el resplandor desde la ventana del Asilo, o desde la azotea- en aquellos luminosos parpadeantes ni en el minúsculo ir y venir humano por las calles principales. La torre, vista de cerca, era un feo y antiguo mazacote, carente de todo atractivo; opté por el espectáculo de las estrellas -en un cielo perfectamente despejado- y de la luna en cuarto creciente que asomaba en el horizonte. Pero tampoco necesitaba espectáculos, y aunque cerrase los ojos todo aquello estaba presente y palpitante, y la tierra, abajo, adquiriría una nueva dimensión; quizás un tanto menor en cuanto a volumen e importancia, pero, sin saber por qué, sentía que adquiriría para mí una importancia mayor en calidad humana (no me refiero a la gente que la habita, sino a la humanidad propia de la

tierra, algo vivo en sí mismo).

Así pasé toda la noche, sin frío ni calor, sin ninguna clase de necesidades y en un perfecto reposo; apenas comenzó a insinuarse la claridad que precede a la aparición del sol, sentí que aquello debía terminar, y me fue ganando una inquietud creciente.

—He desperdiciado mi vuelo —me digo; recién ahora sospecho que pude haber aprovechado mejor el tiempo, pero no quiero sentirme culpable; después de todo, es un descanso que necesitaba en forma imperiosa. Y ya, ahora, las cosas no podrán ser del mismo modo; ahora ya sé qué, pase lo que pase durante el día, tendré para mí toda la noche.

Pero a medida que avanzaba la amenaza del día -donde todo aquello perdería sentido y, lo sabía, habrían de sucederme cosas terribles de persistir en el aire-, la inquietud se hacía mayor y se iba transformando en miedo y luego en pánico. Al fin, sólo atiné a buscar el Asilo, a tratar de reconocer aquella azotea y regresar allí.

Fue más sencillo de lo que creía, y logré ubicarlo cuando aún las sombras se extendían sobre la ciudad. Por alguna razón imprecisa no quise volver por la azotea y descendí en una calle cercana, vacía. Plegué las alas cuidadosamente, y acomodé lo mejor que pude el saco hecho jirones sobre mi espalda.

Desde la esquina divisé a los carabineros, en apariencia los mismos y siempre alertas. Supuse que no habría inconveniente para entrar, ya que no lo hubo la vez anterior, y que tendrían orden -si todo eso era cierto- de evitar que la gente saliera, y nada más. En efecto, pude entrar con entera tranquilidad.

Detrás del polvoriento mostrador había, en lugar del cura, un hombre flaco con gorra de portero, dormido en la silla junto al escritorio. Tenía puesto un guardapolvo similar a los que usaban los hombres de cabeza rapada. No pude distinguir bien sus facciones, ni tampoco me interesaba hacerlo; sólo reparé en que era muy flaco y tenía un bigote fino y alargado. Pasé de largo hasta las escaleras del fondo, y regresé a mi cuarto.

Me quité el traje, me puse la ropa interior -que había dejado en una silla cuando el baño- y me acosté. Dudaba entre coser el saco, con el hilo y la aguja que tenía en la valija, o dejarlo de lado y usar otro traje, que también tenía en la valija. Por el momento resolví quedarme así.

Apagué la luz de la portátil y, tirado en la cama, espí la evolución del amanecer, mientras evocaba el vuelo reciente y dejaba que se superpusiera con aquellos vuelos anteriores; curiosamente, me parecía que todas las experiencias eran una sola, que no había entre ellas otras diferencias que su pluralidad y los distintos tiempos en que las había realizado; quiero decir que en mi memoria estaban siempre la ciudad nocturna, los techos, las estrellas, que no había elementos diferentes, y hasta me parecía que el dibujo trazado en el aire por mi vuelo era siempre el mismo, un solo dibujo.

Sin embargo, surgió también el recuerdo de otra ciudad; uno de los vuelos, al menos,

había tenido lugar en otra parte; y aunque el dibujo fuese el mismo, había un decorado distinto: una ciudad extensa, interminable, heterogénea -y ahora recordaba uno de los suburbios, perfectamente cuadrulado y con farolitos dispuestos en forma simétrica, como un jardín bien cuidado-, con grandes rascacielos junto a construcciones pequeñas y amontonadas como el azar. Y algo, también acerca de ferrocarriles nocturnos y su largo silbido, y puentes metálicos en medio de la ciudad, y debajo de ellos los ferrocarriles que pasaban.

Sonaron golpes recios en la puerta. Me vestí con el traje que había usado hasta el momento, incluso el saco roto, pues no pensaba salir. Antes de descorrer el pasador pregunté quién era.

—¡Vamos! —dijo una voz—. ¡La misa!

—¿Misa?—pregunté—. ¿Qué misa?

—No se haga el despierto —respondió la voz—. Es el único que falta. ¡Vamos, abra!

El tono era perentorio, y me sentí obligado a descorrer el pasador. Entraron rápidamente dos monjes grises -con capuchas que les cubrían el pelo y se prolongaban hacia atrás, en punta-, en quienes creí reconocer a los dos hombres de la cabeza rapada. Me tomaron de los brazos y me sacaron al corredor, sin decir palabra, y me hicieron bajar precipitadamente las escaleras. Pero no salimos a la calle, como presumía, sino que me llevaron hacia el hueco bajo la escalera, donde había una puertita y un pequeño corredor que desembocaba en una especie de templo, no demasiado grande pero sí muy alto. Estaba lleno de gente en semicírculo, de pie, y fui arrastrado hacia el semicírculo. Me soltaron, pero sentí que se quedaban allí, a mis espaldas.

El lugar estaba iluminado solamente por cirios, enormes, y no vi ventanas, ni iconografía de ninguna clase. Había pequeños huecos en las paredes, cruzados por barrotes verticales y horizontales, a distintas alturas -algunos muy cerca del techo-, y tras algunos barrotes creí advertir alguna cara blancuzca, y aun manos que los aferraban. Alguien hablaba con voz aguda, un tanto histérica, y poniéndome en puntas de pie logré ver al cura, el mismo del mostrador, que me había atendido ayer. Ahora daba la misa, en medio del semicírculo. Movía los brazos aparatosamente, y noté que usaba sotana más lujosa, y que también tenía un tocado violeta; parecía más bien un obispo, casi un papa. Lo secundaban algunos monjes silenciosos, las manos metidas dentro de las amplias mangas de la túnica. El cura hablaba en latín. No pude comprender nada de lo que decía.

Es una respetable cantidad de gente la que hay allí reunida. La parte izquierda del semicírculo está formada por mujeres. Veo algunos perfiles y pienso que alguna de ellas puede ser Angeline; hay una que se le parece. Y en mi sector hay una cabeza blanca, algunos pasos delante de mí, que tal vez pertenezca a Juan Abal; pero no estoy seguro de ninguna de estas cosas. Del mismo modo, tanto los hombres de capucha como los otros de particular, dentro del semicírculo, se parecen notablemente, en su mayoría, a los de cabeza

rapada.

Se hincó todo el mundo. Como yo tardé en reaccionar, recibí un golpe en las costillas. Del semicírculo brotaba un murmullo monótono que respondía a las frases espaciadas que lanzaba el cura. Luego todo el mundo volvió a ponerse de pie, y entonaron una especie de himno. Yo, por las dudas, traté de seguir la entonación, aunque desconocía la letra. No quitaba la vista del sector femenino, tratando de elegir entre tres candidatas a Angeline, con intención de abordarla cuando terminara aquello; pero, por el momento, no lograba decidirme por ninguna.

—En este lugar —pensé— las gentes se parecen demasiado entre ellas.

Pero luego me pareció ver la cara de Abal frente a mí, tras los barrotes de uno de los agujeros, a mediana altura en la pared gris, y hasta tuve la impresión de que me hacía un saludo con el brazo.

Hubo unos movimientos allá adelante; pensando que había terminado la misa me puse alerta para no perder de vista a ninguna de las posibles Angeline; pero, al parecer, todavía no concluía. Estuve un rato a la expectativa, sin comprender lo que pasaba, hasta que fue raleando la gente que tenía delante.

Los del semicírculo, uno a uno, se iban arrodillando ante el cura, quien les deslizaba una cosa en la boca, supuse que una hostia, y decía unas palabras en voz baja; luego, la persona se ponía de pie y desaparecía por otra puerta, sobre el costado derecho, detrás del cura. Se turnaban un hombre y una mujer, y parecía haber un orden predeterminado. Me impacienté, pero no quise moverme de allí hasta que fuera evidente que tenía que hacerlo. Aceptaba todo con resignación, pensando en tomarme revancha esa noche, emprendiendo un vuelo espectacular que me llevara a otra región; aunque intuí que no era exactamente ése mi deber. "Que el placer del vuelo sea una cosa secundaria -me dije-; tampoco una revancha." Recordé mi sentimiento de culpa, al amanecer, como si íntimamente hubiese esperado algo más del vuelo, y yo mismo me hubiese defraudado. "Tendría que pensarlo bien antes -me dije- o, mejor dicho, tratar de recordar." Noté que ya se habían ido todas las mujeres, y quedaban pocos hombres. En seguida unos dedos me tocaron el hombro, impulsándome hacia adelante, y caminé unos pasos y fui a arrodillarme, con vergüenza, ante el cura. Acercó a mí una mano de gruesos dedos y deslizó entre mis labios una cosa vidriosa y desagradable, que de ninguna manera podía tragar; tenía un gusto amargo, ligeramente ácido, y producía un sonido metálico al chocar contra los dientes, y la lengua rozaba una superficie lisa y pulida; mientras el cura decía sus palabras yo agaché la cabeza en señal de contrición, y aproveché a escupir aquella cosa en mi mano derecha y la deposité con rapidez en el suelo, junto a mi cuerpo, mediante un movimiento aparentemente casual.

El cura terminó sus palabras y hubo un instante de silencio; me incorporé, y me acerqué apresuradamente a la puerta de salida. Para mi sorpresa, daba a una callecita

exterior, empedrada.

Miré en todas direcciones. Varias cuadras más allá, sobre la derecha, se veía la silueta de una mujer, cuya túnica blancuzca me hizo pensar que podría tratarse de una de las tres que había estado observando; eché a correr y no tardé en alcanzarla. Cuando estuve a pocos metros grité "¡Angeline!", pero la mujer no se detuvo ni se dio vuelta. Anduve unos pasos más y le toqué el hombro con un dedo. Ahora se da vuelta y me mira; no es Angeline.

—Perdón —digo—. Pensé que usted era Angeline.

Mueve la cabeza, sonriendo.

—No —dice—. Angeline es aquélla —y señala una figura que se mueve dos o tres cuadras más adelante, sobre la acera de enfrente, a la izquierda—. Pero si puedo serle útil... —sonríe con picardía. No es fea, y quizá sea un poco más joven que Angeline; sin embargo yo estaba obsesionado con Angeline y, aunque después hubiera de arrepentirme, también moví la cabeza en forma negativa.

—Por ahora no —dije, tratando de ser cortés, aunque ya echaba a correr nuevamente—; gracias. Quizá luego, más tarde...

Cuando faltaba una escasa media cuadra para alcanzar a la segunda mujer, ésta llegó a una esquina y dobló, hacia la izquierda. Tuve la certeza de lo que sucedería de inmediato: llegué jadeante a la esquina, miré en la dirección que ella había tomado, y no la vi.

—Yo sabía —murmuré con rabia—. Yo sabía. Parece que lo hicieran a propósito...

Entro a varios comercios y zaguanes de la cuadra, preguntando aquí y allá; algunos portales están cerrados y, como aún es muy temprano no me atrevo a llamar. En la vereda del enfrente tampoco obtengo resultado. Ahora recuerdo que dejé sin llave la puerta del cuarto, y regreso al Asilo apresuradamente. La puerta por la que he salido está ahora cerrada; debo dar vuelta la esquina, y buscar la entrada principal. Los carabineros continúan su guardia. Temo que disparen sobre mí, pero trato de mostrarme indiferente. Entro al zaguán sin que suceda nada. Detrás del mostrador no hay nadie.

Subí la escalera y me precipité en mi cuarto; fui a buscar la valija y estaba donde la dejara, junto a la mesa de lux.. Le tomé el peso y comprobé que nadie la había vaciado; respiré con alivio.

De inmediato siento la compulsión de volver a salir; aunque no me lo reconocía manifiestamente, en realidad quería volver a aquella zona y seguir buscando a Angeline, por más que ya, conscientemente, la consideraba perdida; o, por lo menos, sabía que no era esa la manera de hallarla. Quizás el mejor procedimiento fuese, a pesar de las burlas de la propia Angeline y del viejo Abal, recurrir al cura que me la había ofrecido; pero de todos modos sentía una imperiosa necesidad de salir al exterior; no sabía ya, a esa altura, cuál era la verdadera o la más poderosa de las motivaciones, si salir por salir o por buscar a Angeline. Pero lo cierto es que quería salir de allí. Se me ocurrió también que podría no

regresar; pensé en llevar conmigo la valija y el impermeable. Pero luego recordé que hasta la semana entrante no tendría trabajo, con Marcel, y probablemente debiera andar vagando todos esos días y noches sin tener un lugar, un punto de referencia; incluso, de encontrar a Angeline -y debía reconocer que no había ningún sitio mejor que el propio Asilo para encontrarla-, necesitaría un lugar para acostarme con ella, y sin dinero no sería fácil.

Decidí entonces dejar la valija y cerrar la puerta con llave. Bajé la escalera y, con gran tranquilidad, me dirigí hacia la puertita que había debajo, pensando salir a través del lugar de la misa; pero la hallé perfectamente cerrada, y por más que la sacudí y golpeé no logré abrirla. No me quedó más remedio que encaminarme hacia el zaguán.

Al verme aproximar, los carabineros levantaron sus mosquetes y me apuntaron descaradamente. Yo me detuve y les hice ademanes de incompreensión. Ellos tenían el dedo en el gatillo, y sentí que realmente irían a hacer fuego.

Me volví hacia el mostrador, y apreté el timbre. Después de un breve intervalo apareció el cura, nuevamente con la vieja sotana y el gorro de portero.

Me miró con interrogación admirativa.

—No comiste la hostia —señaló, sin un tono especial de reconvención.

—Era intragable —dije, defendiéndome—. ¿De qué estaba hecha?

Sonrió sin responder. En cambio preguntó:

—¿Así que tratabas de salir? —y conservaba la sonrisa inquietante.

—Sí —dije—. Pero esos tipos parecen dispuestos a tirar, realmente.

Asintió en silencio. Lo observé un instante, buscando alguna señal favorable en su rostro, pero era inescrutable. Por fin me decidí.

—¿Cómo puedo hacer para salir? —emití una voz un tanto más aguda que la habitual, y advertirlo me puso aún más nervioso.

—Parece que no recordaras nuestra conversación de ayer —dijo.

—¡Pero hace poco rato salí, después de la misa! —exclamé.

—Ah —dijo el cura, con calma—. Pero volviste.

—Volví... —me frené de golpe; sentí que había caído en una trampa, y dentro de mí fue creciendo la indignación, no sabía bien contra qué, aunque en buena parte lo era contra mí mismo. No podía hablar de la valija—. Volví —agregué—, pero ahora quiero salir.

—Creo que no será posible —respondió—. De todos modos, si quieres intentarlo... —hizo un amplio ademán eclesiástico hacia la puerta del zaguán. Sentí que me ardían las orejas.

—Es que —digo, lentamente, buscando las palabras, y apoyo los codos y antebrazos en el mostrador, tratando de lograr un clima confidencial—, usted sabe, creo que sé donde encontrar a Angeline..

—¿Angeline? —el cura enarcó una sola ceja, aunque me parece que está al tanto de todo y solamente fingía sorpresa—. ¿Acaso no está contigo?

—No —digo—. Estuvo ayer, unos minutos, pero luego... Se fue, con Abal... y, sabe, ni siquiera... en fin, que no tuve oportunidad...

El cura soltó una carcajada.

—¡Te la dejaste robar! —exclamó, con alegría—. ¡Te la dejaste robar por alguno de los viejos borrachos...! —y siguió riendo, mientras el rubor me cubría las mejillas.

Me siento inestable, apoyado así en el mostrador, y retiro los brazos de allí y me pongo una mano en el bolsillo del saco, y espero.

—Muy bien —dije luego—. Me alegro de haberlo divertido.

—No te enojés —murmuró, con una sonrisa un tanto maligna, y aún los ojos le brillaban divertidos.

—¿Y ahora? —pregunto—. ¿Qué puedo hacer?

—¿Qué puedes hacer con respecto a qué?

—Angeline. Si pudiera salir, quizá la encontraré. . ., o en último caso, a alguna otra; por más que Angeline tiene algo, no sé, preferiría que fuera ella; pero, de todos modos, no puedo seguir encerrado aquí dentro —voy elevando el volumen de mi voz, y su carga de angustia—, necesito una mujer, Angeline, o alguna otra... ¿Recuerda? —de pronto me vino a la memoria una imagen de la tarde anterior—, ¿recuerda a aquella que pasó por aquí, ayer, mientras usted nos atendía...? La he vuelto a ver, y me parece que quizá...

Movió la cabeza negativamente.

—Es inútil. Te ha sido dada Angeline por mujer, y si te la has dejado robar, no hay nada que hacer con otras mujeres. Hemos pagado un precio exagerado por ella, sabes...

—La semana que viene entraré a trabajar —digo—. Puedo aumentar mi deuda con ustedes...

—Oh, sí, la semana que viene —el cura volvió a reír, pero ahora sin ganas—. Todos dicen lo mismo, la semana que viene...

—Pero yo...

—Sí, tú eres un caso especial, ¿verdad? Todos dicen eso mismo también.

—Pero —estallé—, ¿no hay nada que hacer? Me voy a volver loco. Necesito una mujer, ¿comprende? Angeline, o cualquier otra... Una mujer... Vengo de un viaje largo, un viaje...

—Basta —dijo el cura con calma, levantando una mano—. Veamos. Es claro que no tienes derecho a ninguna exigencia, ¿verdad? Bien; partiendo de esa base, y teniendo en cuenta que eres, por así decirlo, un extranjero, y desconoces una cantidad de cosas de París y sus mundos y submundos... En fin; sin prometerte nada en concreto, puedo decirte que intentaré conseguir nuevamente a Angeline. Que esto quede entre nosotros. ¿Comprendido? Me excederé en mis funciones. No tomes esto como costumbre. Si llegara a conseguírtela otra vez (y repito que no puedo asegurártelo), y ella llegara a escapársete otra vez... ¿Comprendes?

Asentí. Me dio la impresión de que el cura iba realmente a ayudarme.

—Ahora vuelve a tu cuarto, y espera. Veamos lo que puedo hacer.

Agradecí con un movimiento de cabeza y lentamente subí las escaleras hacia el primer piso. Entré al cuarto y me dejé caer en la cama, en un estado de ánimo muy confuso, en el que se mezclaban el desaliento y la esperanza, y un sentimiento de derrota, de humillación ante el cura; en realidad había dicho muchas cosas que no me había propuesto decir, y me había ido enardeciendo solo, creándome falsamente la necesidad de una mujer, necesidad que en todo este tiempo no había sentido; la frustración ante la pérdida de Angeline me había llevado a esa humillante necesidad, que no podía desterrar por más que me lo propusiera; quizá ya no era posible desandar el camino, una vez que se había puesto en marcha ese mecanismo psíquico-sexual que sólo podía satisfacerse mediante una mujer.

Un trozo de viento marrón me acaricia la mejilla. Había retornado el sueño; de un modo distinto, sin buscarlo, se había filtrado sutilmente y había cobrado cuerpo, de forma tal que no llega a sorprenderme -lo que me habría llevado a ponerme en guardia-; como si el viento perteneciera al mobiliario de la pieza. Y la pieza sigue estando aquí, yo tengo los ojos abiertos y veo los muebles y las paredes, y veo el viento, y siento -y ahora también llego a verlos- los granos de arena.

Y me doy perfecta cuenta de estar tirado en la cama, pero al mismo tiempo estoy caminando por una playa desierta; y ahora la construcción (el bar, donde había hallado a la mujer); y sigo de largo hacia un montón de gente que se ve -muy pequeña- en la distancia. No es fácil llegar hasta allí; la arena se hunde cada vez más bajo mis pies, y me da la sensación de estar siempre en el mismo sitio; noto que recorro una cierta distancia, y me siento cansado de caminar, pero la distancia que me separa de aquella gente parece no variar en absoluto. Y el viento marrón y caliente sigue acariciándome el cuerpo, ahora como cortinados transparentes y blandos, aunque no ha perdido esa calidad esponjosa ni su tacto material.

Había olvidado cerrar la puerta con el pasador. Entró Juan Abal sin llamar. Primero asomó una cabeza inquisitiva y, al verme allí sobre la cama, entró rápidamente y cerró la puerta. Me sonrió con familiaridad.

—Me atraparon —dijo, estacionándose en el centro de la pieza, de pie, con las manos detrás de la cintura.

—Ah, sí —digo, haciendo un gran esfuerzo, porque finalmente me estoy acercando al grupo de gente en la arena, que ya no era playa, sino desierto; el mar se había ido alejando sobre la derecha y sólo se veía la arena, el sol, el viento y la gente. Son árabes, y el viento se confunde con sus largos ropajes que también ondulan. Forman un círculo, y logro ver detrás algunos camellos.

—Pero volví a escaparme —dijo Abal, como hablando de un tema intrascendente.

—¿Y Angeline? —pregunté.

—¿Qué le pasa? —preguntó a su vez, sin responderme—. ¿Está drogado? —mi voz, en efecto, salía con dificultad, y me costaba articular las palabras; debía manejar dos situaciones al mismo tiempo.

—No —dije—. Un malestar pasajero. ¿Angeline?

—Oh, no sé —dijo, encogiéndose de hombros—. Pensé que estaba con usted. Ayer volvió a bajar en seguida, apenas me atraparon en la escalera.

Un árabe se me había aproximado y levantaba una mano, a manera de saludo. Yo respondí con el mismo ademán. Luego le hice una pregunta en un idioma desconocido, que yo pensé que era árabe, aunque lo desconozco por completo; de todos modos el sentido de la pregunta era acerca del lugar en que me encontraba, y cómo salir de allí, hacia alguna ciudad.

El árabe sonrió sin comprender y soltó un torrente de palabras también incomprensibles. Los otros se fueron acercando, con curiosidad.

Abal me habla de algo cuyo comienzo no escuché.

—... dicen que, a pesar de todo, nos van a dar vacaciones para fin de año; pero ya no les creo. Hace tanto tiempo que vienen haciéndonos promesas que jamás cumplen... ¡Eh! ¿Qué le pasa?

Yo me levantaba de la cama. Me costaba muchísimo moverme con cierta coherencia, y mi cuerpo adoptaba posiciones poco usuales.

—Nada —respondí—. Ya va a pasar.

Me aproximé al árabe que tenía ante mí y le apoyé las manos en el pecho. Sentí que mis dedos tocaban la tela de su ropaje, y la carne y los huesos debajo. El árabe se mostró sorprendido, y retrocedió unos pasos, llevando la mano a la cintura. Yo hice un ademán tranquilizador, y volví a hablarle en ese idioma desconocido, queriendo decirle que había sentido necesidad de tocarlo porque no sabía si era real.

También me aproximé a Abal, y apoyé las manos contra sus hombros. Toco tela y siento la carne -más blanda- y los huesos debajo. La cara de espanto del viejo me desconcierta: pienso en la situación, que sin duda es para él inexplicable, y me ataca una risa incontenible. Abal permanecía rígido, en su sitio, con los ojos muy abiertos. Me dejo caer al suelo, doblado en dos de risa, sin poder parar; por el contrario, la situación se me antoja cada vez más cómica. Afortunadamente el sueño se ha desvanecido, quizá gracias a la risa; pero la risa es otro problema, no sé cómo salir de ella. Los ojos se me llenan de lágrimas que me corren por las mejillas, y comencé a temer por mi razón. Percibía cómo mi mente se estaba moviendo en una zona oscura, desconocida, y sabía que si no dejaba de reír me quedaría para siempre en esa zona, sin regreso.

Abal procedió de la manera más correcta; sin tomarse el trabajo de levantarme del piso, se aproximó y me tiró un puñetazo que chocó dolorosamente contra mi mandíbula.

No perdí el sentido, pero me sacudió, y me cortó la risa de inmediato.

—Gracias —dije, cuando más tarde mi respiración se normalizó. Cierro los ojos—, al abrirlos veo al viejo sentado en una silla, junto a la puerta, observándome en silencio y con calma. Me froto la mandíbula y me pongo de pie.

—Esta mañana me pareció verlo —dije, acercándome a la ventana; allá abajo seguían los carabineros—. En una especie de jaula.

—Se me parece, ¿verdad? —dijo—. En realidad es mi hermano Pedro. Apenas un año menor que yo.

Me sonó totalmente falso; sin saber por qué, adquirí la total convicción de que era él a quien había visto tras los barrotes. Y que no existía ningún hermano. De todos modos no me importaba en absoluto; había hecho esa observación nada más que por decir algo. Me sentí impresionado por esta personalidad de Abal, muy distinta a la del día anterior; hoy estaba sereno, y con cierto aire zumbón que nada tenía que ver con la manía persecutoria que le había conocido; y tampoco parecía necesitar especialmente de mi presencia, se comportaba como un visitante amable y casual que habría de retirarse en cualquier momento.

No quiero hablarle de la escena de anoche en la azotea, de Angeline y los perros; sospecho que él está íntimamente ligado con todo aquello, y que debo mantener ante él una actitud ambigua.

—Un viejo zorro, Pedro —sigue hablando del supuesto hermano—. Tendría que oírlo cantar canciones picarescas, acompañándose él mismo con una guitarra... Es la oveja negra de la familia—, mientras todos nosotros (seis hermanos, imagínese usted, además de Pedro) seguimos una carrera, aceptando los sabios consejos de nuestro padre, que era Agrimensor, él, en cambio...

La puerta se abrió violentamente y entró Angeline, cortándome el aliento.

—Aquí me tienes —dice, con enojo; está sofocada y tiene el rostro contraído, como si sufriera un gran disgusto. Cerró la puerta y dejó la cartera sobre la mesita, y de inmediato comen/ó a desvestirse, sin dejar de hablar—. Parece que no habrás de dejarme en paz, nunca —y la mayor parte de las palabras se me perdían, porque hablaba con mucha rapidez y utilizando exageradamente el argot—. Una no puede tener un instante de distracción, y ya está ese cura buscándola, por orden del señorito. ¿Qué te piensas? —el enojo que mostraba y la rapidez y la despreocupación con que se iba desvistiendo me inhibían la excitación que procuraba insinuarse—. ¿De modo que el señor necesita una mujer? Bien, aquí la tiene. Vamos, sube.

Ya estaba desnuda por completo y se había tirado nerviosamente en la cama, todo a lo largo, con una pierna un poco recogida, doblada sobre la otra. Se pasó las manos a lo largo del cuerpo y movió la pierna recogida, haciéndola oscilar con impaciencia.

—¿Y bien? —me urgió. Yo señalé a Abal.

—Tiene que irse —dije—. ¿No te parece?

—Oh, no será la primera vez que vea algo así —comentó el viejo con displicencia, las manos a la espalda, restándole importancia al asunto, aunque noté que tenía la mirada fija en el cuerpo de Angeline.

—Vamos, déjate de tonterías —dijo Angeline, en el mismo tono fastidiado.

—De ninguna manera —respondí. Y dirigiéndome a Abal—: Vamos, tiene que irse.

—No lo dice en serio, ¿verdad? —preguntó, adoptando el tono compungido de la tarde anterior; imaginé que a continuación hablaría de sus enemigos, y en efecto así lo hizo—. ¿No estará tratando de arrojarme en brazos...?

—¡Basta! —exclamé con ira—. ¡Basta! Yo no trato de arrojarme en brazos de nadie; pero debe irse de aquí de inmediato o le devolveré el golpe en la mandíbula.

—Mira, Juan —se oyó la voz conciliadora de Angeline, como si estuviera hablando de un niño con otro adulto—, será mejor que te encierres en el baño mientras el señor termina su trabajo; no sigas discutiendo, porque es evidente que será inútil.

Antes de que yo tuviera tiempo de dar o no mi aprobación, el viejo Abal fue hasta el baño con paso que quería mostrar resignación pero que, al mismo tiempo, era demasiado veloz, y se encerró por dentro.

—Espero que no salga de improviso —dije— y menos aún que mire por la cerradura.

—¡Oh, vamos! —se quejó Angeline—. ¡Cuántas vueltas tienes, Dios mío!

Me quité el saco, y los pantalones; evité quitarme la camisa porque de pronto recordé las alas; y aunque muy probablemente Angeline me hubiese visto volar la noche anterior, sentía la necesidad de guardar el secreto; de todos modos no tenía la certeza de que me hubiese visto, y la verdad es que la noche había sido bastante oscura. Me tiento a su lado y comienzo a acariciarle el cuerpo, con manos un tanto temblorosas, y trato de disfrutar de estos momentos en toda su intensidad, pero la presencia de Abal en el baño (sigo sospechando que espía por el ojo de la cerradura) no me permite actuar con naturalidad.

—Bueno, vamos, sube —me urgió Angeline, quebrando mi escaso bienestar—. ¿Crees que tengo todo el día para ti? Vamos, vamos.

No es, de ningún modo, una escena ni parecida a lo que había esperado. Me echo sobre su cuerpo con muy poco entusiasmo. Ella comienza a moverse de inmediato con un ritmo mecánico, sin participar en absoluto de lo que sucede. El placer que puede estar produciéndose en mi piel es bloqueado en su mayor parte por la presencia de Abal —casi puedo sentir su mirada en mi nuca— y por el trato despectivo de Angeline, que no imaginaba en ella, y que incluso me habría mortificado en una prostituta cualquiera. Me aprieta ciertos lugares de la cintura, próximos a la columna vertebral, con lo que consigo provocarme rápidamente el orgasmo. Y sin dejar siquiera que mi respiración retorne a su ritmo normal, me empuja a un costado y se sienta en la cama. Recogió sus ropas y fue hasta la puerta del

baño; allí golpeó ligeramente y el viejo Abal le abrió en seguida. Ella se metió adentro, y la puerta volvió a cerrarse sin que Abal saliera.

En forma creciente me fue ganando la desesperación. Me torturo con imágenes y pensamientos que rebusco en mi mente o que, tal vez, surgen solos. Hago un recuento de las frustraciones sufridas; imagino a Angeline entregándose gozosamente al viejo Abal en la bañera; recuerdo con precisión, recreándola, la escena de anoche, con los perros; recuerdo claramente a la mujer que esta mañana se me ofreció en la calle, y a quien desprecié por buscar a Angeline; recuerdo la promesa de volver que me había hecho ayer aquella supuesta prostituta, y la formulación un tanto humorística de esa promesa, que la negaba; y el tiempo sigue pasando con aquellos dos encerrados. Mi insatisfacción crece y el deseo me corroe, ahora, mucho más que antes.

No llegaba ningún sonido. Resolví levantarme, y me vestí apresuradamente. Luego golpeé la puerta del baño.

Me sorprendió que abrieran de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntó Abal. Angeline estaba sentada en el borde de la bañera, completamente vestida.

—¿Qué están haciendo? —pregunté.

—Conversamos —dijo Abal, aparentemente extrañado de mi pregunta.

—¿Acaso no podemos conversar? —intervino Angeline, agriamente—. ¿También quieres echarnos de tu baño? ¿Por qué metes las narices en todas partes?

—Oh, está bien —respondí, y volví al cuarto. Evidentemente mentían, ya que si hubiesen tenido alguna conversación yo los habría escuchado; a menos que se hablaran al oído, a un volumen tan bajo que no llegara hasta mí ni un susurro.

Volvieron a encerrarse. Trato de desentenderme de ellos, pero recordando las palabras del cura me asalta la idea de reivindicar mi propiedad sobre esa mujer. Cierro con llave la puerta del cuarto y guardo la llave en el bolsillo, cuando salgan del baño podremos discutir o no el asunto, pero tengo el firme propósito de no dejarla escapar otra vez. Voy hasta la valija y la abro. Tenía intenciones de cambiarme de traje. Pero la valija está llena de ladrillos.

Me desplomé en la silla. Había perdido, realmente, todo lo que poseía. No sólo el traje, sino la documentación y otras cosas muy importantes. Y un libro. Una lapicera. Y lo demás.

Siento que es un golpe grande, quizás el más grande recibido en París, a pesar de que no puedo decir que me haya ido muy bien en las pocas horas que han pasado desde mi llegada. Me invade de nuevo todo el cansancio del viaje en ferrocarril, como si aún estuviera en el duro asiento, moviéndome con el moliente traqueteo a través de los siglos, interminablemente, cubriéndome de polvo y desesperanza, olvidándome de todos mis propósitos. Una memoria que se fue sepultando a sí misma, devorando paisajes monótonos

-que más bien parecían un telón que girara eternamente sobre un eje, un telón pintado con árboles y campiñas y estaciones de pueblo todas iguales entre sí-; y ahora siento como si mi identidad hubiese estado no en las células de mi cerebro o de mi cuerpo, no en la memoria, sino, lo siento, allí, en la inerte valija de cuero que he perdido. Quizá le atribuyo a la pérdida una importancia exagerada, pero así lo siento, como si la valija fuese la única cosa que me mantenía ligado a mí mismo. No tanto por el libro, ni por los documentos, ni menos, aún, por el traje, como por las otras cosas, o quizá por todo el conjunto, o quizá, nada más que por la responsabilidad de llevar algo en mis manos, de tener alguna cosa para cuidar. Ahora no me queda nada. Angeline... Angeline no tiene resonancias. Ya no me interesa retenerla. Aún permanecía encerrada con Abal, y no sé cuál será mi actitud cuando intente salir de la pieza.

¿Cuándo se había producido el cambio? En la estación, probablemente, cuando sentí más pesada la valija al levantarme del asiento. O quizás allí mismo, en el Asilo. El cura había prometido quitármela. De cualquier manera, ya no tiene importancia.

Pensé en la noche, que se va aproximando muy lentamente. Recién es mediodía; parecen interminables las horas que todavía faltan para que pueda extender las alas y descansar en el cielo oscuro, sobre la ciudad y sobre los campos.

Y siento, también, la necesidad urgente de volver a hacer un viaje en ferrocarril. No sé hacia dónde. Pero es evidente que me he equivocado al venir a París.

Ahora que no tengo la valija, se me ocurre que puedo viajar utilizando las alas. Ahora que no hay nada que me ate a ningún sitio. En cualquier parte estaré igualmente desprovisto -desprovisto, casi, hasta de mí mismo. Pero el problema es: a dónde. Hacia qué lugar, a qué ciudad, a qué país dirigir mi vuelo. Sé que no hay distancia que no pueda cubrir en una noche. Pero ¿hacia dónde?

No importa; quizás, el error está allí, en planificar. Quizá sea mejor dejarme llevar por la inspiración del momento, dejarme caer en un lugar cualquiera y esperar allí el amanecer. Lejos de París. En el otro extremo de la Tierra. En cualquier parte. Volar con los ojos cerrados y posarme, de pronto, donde el corazón lo indique.

Tuve una duda, fugaz e intensa, que luego me hizo sonreír. Me llevé las manos a la espalda. Sí; las alas siguen allí, achatadas, sobresaliendo apenas de la espalda. Suspiré aliviado.

Me levanté de la silla y fui hasta la ventana. Evidentemente recién era el mediodía. Sentí que la impaciencia me devoraba. Estuve tentado de bajar y desafiar a los carabineros, echar a correr por la calle en cualquier dirección, pero me contuve. Así no pasaría más rápido el tiempo. O tal vez sí, pero no vale la pena correr el riesgo.

Tampoco me atreví a aventurarme en otro sueño, incluso trataba de mantenerme alerta para no ser sorprendido de nuevo. Tenía la oscura seguridad de que la próxima vez no volvería a salir de él. "Aunque -pensé- no veo que haya mucha diferencia con la

vigilia." Pero no era el sueño en sí mismo, el no poder salir de él, lo que me asustaba, sino la dualidad tan' curiosa que se había dado hacía un rato, el hecho de estar viviendo al mismo tiempo dos realidades palpables y completamente distintas.

Comenzó a sonar una campana monótona, de iglesia, como si recién ahora estuviesen llamando a la misa de esta madrugada. La puerta del baño se abrió de inmediato y salió Angeline, alegremente.

—¡Por fin! —exclamó—. Estoy muerta de hambre.

Detrás salió Abal, inexpresivo -aunque me pareció que trataba de disimular algo como un sentimiento de culpa con respecto a mí; evitaba mirarme a los ojos, y tenía las manos en los bolsillos.

Angeline fue hasta la puerta y no logró abrirla. Yo me levanté y utilicé la llave.

—Perdón —dije—. Olvidé que había cerrado. Angeline no demostró sorpresa.

—¿No vienes a comer? —preguntó.

—No —respondí simplemente, mientras ellos salían al corredor. Omití agregar que nunca comía. Por un instante manejé la idea, pero la deseché rápidamente. Si pensaba viajar esa misma noche, con rumbo desconocido, no era momento de volver a crearme un hábito que podría llegar a ser realmente incómodo. Bastaba con la experiencia sexual, que me había arrojado otra vez a un ciclo que ignoraba cuándo y cómo podía terminar. Cerré la puerta, y volví a mi lugar ante la ventana.

Pero tuve una idea repentina; salí al corredor.

—¡Angeline! —llamé, y me llegó una respuesta poco clara desde algún lugar en los pisos superiores. Subí la escalera, dos o tres pisos, hasta encontrarla, junto a Abal, esperándome en uno de los descansos. Me detuve, jadeante.

—¿Qué quieres? —preguntó, con desconfianza.

—¿Tienes aguja e hilo oscuro? —pregunté. Ambos soltaron una carcajada. Angeline buscó en su cartera.

—No —dijo, moviendo la cabeza—. Pero luego te llevaré. O mejor, si lo deseas, te coseré yo lo que haga falta.

—También llevaré mis cosas —dijo Abal—. Hemos resuelto ir a vivir a su pieza. Lo discutimos largamente.

Angeline lo apoyó:

—Ayer le diste permiso, ¿recuerdas? —yo asentí; de todos modos me daba lo mismo. Realmente me había desentendido de ambos; ahora sólo quería coser el saco, el único que me quedaba, mientras esperaba la puesta de sol.

—¿A qué hora sale el sol? —pregunté. Angeline rió.

—A las siete, o a las ocho —dijo, y me tocó la punta de la nariz con el índice, añadiendo—: murciélago, murciélago.

—A las ocho, o a las ocho y media —precisó Abal. Luego siguieron subiendo las

escaleras. Yo bajé.

"Claro —pensé—, Angeline tiene que saberlo. Aunque no me haya visto, tiene que saberlo. Nadie que no tenga alas puede reaparecer después de caerse de un séptimo piso."

Me fastidiaba la idea de que alguien lo supiera. Pero si lo sabía Angeline, también lo sabría Abal. Y con todo lo que hablaba ese hombre ya pronto lo sabría todo el mundo, incluyendo al cura. Se me antojó que todo eso era peligroso, que intentarían detenerme, evitar que me fuera.

"Les debo dinero" —pensé, y me sentí preocupado. Traté de consolarme, pensando que Angeline había dicho "murciélago" por algún otro motivo, pero no pude imaginar ninguno.

Volví a mi pieza y comencé a recorrerla, nervioso, y sin saber qué hacer.

—¿Se puede? —pregunta una voz a mis espaldas. Me doy vuelta y veo a la presunta prostituta, que ha dado ya un par de pasos dentro de la habitación—. Vi la puerta entornada —agregó, explicando—. ¿No está Angeline?

—No —respondo—. Fue a almorzar.

—Ah —dice—. ¿Me permites?

Se sienta en la silla y cruza las piernas. Luego busca en la cartera y saca un paquete de cigarrillos que me extiende.

—Gauloises —digo, tomando uno; siento que en mi memoria se agita algo, algún recuerdo que quiere salir a la superficie. Pero vuelve a hundirse sin que pueda atraparlo. Ella me acerca un encendedor, y ambos encendemos nuestros cigarrillos. La primer bocanada me produce un acceso violento de tos.

—Creo que hace muchos años que no fumo —digo, un poco avergonzado de la tos.

—Tienes cara de bebé —me dice, sin que al parecer venga al caso—. La piel rosada y el cráneo cubierto de una suave pelusa rubia, y la frente abultada y los ojos de víbora.

—¿Ojos de víbora? —pregunto, sorprendido— ¿Tienes un espejo?

—No. No permiten espejos, aquí. Pero créeme que tienes ojos de víbora.

Hay una larga pausa; fumamos, y yo pienso en estas últimas palabras. ¿Se habría producido realmente un cambio en mí? ¿Frente abultada? Pienso que me están haciendo un tratamiento similar al del viejo Abal, y que la primera medida, apenas salga de aquí, será buscar un espejo. Me prometo, mientras tanto, no hacerles el juego —suponiendo que me estén haciendo ese tratamiento— y no preocuparme por el asunto, por lo menos no preocuparme demasiado.

Miro a la mujer, y pienso que realmente es una prostituta, por la manera de vestir y de pintarse y por su comportamiento; sin embargo, la forma de hablar contradice esta sensación. Se me ocurre que puedo averiguarlo, y busco alguna fórmula de preguntárselo que no resulte agresiva.

—¿Eres amiga de Angeline?

—No exactamente.

—Angeline —digo— se porta mal conmigo —muevo la cabeza tristemente—. Sabes, me pertenece, así lo ha dicho el cura, y le han pagado una buena suma (que por supuesto les debo), y sin embargo elude acostarse conmigo, y la única vez que lo ha hecho, bueno, lo hizo de mala gana, con malas maneras. No estoy satisfecho —añado, y espío sus reacciones.

Su rostro permanece impasible. Se limita a asentir, como escuchando algo que no le interesa mucho. Debo ser más directo.

—Le pedí al cura que me enviara otra mujer, pero me dijo que no era posible, ya que me había sido dada Angeline... Concretamente, le había pedido que te enviara a ti... Bueno —agrego, confusamente, al no percibir ninguna reacción—, ayer, cuando estuviste con aquella otra mujer y esos dos hombres, me habías prometido venir hoy...

—Y aquí estoy, ¿no es así? —dice, con una sonrisa—. Pero creo que te equivocas —se levanta de la silla y va hasta la puerta; la abre y espía hacia el corredor. Ahora va hasta la puerta del baño y también espía hacia adentro—. No soy una prostituta —dice, acercándose y bajando la voz—. Creo que puedo decírtelo, ya que eres extranjero. Pertenezco a la Resistencia. Me he disfrazado de prostituta porque es la única forma de poder entrar y salir de aquí libremente; y aquí hay muchos contactos...

—¿Resistencia? —pregunto, sin entender. La verdad es que no tengo la menor idea de los problemas políticos actuales.

—Oh, de dónde vienes —pregunta incrédula—. ¿No sabes que los alemanes han tomado Polonia, y que su próximo objetivo es París? ¿Que ya se acercan las tropas, que ya han pasado la frontera?

Sacudo la cabeza.

—No, no sabía nada —siento un profundo desaliento—. ¡La guerra otra vez! —agrego, dejándome caer en una silla.

—¡La guerra otra vez! —exclamó ella en tono de burla—. ¡La guerra siempre!

Yo pensaba, honestamente, que todo aquello había sido superado. Me invade un cansancio extremo, superior incluso al cansancio del viaje en ferrocarril. Me muerdo los labios.

La muchacha se me acerca y me apoya una mano pequeña y fresca en el cráneo. Levanto la vista y sorprendo una mirada muy extraña, de una profundidad mística, que de inmediato cambió por otra, risueña; y en seguida desvía los ojos. Fue tan breve ese instante que luego dudé de lo que había visto, o tal vez de las connotaciones que yo le había añadido.

—Me llaman Sonia —dice—. Si precisas ayuda...

—¿Cómo puedo salir de este lugar? Tengo ganas de andar por París, de respirar aire fresco, de salir de esta pieza que odio.

—No es difícil —responde—. Puedo conseguirte un sombrero y lentes negros, y saldrás del brazo conmigo, como si fueses un cliente casual que hubiese conseguido. No creo que recuerden que entré sola, ni que te reconozcan.

—Muy bien. ¿Cuándo salimos?

—Cuando quieras. Ahora mismo conseguiré el sombrero y los lentes.

—Bien; cuando antes, mejor. Y si puedes, también un saco —digo, recordando el estado del mío.

Va hasta la puerta, la abre, luego vuelve a cerrarla y se me acerca otra vez.

—Oye —dice, en voz baja—. ¿No quieres unirse a nosotros?

Muevo la cabeza.

—No puedo. Estoy muy cansado. Muy confuso. Es la... —me sobresalté; iba a decir "es la cuarta guerra que soporto", aunque no podía recordar con precisión haber participado en ninguna. No dije nada más.

—¿Pero me permitirás utilizarte, favor por favor, para enviar un mensaje?

—Creo que sí. Creo que sí.

Esta vez salió y cerró la puerta.

Me quedé pensando en el asunto de las cuatro guerras, pero no recuerdo más que algunos titulares enormes en los periódicos, muchos años atrás, algunos de color rojo, anunciando victorias o derrotas, sin poder precisar con exactitud de qué se trata.

—Son muchas cosas —me digo, abrumado, dejando caer la cabeza sobre el pecho—. Muchas cosas para averiguar, para unir, para formar con ellas un mundo coherente... Necesito un espejo, necesito que venga la noche y partir, necesito información política...

Y tengo la certeza de que todo eso tampoco me va a servir de nada.

Afortunadamente Sonia vuelve en seguida. Me pongo el saco, el sombrero y los lentes negros -redondos, que me parece que me dan un aspecto anticuado o ridículo-; el sombrero me queda un poco grande; pero creo poder llevarlo con dignidad. El saco me cae bien.

Antes de salir de la pieza me detengo junto a la puerta.

—Sonia... —digo. Ella me mira interrogativamente—. Si antes, en fin, nos acostáramos, un rato...

Muevo la cabeza.

—No. No contigo. Ni tampoco ahora —enciende otro Gauloises—. Complemento del disfraz —dice, explicando el cigarrillo; y luego—: Tal vez, algún día, si te integras a la Resistencia...

Salimos al corredor. Me siento muy apenado: una mujer de la Resistencia haciendo ese chantaje, realmente Sonia es una prostituta... También me siento apenado por mí mismo, por mi propia insatisfacción. Ella me toma del brazo, y así bajamos las escaleras, pasamos ante el escritorio del cura -sin mirar si él está allí o no- y salimos a la calle. Me

pongo rígido, esperando sentir el estruendo de los viejos mosquetes y el impacto de las balas en mi cuerpo; pero llegamos a la esquina, sobre la izquierda, sin que nada suceda.

Tomamos por una calle perpendicular a la del Asilo. Anoto mentalmente el nombre de las dos calles, por si tengo necesidad de regresar: Rué Rimbaud, Rué Ste. Madelaine. Sonia se suelta de mi brazo, y camina a cierta distancia de mi cuerpo.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—¿A dónde quieres ir? —pregunta a su vez.

—Ningún lugar en especial —digo, y me quito el sombrero y los lentes negros—.

Tal vez algún parque con árboles y césped, o alguna plaza.

—Puedo dejarte en la Place Flammarion; no es muy lejos y me queda de camino. Allí deberemos separarnos.

Caminamos en silencio por la callecita gris. Es hermosa, y no me despierta ningún recuerdo. El cielo está parcialmente nublado; algunas nubes tapan el sol, y producen una iluminación especial, que le da a los distintos tonos de gris una cantidad increíble de matices, que parecen contener todos los colores posibles: la calle es empedrada, y cada uno de los adoquines muestra un color distinto que si bien es apagado y oscuro, siempre dentro del gris, por un efecto de la luz aparecen, en ciertas partes, un rojo muy vivo y violetas y verdes y amarillos. Y lo mismo sucede con las paredes de la calle estrecha y con las baldosas de la vereda. Hay escasos comercios en esa calle, y en cambio se repiten incansablemente los portales angostos; algunos, abiertos, muestran largos zaguanes, o bien escaleras que suben inmediatamente junto a la puerta. Quizá por ser la hora del almuerzo se ve poca gente afuera; en cambio, algunos bares, en ciertas esquinas, están muy concurridos.

—Recuerda esta dirección —dice de pronto Sonia, que por largo rato no ha despegado los labios, y agrega una calle y un número. Me la hace repetir varias veces. Luego dice—: Allí debes preguntar por Anatole. En la pieza cuatro.

—Anatole, pieza cuatro. ¿Y qué más?

—Le transmitirás el siguiente mensaje: "Esta noche, a las nueve, en el teatro Odeón".

La cosa parece bien simple; ahora sólo me falta saber cómo llegar a esa calle.

—Supongo que no tienes mucho dinero —dice Sonia, y abre la cartera. Saca unos cuantos billetes—. Toma un taxímetro, o si te las ingenias para llegar en tranvía tendrás más dinero para ti. Si vas en taxi no te bajes en esa misma cuadra; una o dos antes, o después.

—Bien —digo, y me llega por fin la conciencia (que lentamente había estado queriendo manifestarse de estar soñando otra vez) en forma involuntaria.

Andaba por el desierto, bajo un sol inmóvil, casi rojo; andaba en espiral, veía la espiral trazada por las huellas de mis pies y no podía explicarme por qué lo hacía. Sólo la arena y el sol, y yo y mis huellas; el desierto parecía extenderse al infinito. Pero yo no tenía

calor, ni sed, ni estaba cansado; andaba, insensible, trazando la espiral de mis huellas con suma pulcritud, y vagamente quería salir del desierto, me sentía vagamente incómodo por no poder hacerlo.

Sonia, al parecer, no advierte en mí ningún cambio, y seguimos caminando por la callecita, hacia la plaza. Me doy cuenta que puedo mantener con ella una conversación normal, si tengo cuidado, y al mismo tiempo seguir las escenas del sueño, que me interesan vivamente.

—¿Qué relación hay entre Angeline y el viejo Abal? —pregunto para hacerla hablar y que no me tome la sorpresa con alguna pregunta mientras espío hacia mi sueño.

(En el sueño, los rayos del sol caían sobre mi espalda como finas culebras rojas, que me bañaban, se deslizan por todo mi cuerpo y eran tragadas por la arena. Alcé la vista hacia el horizonte, buscando alguna referencia, y seguí trazando la espiral, que ahora abarca una superficie inmensa, y no logré ver otra cosa que arena, cielo y las huellas de mis pies. Las culebras seguían lloviendo inofensivamente sobre mi cuerpo.)

—No creo que haya ninguna relación especial —responde Sonia encogiéndose de hombros—. En un tiempo trataban de hacer creer que eran padre e hija, pero nadie los tomó en serio.

—¿Ellos pertenecen a la Resistencia? —pregunto.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan curioso? —dice, mirándome sonriente, y sus ojos muestran la voluntad de no responderme.

Aunque mi yo del sueño no parece muy angustiado por su situación, a mí me crispa los nervios. Trato de enviarle señales de angustia para que salga de allí. De inmediato pareció recibirlas; se paró -y el centro de la espiral ya no está ante su vista, la espiral se había extendido ocupando todo un territorio desértico-, y miró vivamente en todas direcciones, como buscando el origen del llamado; luego siguió andando, pero vacilaba en el trazado de su dibujo, y se detenía de tanto en tanto a mirar, a escuchar.

Sonia necesitaba cigarrillos. Entramos en un bar. Hay algunos parroquianos dispuestos en semicírculo junto al mostrador; me llama la atención comprobar que no consumen nada. El patrón, subido en un banco, trata de hacer funcionar un pequeño aparato de televisión, ubicado en la estantería tras el mostrador. Después de unos instantes la pantalla se aclaró y pude ver algunos slides publicitarios, acompañados de la voz monótona de un locutor cansado.

—¿Qué sucede? —pregunté a uno de los tipos—. ¿Fútbol?

—No —respondió secamente, sin apartar la vista del televisor—. La guerra.

En efecto: pronto se cortaron los avisos y aparecieron unas tomas, en principio confusas, que luego se hicieron más precisas: era un ejército, a caballo, que avanzaba, atravesando la campiña francesa próxima a la frontera, sin encontrar resistencia.

—¿Qué espera De Gaulle para intervenir? —preguntaba, indignado, un parroquiano.

—Él sabe lo que hace —responde otro, sin énfasis.

—¿Intervenir, De Gaulle? Si esta mañana declaró a favor de los alemanes... — comenta un tercero.

—¡Bah! —el patrón alza los hombros, mientras le alcanza a Sonia los cigarrillos—. Nadie sabe nada, todos hablan, nadie sabe nada.

(En el sueño, siento una tremenda angustia que me va ganando y cuyo origen no puedo localizar; busco a mi alrededor, trato de escuchar alguna señal, porque estoy seguro de que la angustia se debe a un llamado exterior. No veo ni escucho nada, no encuentro nada ni nadie, y siento un vivo deseo de escapar del desierto. Me detuve, respirando con ansiedad y la transpiración me cubría la frente y empezaba a bañarme los ojos. Luego caí en la arena, con la certeza de que los árabes me perseguían, que se aproximaban blandiendo sables de ancha hoja reluciente, montados en camellos. Comencé a arrastrarme por la arena.)

Salimos al bar. Yo estoy muy deprimido. "¿Es que la guerra nunca ha de terminar?" —me pregunto, y siento una opresión en el pecho. Sonia me había dicho algo que no escuché.

—¿Perdón?

—Que me repitas las instrucciones, otra vez —dice.

Las repetí, con desgano.

—Irás, ¿verdad? —preguntó recelosa.

—Iré —respondí, tratando de impresionarla con un tono de firmeza, aunque íntimamente dudaba de lo que habría de hacer—. A propósito —pregunté en seguida—. ¿Qué es lo que pasa esta noche en el Odeón?

Me miró de reojo. Supe que cualquier cosa que dijera iba a ser mentira o, por lo menos, no toda la verdad. Ella también sabía que yo lo sabía, pero igualmente respondió tratando de ser natural.

—Un espectáculo. Variedades, canciones. Esas cosas —dijo, y no quise insistir.

(En el sueño, oigo el galope de los camellos sobre el piso de madera, estaba arrastrándome sobre un parquet lustroso; levanto la cabeza, apoyándome en las manos, y veo que estoy en una enorme cancha de básquetbol; y el ruido no provenía de los camellos sino del rebote de la pelota de cuero contra el parquet. Confundido, me puse de pie, y advierto que el público que rodea la cancha cerrada me observa y hace ademanes de enojo para que salga de allí. Los jugadores me cercan el paso, me veo obligado a retroceder sin poder salir, mientras crece la indignación del público. Los jueces resuelven suspender el encuentro y me llaman ante ellos, sentados detrás de un enorme escritorio, sobre el cual hay papeles y una campanilla. Los jueces tenían pelucas rizadas y entalcadas y me miraban gravemente.)

Llegamos a la plaza. Subimos por una escalerita circular, de ladrillos rojos, que

desemboca en una enorme explanada cubierta de césped y surcada por caminitos; más allá hay árboles, altos y de copas verdes. Seguimos uno de los caminitos y encontramos un banco de madera; allí, Sonia se detuvo.

—¿Alguna duda sobre tu misión? —pregunta. Le respondo que no. Ella me da un beso breve en la mejilla y se aleja a paso rápido, en una dirección distinta a la que traíamos. Yo me siento en el banco y vuelvo a ponerme el sombrero y los lentes, que me estorban en la mano. Observé el entorno de la plaza y al mismo tiempo las imágenes del sueño.

La plaza es hermosa y está desierta. El pasto es de un verde muy brillante, y allí se respira un aire limpio y sutil, distinto al de las otras zonas de París.

Comienza a preocuparme que el sueño se prolongue excesivamente. Advierto que no me es posible hacer nada para que cese, y si bien puedo seguir perfectamente las acciones simultáneas quisiera verme libre de esta preocupación adicional; pienso que ya tengo suficiente con mis problemas de vigilia.

(El juicio es fatigoso e interminable; los jueces me hacían preguntas complejas, que yo no lograba entender por completo; por lo general me perdía al comienzo de una frase, y cuando trataba de retener el sentido de lo que había escuchado notaba que la frase seguía y yo no había prestado atención; y seguía, aún, y yo ya no procuraba entender, sino recordar el principio que se me había borrado. Así, cuando concluía la pregunta, yo no sabía qué contestar, y esto era evidentemente interpretado de manera desfavorable por los jueces, quienes se miraban significativamente, movían la cabeza, y la maldad brillaba en sus ojos; y ya estaba otro de ellos comenzando una nueva pregunta.)

En mi mente buscaban ordenarse los recuerdos y los pensamientos, las explicaciones y las fantasías. Había entornado los ojos y tenía la cabeza inclinada sobre el pecho. Entre todas las corrientes que fluían y se ubicaban había una que se destacaba especialmente, que las recorría todas sin encajar con ninguna: la idea de que había realizado un viaje en ferrocarril de trescientos siglos, de que en ese viaje había sucedido algo, tal vez conmigo mismo, que lo invalidaba; que el propósito que me había llevado a emprenderlo ahora yacía olvidado e inútil. Que mi presencia en París no tenía, ahora, ningún motivo.

—Sin embargo —dijo una voz que me sobresaltó; levanté la vista y me encontré ante un individuo alto y delgado, pulcramente vestido de blanco desde el sombrero hasta los zapatos, y portando un bastón de puño nacarado; la cara quedaba oculta en la proyección de las alas de su sombrero, aunque podía notar cómo resaltaba el blanco de sus ojos alargados—, sin embargo no me parece insensato emprender un viaje para darse cuenta de su inutilidad. Si usted cambia esa desesperación actual por una calmada desesperanza, habrá obtenido algo que muchos humanos anhelan.

El final me llegó desde cierta distancia, pues el hombre había echado a andar por la mitad de la frase y ahora lo veo alejarse, su blanca espalda tratando de perderse entre los

árboles. Me pongo de pie y corro tras él.

(Creí entender que se me estaba juzgando no por haber interrumpido el partido de básquetbol, sino por haber presenciado la muerte de algo como un pájaro; los jueces hacían frecuentes referencias a este hecho oscuro que yo sabía de algún modo verdadero, aunque no pudiese recordarlo; me sentía cada vez más culpable y llegué a temer que en algún momento, en el pasado, hubiese llegado realmente a dar muerte a un ser volador; pero los jueces no me acusaban de ello, y ni siquiera parecía importarles demasiado el hecho en sí, sino que hacían hincapié en mi participación como testigo —cosa que creían mucho más grave y reprochable. Los interrumpí, porque ya no podía tolerar más la angustia y la culpa, y pedí que me condenaran a muerte de inmediato; ellos se miraron brevemente y comenzaron a reír, con maldad, y no dejaban de reír.)

Los árboles crecían muy próximos unos a otros; casi era un bosque. El hombre se me perdió de vista en seguida, con una velocidad increíble. No me di por vencido, y anduve entre los árboles, buscándolo.

Comencé a sentir una nueva forma de bienestar. Me dejé atrapar por la belleza de aquellos árboles; parecen pinos, aunque no estoy seguro de que lo sean. Las cortezas presentan maravillosos dibujos, como trazados muy laboriosamente por una mano incansable, y tienen un color muy atractivo, castaño casi violeta con infinidad de matices. Paso entre los árboles, observando o más bien dejándome penetrar por los dibujos y el color, y poco a poco me voy olvidando del hombre de blanco. No es que lo olvide realmente, sino que mi búsqueda va perdiendo fuerza e interés, porque me interesan más los árboles.

(Los jueces reían, aunque ahora me encontraba rodeado de una niebla espesa y sólo oía las risas, como alejándose, y no podía ver a los jueces.)

Este árbol es ancho como un hombre, y cuanto más lo examino y admiro sus detalles, tanto más humano me parece; quiero decir que lo siento como un ser que está vivo y que siente y que piensa. Hay una columna de hormigas negras que sube y otra que baja por la rugosa superficie del tronco.

Pienso que la corteza parece la piel de un animal; siento que si le arranco un trozo, uno de estos trozos con forma de islas irregulares, por debajo brotará la sangre como si le arrancara la costra a una herida que cicatriza. Sé que no podría hacerlo, que no podría arrancarla; y ahora me sube por la espalda una curiosa sensación de miedo, porque me parece que sería muy fácil establecer una comunicación con el árbol; que podría saber qué piensa y conversar con él. No sé por qué esto me asusta, y sacudo la cabeza y muevo ligeramente el cuerpo para ahuyentar mis propias ideas. Continué mi paseo.

(Del lugar donde me encontraba podía salir sólo a través de una escalera de caracol, descendente; bajo con mucho cuidado los escalones pues no puedo ver nada más que un tramo muy breve, y temo caer; a los costados no había nada, o al menos no podía ver ni

tocar nada; mi descenso es muy lento.)

Llegué a un lugar donde los árboles raleaban y había un claro circular con una fuente en el centro. Abundaban los matorrales. El cielo se mostraba cada vez más oscuro; y a pesar de que no serían más de las tres, o a lo sumo las tres y media de la tarde, parecía como que estuviese anocheciendo. Noté asimismo un calor creciente y húmedo. Me inquietó la idea de que una tormenta -que al parecer habría de desatarse pronto- me impidiese emprender vuelo esa noche.

La fuente era muy pequeña, con una base formada por baldosas también pequeñas, cada una de las cuales tenía un dibujo hermoso y antiguo, en distintos colores; la base tendía a la forma circular, aunque sólo era una aproximación, ya que las baldosas eran rectas. Los dibujos me parecen todos ingenuos y figurativos, flores, rostros de mujeres, paisajes marinos, escenas de trabajos campestres.

Uno de ellos sin embargo, perdido entre los demás, representa a un ser alado, un hombre volando entre nubes, que se me parecía notablemente. Al menos se parecía a la imagen que conservaba de mí en la memoria, y pensé que quizás ahora presentara un aspecto completamente distinto; recordé el baño de inmersión durante el cual había perdido el pelo y adquirido una piel distinta, y la descripción de Sonia, de mi frente y mis ojos. De todos modos aquella figura representaba a mi vieja imagen, con largos cabellos negros que me caían sobre los hombros, cejas espesas y una frente amplia y recta.

Del centro de la base -llena de agua sucia y musgosa, y en donde me pareció ver pasar fugazmente algún pececillo rojo- surgía una figura de mármol, blanca, algo así como una virgen en actitud mística, la mirada perdida en el cielo, pero con múltiples brazos en distintas posiciones; y al girar alrededor de la fuente advertí que era una figura circular que mostraba al espectador siempre el frente de la supuesta virgen, y no estaba bien delimitado dónde terminaba una de las caras y comenzaba la otra; desde ciertas perspectivas podían verse tres o cuatro ojos, dos narices, varias bocas; y por momentos resultaba muy confusa, costaba mucho reconocer un rostro. Me extrañó que esa primera visión hubiese sido tan nítida; luego no pude volver a conseguirla, descubría siempre algún elemento que introducía la confusión: una oreja de más, otro ojo.

(Había llegado al final de la escalera, la bruma se ha esfumado, y me encuentro ante una puerta abierta; da a una calle conocida, aunque no puedo recordar su nombre. Anduve unos metros y desde la bocacalle, hacia mi derecha, pude ver el cuerpo blanco de un ser alado tendido en la calle, entre un montón de plumas; tenía forma humana; y vi cómo las plumas seguían cayendo sobre él, desde el cielo, lenta e interminablemente.)

Noto que una mujer desconocida camina a mi lado.

—Puedo dejarte en la Place Flammarion; no es muy lejos —dice, como respondiendo a una pregunta que yo le hubiese formulado; entonces supe que se llamaba Sonia y la recordé como a alguien familiar, recordaba todas sus características aunque no podía saber

cuándo la había visto antes.

En la calle no había mucha gente, pero algunos bares estaban concurridos; y luego vi en las calles perpendiculares grupitos que se amontonaban en ciertas vidrieras.

—¿Qué hacen? —pregunté.

—Ven televisión —respondió Sonia.

—¿Fútbol?

—No —responde—. La guerra.

Nos aproximamos a una de esas vidrieras. A pesar de la gente apiñada puedo ver la pantalla del televisor, ubicado a cierta altura; se ve un ejército a caballo, seguido a lo lejos por tanques. Una breve toma, casi en primer plano, muestra fugazmente a Hitler, sable en mano, dirigiendo la tropa, sobre un caballo blanco.

Abandoné la fuente y seguí andando, hasta llegar a una escalinata muy ancha, de escalones pequeños, y muy larga, que me produjo vértigo. Parecía el acceso principal de la plaza. Bajé los escalones con cuidado, apoyando la mano en una construcción de material que bordeaba la escalinata sobre el costado derecho, y llegué a la calle. En el asfalto se veían vías, y junto a la esquina un poste que supuse indicaría la parada. No vi a nadie a quien preguntar por la dirección que me había dado Sonia, pero de todos modos me recosté a la pared, próximo a la esquina, suponiendo que ya pasaría alguien a quien preguntar, o bien podría tomar el tranvía y consultar al guarda: tenía, de cualquier manera, ganas de viajar en tranvía; me provocaba lejanas memoranzas, que ubiqué vagamente en los años infantiles: un sonido de campanas, un movimiento traqueteante muy distinto al del ferrocarril, un chirriar de frenos.

Esperé largo rato sin que aparecieran tranvías ni peatones, ni taxímetros ni, siquiera, otra clase de vehículos. Advierto en mí yo del sueño una ansiedad creciente por aproximarse a mí; viene por la rué Ste. Madelaine, moviéndose torpemente, como desconcertado. Ya Sonia no se encuentra a su lado. A pesar de la ansiedad, avanza con mucha lentitud, con los brazos flojos a los costados, y tiene la vista perdida en algún punto por encima del horizonte.

Sentí que se estaba haciendo tarde, y que realmente no podría estar tranquilo si no llevaba el mensaje a ese tal Anatole. Me producía culpa no hacerlo. Y aunque Sonia no había hablado de ningún plazo, por más que era evidente que tendría que ser mucho antes de las nueve, hora en que presumiblemente Anatole debía concurrir a ese teatro, como no tenía mayor idea de la distancia que me separaba de su casa ni de cómo llegar, sentía que debía hacerlo en seguida, aunque todavía fuese temprano. ¿Las cuatro, las cinco? La verdad es que había perdido toda noción de la hora.

Se me ocurre que puedo terminar con esta dualidad que ya me incomoda demasiado, buscando una coincidencia con el yo del sueño; trato de aprovechar la circunstancia de que él, ahora, está haciendo un recorrido idéntico al que yo realizara hacia la plaza, y pienso

que puedo intentar comunicarme con él y atraerlo.

Cerré los ojos, para concentrarme exclusivamente en las escenas del sueño. Lo veo recorrer la plaza, siempre con su aire desorientado, vagar entre los árboles y por el claro con la fuente, y pienso en él cada vez con mayor simpatía. Al parecer, esta corriente de simpatía logra alcanzarlo y descubre a un hombre que baja la escalinata de la plaza, este hombre es una imagen de mí mismo -de nosotros mismos- que he logrado crear en el sueño.

(Voy siguiendo a ese hombre que siempre se mantiene a la misma distancia, delante de mí, no importa la velocidad con que yo camine. Baja los escalones, con mucho cuidado porque la escalinata es empinada, pero a pesar de su lentitud no logro alcanzarlo. Por fin llega abajo, y cruza la calle. En la esquina se detiene, y se recuesta contra la pared. Ahora, al acercarme, puedo verlo de frente: es alguien exactamente igual a mí. Debo acercarme siempre lentamente, porque cuanto más me acerco más sé de él, como si fuera absorbiendo toda su memoria, incorporando todo su pasado. Por fin logro ser él mismo, ocupar su mismo lugar contra la pared y saber que, para él, yo había sido simplemente el actor de sus sueños. Ahora, somos una sola persona.)

Desapareció el sueño y todo fue distinto. Viví algunos instantes muy intensos. Abro los ojos, y es como si viera las mismas imágenes desde dos puntos de vista; el hecho de que los dos puntos de vista sean idénticos no impide que surja un matiz nuevo, algo esencialmente distinto en esta visión. Nada ha cambiado objetivamente a mi alrededor, pero siento que hasta este momento nunca había visto las cosas tal como son; tampoco puedo hablar de una mayor comprensión de la realidad, sino, tal vez, de un mayor grado de aceptación, o de una aceptación total. Los edificios lejanos, los árboles, las vías de tranvía, todo forma ahora algo coherente y creíble.

Durante unos segundos hubo un pequeño desfasaje, y las cosas se vieron como un negativo puesto sobre un positivo, en relieve, ligeramente corridas; y tuve la certeza de lo precario de mi estado. En efecto: lentamente se fue desvaneciendo esta percepción y me encontré con mi visión habitual, mucho más pobre. Me pregunto si este yo consciente que ahora se encuentra aquí en la esquina es el del sueño o el de la vigilia; y es una pregunta que no puedo contestar. Lo único cierto es que ahora vivo una sola acción, única. No tengo ya el sombrero ni los lentes que me había dado Sonia; conservo el saco. Hago un esfuerzo y trato de volver a espiar hacia el otro actor de mis acciones, fuese uno u otro, y no hallé nada: nada más que el mundo exterior corriente que me rodea.

Eché a andar por una calle perpendicular a la plaza, que no es la misma rué Ste. Madelaine por la cual había accedido a ella, ya que las vueltas dadas en la plaza me habían cambiado totalmente la dirección. Es un barrio distinto, residencial, muy tranquilo surcado de callecitas cortas y curvas. Las casas eran más bien altas, construidas sobre montículos de césped, y por lo general tenían dos o tres pisos y rejas o amplios portones a la entrada.

El recorrido se fue haciendo complejo; de pronto la calle terminaba en una escalera retorcida que llevaba a otra calle, muy alta, donde las casas se apilaban como al azar o parecían construidas con cubos infantiles; y otras escaleras y otras calles, abajo, curvas o en zig-zag. Después de mucho andar desemboqué en un gran bulevar; allí reconocí el París de las postales, y me encontré de pronto frente al Louvre -sorpresivamente custodiado por una docena de soldados con ametralladoras, que me quitaron toda idea de intentar recorrerlo-, y más allá el Arco de Triunfo, y, torciendo hacia la izquierda, el Sena. Y junto al Sena el centro comercial, las tiendas, los teatros, las librerías, los clubs nocturnos, todo el París tradicional que hasta ese momento no había visto; me produjo una excitación especial encontrarme allí, me pareció que recién llegaba del largo viaje, que recién me encontraba donde quería encontrarme, que todo lo anterior nada tenía que ver con París ni con los motivos del viaje.

Anatole corrió un riesgo muy serio de quedarse sin el mensaje de Sonia. Sobre la izquierda, el Sena, con los puestos de los "buquinistas" y sus millares de libros polvorientos, revueltos incesantemente por hombres serios, de lentes gruesos; las sombrillas anaranjadas de los puestos de refrescos; los flaneurs con las manos en los bolsillos, vagando insensiblemente, o acodados sobre el pequeño muro de la rambla; los árboles retorcidos, emergiendo de un círculo de baldosas rayadas, protegidos por un débil enrejado metálico; allá abajo las parejas de amantes, besándose ante la indiferencia general, y los pescadores que parecen dormidos.

Pasé rápidamente la vista por los volúmenes polvorientos, sintiéndome cada vez más excitado por la mezcla de autores y de títulos y por el olor de los libros. Sobre la derecha, pequeñas salas exhibían aún películas mudas, y el moderno cinematógrafo anunciaba un estreno; apreté los dientes, pasando de una a otra tentación; los estrechos y oscuros portales que cobijaban prostitutas de boina y pollera con un tajo que mostraba casi hasta la cadera la pierna enfundada en una media color carne, y la liga; y el bar con mesas afuera, donde joviales ancianos discutían mientras tomaban licor de menta, o leían, casi pegados al diario, pequeños artículos en letra menuda; y el entrar y salir de las casas de citas, de parejas que bajaban o subían de taxímetros amarillos y negros; y un poco más tarde, las luces de neón, creando un mundo fantástico de color y movimiento, anunciando productos extravagantes y a veces cosas para mí incomprensibles.

Un reloj, sobre una columna, en una esquina, marcaba las siete y treinta. Se me había hecho tarde, muy tarde. Con un gran esfuerzo resolví arrancarme de allí y subir a un taxímetro.

—Rue Figoli, al 8000 —digo, sentándome junto al conductor y echándome hacia atrás en el asiento. Cierro los ojos, para no seguir viendo aquello que me rodea, que excede, ya, mi capacidad de captación; tengo el pulso demasiado acelerado. Dejé que todo

lo visto y lo imaginado, todas las asociaciones previas de películas vistas y novelas leídas, y las asociaciones posteriores, actuales, que se mezclan de modo infernal y delicioso, se fueran asentando lentamente en mi espíritu, mientras el taxi corre a gran velocidad entre un tránsito profuso y lento, sorteando con habilidad los otros automóviles, frenando a veces demasiado bruscamente ante algún semáforo o alguna situación peligrosa; me cuesta mantener los ojos cerrados, pero es imperioso darme un descanso.

Se me ocurre que quizás esté haciendo un papel tonto al llevar este mensaje; que, quizá, no tenga nada que ver con la Resistencia -incluso, ahora, dudaba que Sonia tuviera algo que ver con la Resistencia-, y que me estuviesen utilizando para concertar una cita amorosa. De todos modos no me sentía tonto, aunque para Sonia y Anatole pudiera resultar gracioso y se divirtieran por este motivo. Si el asunto tenía un carácter amoroso, más que político, ello no hacía mayor diferencia.

—Sí señor —dijo el chofer—. Parece que los alemanes siguen avanzando sin encontrar la menor resistencia, y que los tendremos aquí en dos o tres días.

No hago comentarios, ni quiero pensar en el asunto. Me limito a adoptar una expresión comprensiva y neutra, los labios apretados, y a asentir pesadamente. Luego volví a cerrar los ojos y recostarme en el asiento, la cabeza echada hacia atrás, aunque las palabras del hombre me siguieron trabajando durante un rato.

El taxi se detuvo por fin en una calle oscura. Al pagar me di cuenta de la enorme suma que me había dado Sonia; el chofer me devolvió una buena cantidad de billetes, después de descontar el viaje, a cambio de uno solo de los billetes de Sonia. Pensé que tal vez ella se había equivocado al darme tanto dinero.

El taxi arrancó, y dejé que se alejara antes de comenzar a andar las dos cuadras que me separaban de la casa de Anatole. La oscuridad es casi total, a excepción de faroles muy espaciados, en columnas sobre las esquinas, que dan una luz amarillenta y restringida a un pequeño círculo a su alrededor. Me cuesta encontrar el número que busco; se trata de una casa más bien grande, separada de las demás, con un amplio jardín al frente, que tiene delante un muro con rejas verticales terminadas en punta. El portón está cerrado con llave. Aprieto un timbre que hay sobre el portón, a la derecha, y antes de soltarlo me sorprende un estruendo, como la veloz sucesión de disparos de armas de fuego. Pienso que el estruendo ha apagado mi llamada, pero en seguida se enciende un farolito que no había visto, pequeño, en medio del jardín, y se abre la puerta de la casa y un hombre se me acerca lentamente con un revólver en la mano.

—Busco a un tal Anatole, de la pieza cuatro —me apresuro a decir.

—Ah, sí —dice el hombre—. Soy yo —y forcejea hasta lograr que el portón se abra; en realidad estaba sin llave. Me hace seguirlo a través del jardín y entrar a la casa. El zaguán es amplio, con piezas a ambos lados, y hacia el fondo concluye en un patio cerrado. El patio está bien iluminado, vacío de muebles; había sido convertido en una sala de tiro.

Tres hombres y una mujer, sobre mi derecha, apuntan con los brazos estirados que se prolongan en un arma, a una figura recortada, de cartón prensado o madera, ubicada en el otro extremo, sobre la izquierda. La figura representa a Hitler —aunque más bien hay que adivinarlo, porque es un dibujo un tanto infantil y publicitario—, y está perforada por innumerables agujeros de bala.

—¡Alto! —dijo Anatole, haciendo un ademán con el brazo, y los demás bajaron las armas. Atravesamos el patio hacia una puerta que da a un fondo descubierto, donde veo gallineros y galpones. Me hace pasar a uno de los galpones, que tiene en la puerta el número cuatro. Iluminado por una débil lamparita, muestra una gran pobreza de mobiliario, y es evidente que se trata de la vivienda de un hombre solo. Me señala un banquito, mientras se sienta en el borde de una cama turca, con sábanas sucias y una colcha raída.

—Bien —dijo.

Es un hombre en extremo delgado, de ojos hundidos y frente abultada y amplia, el pelo muy negro y rizado, y bigote fino; le calculo unos treinta y cinco años. Tiene cutis moreno, quizá tostado en exceso por el sol, y pienso que quizá se trata de un argelino, o de un francés que ha estado largo tiempo en Argelia.

—Traigo un mensaje de Sonia —dije. El hombre pareció aceptarme a partir de ese instante; y visiblemente se le relajaron los músculos de la cara y de los hombros, que bajó hasta su posición natural—. Lamento que se me haya hecho un poco tarde —agregué.

—¿Así que Sonia está bien? —preguntó con cierta ansiedad.

—Sí —respondí—; estuve con ella a mediodía. El mensaje es el siguiente: "Esta noche, a las nueve, en el Odeón".

Anatole se levantó de un salto, y alzó los brazos.

—¡Ya! —exclamó, y no supe si con alegría; pero el nerviosismo era evidente. Consultó el reloj.

—Estamos a tiempo —añadió—. ¿Usted viene?

—No sé de qué se trata —dije—. En realidad yo soy extranjero... creo... Sonia no me explicó nada, y no tengo nada que ver con asuntos políticos... Simplemente adquirí el compromiso de traerle el mensaje.

—De todos modos —dijo, mientras se movía sin motivo, de un lado a otro del cuarto—, de todos modos, creo que le entusiasmaría.

—No quiero meterme en asuntos que me son ajenos —dije—; pero la verdad es que tengo curiosidad... Sonia me habló de un espectáculo musical.

—Así es —respondió, con una sonrisa—. Pero no le dijo lo principal, que es un secreto absoluto. Tome —agregó—. Le costará sólo cien francos —y me alcanzó un papelito amarillo que supuse sería una entrada—. Vaya al Odeón, inmediatamente —yo sacaba billetes del bolsillo, aunque me parecía injusto pagarle con un dinero de Sonia que, muy probablemente, perteneciera a la Resistencia; le alcancé uno de cien—. Debemos

apresurarnos; lo acompañaré hasta la puerta —agregó, guardando el billete—. Yo aún tengo alguna cosa que arreglar antes de salir.

Mientras tanto los disparos se habían sucedido con cierta periodicidad, y al llegar al patio Anatole debió detener nuevamente a las personas con los brazos extendidos.

—¿No puede añadir más nada? —pregunté mientras llegábamos al jardín, pensando que no tenía ningún interés en un espectáculo musical que además posiblemente tuviese connotaciones políticas, o durante el transcurso del cual se preparaba alguna acción que desconocía. El farol estaba apagado.

—Canta Gardel —dijo en un susurro, al llegar al portón, aunque dándole a la frase una trascendencia inconmensurable. Me despidió de inmediato con un fuertísimo apretón de manos, que me dejó los dedos machucados y doloridos por largo rato, y una frase que me sonó con extraños ecos en la memoria—: Hasta la vista, compañero. Gracias.

—Hasta la vista —murmuré, y me alejé lentamente por el callejón oscuro, buscando una calle más transitada donde hallar un taxímetro.

Era incapaz de pensar en el asunto en forma coherente; sólo sentía una tremenda ansiedad por llegar al teatro, lo antes posible. Aún era temprano, pero suponía que aunque tuviese una entrada no sería fácil encontrar una buena ubicación.

A pocas cuadras de allí la calle desembocaba en un gran bulevar, mal iluminado pero con buen tránsito; no era, evidentemente, una zona céntrica. Pero no tardó en pasar un taxi.

—Al Odeón —dije, y nuevamente me eché hacia atrás en el asiento, tratando de contener la ansiedad. Cuando pasó un tiempo que intuí similar al que había demorado el otro taxímetro en llevarme allá, abrí los ojos y me encontré en una zona conocida. En efecto; el taxi aminoró la marcha y pude ver a los carabineros frente al Asilo. Luego dio vuelta la esquina, lentamente, y paró ante la entrada del Odeón. Pagué y descendí, preguntándome con inquietud si el Odeón formaría parte del mismo edificio del Asilo; la entrada estaba casi exactamente en el extremo opuesto a la puerta del lugar de la misa. Y el teatro era mucho más pequeño que como yo lo imaginara. Afuera, en los carteles, no había ningún aviso especial: se anunciaba un "espectáculo artístico" y se daban algunos nombres para mí desconocidos; sin embargo, aunque todavía era temprano, ya se veía bastante gente en el hall y rondando la vereda. Había en el público cierta homogeneidad que en el momento no pude o no traté de analizar, y de alguna manera el aspecto y la actitud de ese público tenía que ver con el aspecto del teatro, polvoriento y descuidado, y con lo que yo esperaba que sucediera. Lo único que desentonaba era el equipo de porteros, de uniformes exagerados en su brillo y porte marcial, y en una cantidad que sobrepasaba largamente las exigencias de la sala.

Entregué mi entrada a uno de ellos, aburrido de pasearme por el hall, sin nada para ver, y me condujo hasta un palco muy cerca del escenario. La iluminación era pobre, la platea y demás ubicaciones estaban casi desiertas -en total habría unas diez personas

distribuidas por la sala-, y no había molduras ni grandes arañas para contemplar; lo único que me atraía, desde un primer momento, era el telón multicolor, con distintos letreros de propaganda de productos antiquísimos. Me dio la sensación de estar observando una revista vieja, con su publicidad que ahora nos parece ingenua o exagerada; y se me ocurrió pensar si todo aquello no formaría parte del espectáculo; si el teatro mismo, de mucha más categoría que la que hoy aparentaba, no se habría maquillado, no habría cambiado su aspecto para adecuarse al espectáculo prometido, reconstruyendo en cierto modo aquellos teatros bonaerenses de principios de siglo; y se me ocurrió que había un extraño sentido en el ciclo -aunque no podía hacer calzar en ninguna parte la tragedia de Medellín- de Buenos Aires exportando a Gardel, importando al Odeón y reexportando esta nueva combinación polvorienta de teatro y cantor.

De pronto se oyó un ruido atronador, las puertas se abrieron con violencia todas al mismo tiempo y una marea de gente comenzó a extenderse en forma desordenada y presurosa por la platea, llegando a cubrir en pocos minutos todos los asientos y aun los espacios libres, al tiempo que en los palcos y galerías sucedía lo mismo, me vi obligado a levantarme de mi asiento y ocupar un sitio contra la barandilla antes de que me obstaculizaran la visión en forma definitiva. La sala cobró una vida totalmente distinta: se hablaba ruidosamente, se fumaba, y una ola de calor y humo subía de la platea y empañaba el aire polvoriento. A mi lado y a mis espaldas se apiñaba cantidad de gente, que conversaba y transpiraba y a veces me empujaban peligrosamente contra la baranda, que era más bien baja, y tuve miedo de caer de cabeza a la platea. Llegué a sentirme extremadamente incómodo y a arrepentirme de haber venido; pensé, incluso, en salir de allí, pero creo que ya no era posible. El ritmo cardíaco se me fue acelerando y la boca se me llenó de saliva; traté de controlar la fobia de encierro distraendo la mente, mirando una vez más la propaganda chillona que, ahora, se veía apagada por la niebla artificial; sentí un hondo deseo de que aquello comenzara y, sobre todo, terminara de una buena vez; y de pronto adquirí la certeza del engaño, comprendí que Gardel estaba irreversiblemente muerto, y que había sido un perfecto imbécil al dejarme convencer por Anatole. Sospeché un sentido oculto en todo el aparato montado, algo más que la simple estafa a meretrices, modistillas, canillitas y distintos especímenes del Barrio Latino que ahora, al apagarse la luz de la sala y encenderse un foco sobre el escenario, alcanzaban paulatinamente y sin necesidad de órdenes un silencio total. Apenas podía ver, en la semipenumbra de la sala, caras marrones y enjutas con los ojos redondos y blancos fijos en el escenario, en una espera tensa y sudorosa.

Se levantó el telón. No hubo aplausos, ni presentaciones. Uno a uno fueron desfilando los trasnochados y desconocidos que anunciaban los carteles, cumpliendo con su número que no era silbado ni recompensado con aplausos. Cantantes españoles, bailaores flamencos, "gauchos" con evidente acento centroamericano, envejecidos

melenudos de la década del sesenta, seguramente calvos, que sacudían la peluca a un cansado ritmo beat que ya no se parecía a sí mismo; folklore norte y sudamericano, y un intervalo donde volvieron a surgir el humo y el ruido sin que nadie abandonara su lugar. (En mi palco, alguien orinaba, alguien se orinaba encima, y pequeñas gotitas llegaban a salpicarme los calcetines, y pronto sentí los pies encharcados y un olor creciente y penetrante.) La segunda parte del espectáculo transcurrió sin mayores variantes, hasta que un argentino se aferró al micrófono y empezó un discurso sobre la personalidad artística que ocuparía en breves instantes el escenario; era un delirio deshilvanado y a veces vociferante, lamentable; y, sin embargo conseguía enardecer al público que, en un principio, comenzó a revolverse inquieto en los asientos, luego a estremecerse y vibrar en forma mucho más evidente y en cierto extraño orden, para luego ponerse de pie y tratar de trepar al escenario (por fortuna, demasiado alto), y pronto el caos fue total; yo me sentí agarrado de los hombros y tirado con fuerza tremenda hacia atrás, perdí pie y fui a caer sobre una masa que también se revolvía y gesticulaba -todo ello en el mayor silencio posible, mientras el animador payasesco continuaba anunciando la figura del Mago, recorriendo todos los lugares comunes acumulados por animadores y locutores de radio rioplatenses durante décadas-; fui girando, y dejándome arrastrar, y manoteando para recuperar una posición estable hasta encontrarme casi afuera del palco, sobre la entrada que comunicaba con el pasillo, donde también los lujosos porteros hacían esfuerzos desmadejados por filtrarse y mirar. Abandoné la lucha, si es que la hubo en algún momento, y me recosté sudoroso y atemorizado contra el acolchado de la puerta abierta. Me pasé el pañuelo por la frente, ennegreciéndolo, y sentí cansancio, y asco, de la gente, de la sala, de mí mismo y, a poco, de todas las cosas del mundo.

Luego el silencio fue sepulcral. Y un instante después, la sala se venía abajo de aplausos y gritos enardecidos que se prolongaron durante minutos y minutos interminables; finalmente, otra vez el silencio, y el inconfundible y penoso rasgueo del trío de guitarras con sonido a lata. Una breve pausa en la música y emerge, sin micrófono y abarcándolo todo, la voz de Carlos Gardel.

—"Betty, Peggy, Mary, July, rubias de New York..."

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Sospecho el truco del disco, pero no me importa; dejo de lado los pensamientos y escucho, y en mi mente se forma sin querer la imagen del cantor, que adopta mil formulaciones: los ojos iguales a sí mismos en un rostro envejecido pero que conserva los rasgos, el pelo canoso, totalmente blanco, peinado a la gomina, hacia atrás, como en las fotos; quizás, el gacho gris impecable sobre la cabeza, disimulando las canas; y luego las imágenes deformes, hinchadas, en las que aun los ojos han perdido todo parentesco con la voz conocida, o una cara plana, sin tercera dimensión, estirada sobre una pantalla blanca que, al moverse, crea nuevas expresiones y distorsiones. ¡Cuánto deseo poder ver, aunque más no sea por un instante fugaz, la cara del hombre que

está cantando! Y de pronto supe que no era un disco; había variantes fundamentales en las letras y en la entonación de las canciones, pero la voz era indudablemente la suya, y el hombre que estaba en el escenario indudablemente era él; y luego vinieron los últimos tangos, los tangos recientes, que él nunca grabó. Entonces me entró la furia y cobré valor, y me abalancé por entre la masa humana que me rechazaba, buscando un hueco, tratando de reconquistar aunque más no fuese por un segundo mi lugar sobre la baranda; pero una y otra vez fui rechazado y oprimido, y nuevamente debí abandonar el intento y conformarme con escuchar la voz.

Esto me salvó; minutos más tarde se encendieron bruscamente una serie de luces, haciendo relucir la sala y los pasillos, y unas figuras negras, envueltas en capas, irrumpieron en la sala y por los pasillos, y aquello se transformó en un desbande caótico, con gente corriendo y gritando por todas partes; las espadas entrechocaban y hubo algunos disparos de mosquetes, aislados; yo me fui escurriendo, pegado a la pared del pasillo, y hallé una salida lateral que me devolvió ileso al aire frío de París,

Cautelosamente llegué hasta la esquina y asomé la cabeza; los auto-bombas cubrían la cuadra, y en la vereda del teatro habían instalado varias ametralladoras de pie, que esperaban al público. Me pregunté si ya habrían llegado los alemanes a París, o si se trataría de un intento local por contener la Resistencia; pero realmente no entendía nada de lo que pasaba. Volví sobre mis pasos y di vuelta a la manzana, curiosamente tranquila. Los carabineros, se destacaban nítidamente en la calle Rimbaud, y permanecieron imperturbables mientras yo me acercaba; no pude evitar, sin embargo, un envaramiento bastante evidente de la espalda cuando quedé en la línea de fuego de los mosquetes, al entrar al Asilo.

No miré hacia la piecita del mostrador y subí rápidamente la escalera. En mi pieza encontré al viejo Abal, que pareció sorprendido al verme entrar.

—¡Buenas, buenas! —saludó. Estaba acostado en un colchón sobre el piso, y tapado con una manta raída; tenía un codo apoyado en el colchón y la cabeza apoyada en la palma de la mano. Ocupaba el rincón entre la ventana y la pared, frente a mi cama. Noté, además, que realmente había traído otras pertenencias suyas: una palangana con el esmalte saltado en varios lugares; un hornillo metálico, que estaba encendido, con una caldera encima que echaba vapor por el pico; algunas botellas de bebidas; una silla, sobre la que estaban dobladas sus ropas; y un pequeño bolso marrón, cerrado con cierre metálico.

—¿Angeline? —pregunté.

—Oh, no sé —respondió el viejo. Guiñó un ojo— ¿Y cómo le fue con Sonia? —preguntó. Me encogí de hombros. Me resultaba tremendamente fastidioso tener al viejo en la pieza. Me acerqué a la ventana.

La luz artificial de los faroles callejeros tiene, ahora, un aspecto especial: como si la calle estuviera llena de polvo, la luz amarillenta parece visible en cada una de sus

partículas, que giran y revolotean lentamente en los espacios iluminados. Pero curiosamente no parecen gravitar en torno de las lamparitas, sino de los carabineros estacionados en la vereda de enfrente: ellos se me presentan como si fueran el centro real desde el cual parten los haces de partículas -no la luz, sino las partículas visibles, como de polvo o de humo, como átomos-, o por lo menos alrededor del cual ellas se mueven. Abrí la ventana.

—¿Qué hace? —protestó Abal—. Nos vamos a morir de frío.

No le respondí. La noche tiene una consistencia física. No es la luz; es la noche la que está formada por partículas, como grandes moléculas visibles que giran sobre sí mismas y se desplazan por el espacio sin tocarse, al parecer en forma desordenada; pero yo siento que allí hay un orden estricto, y que si pudiera de alguna manera detener ese movimiento, fijarlo, comprendería ese orden, la intención de ese orden.

Me doy cuenta que estoy respirando la noche, por la nariz y por la boca, y veo y siento cómo la noche entra en mí y vuelve a salir al ritmo de mi respiración.

El viejo se queja otra vez del frío, y le respondo, sin ganas, que de todos modos no cerraré la ventana, y menos aún con ese brasero encendido. Con la manga del saco me limpio algunos trozos de noche que se han pegado a mi frente, delgadas películas negras que al frotarlas se arrugan y se despegan. Siento de pronto un lejano pero muy nítido batir de alas; un aleteo pesado y ruidoso, como una enorme bandada de enormes albatros que se aproximara cansadamente.

Me desentendí del viejo Abal, que ahora subía el tono de su queja, y me pregunté qué significaba para mí la palabra "albatros"; por qué había pensado en esa palabra, y no simplemente en "pájaros grandes", o algo parecido; nunca había dicho, que pudiera recordar, la palabra albatros.

Es un batir perfectamente rítmico; y el aire que desplazan las alas resuena como una infinidad de fuelles accionados mecánicamente, o como la respiración amplificada de una multitud. Asomo la cabeza hacia la calle, para escrutar la noche; a lo lejos, en la noche, veo aproximarse una lenta masa blanca y aleteante. Miro hacia abajo: los carabineros también miran, hacia arriba, y suben lentamente el brazo armado.

—¿A donde va? ¿Qué hace? ¿Por qué no cierra la ventana? ¡Ah, puta, puta! —sentí que gritaba el viejo Abal a mis espaldas, mientras yo abría la puerta, la cerraba, y subía rápidamente las escaleras hasta el séptimo piso.

Me dio la sensación de que los escalones se hubieran multiplicado, o tal vez los pisos intermedios; los hechos objetivos eran mi velocidad, que me dejaba sin aliento, y el tiempo exagerado que tardaba en llegar a la azotea; finalmente comencé a contar los escalones, pero al pronunciar el número 104 me encontré con que ya había llegado.

Asomé el cuerpo por la puerta trampa, y me hallé nuevamente rodeado por la noche tangible, en la azotea. La masa blanca continuaba acercándose pero todavía no me era

posible distinguir los detalles. Sin embargo, el corazón me palpitaba de una manera rara: él tenía una certeza que mi cerebro iba recibiendo con gran lentitud y desconfianza.

Me asomo por encima del parapeto, después de rodear con cuidado las claraboyas y los fosos, y me parece que los carabineros me están apuntando a mí.

Ahora, al mirar la masa aleteante, puedo distinguir las alas que suben y bajan, aproximándose desde mi derecha a una altura no muy superior a la de la azotea. Forcé la vista pero aún los cuerpos no eran nítidos; el sonido, en cambio, se hacía cada vez más preciso y atronador.

A mis espaldas se oyó una voz.

—Hola —dijo, cálidamente. Me doy vuelta y veo a Angeline.

Viste un ropaje amplio y transparente, y está muy próxima. Sonríe con unos labios demasiado pintados de rojo -un rojo imposible, que me hizo acordar al de los malvones a la puesta de sol, o a la sangre-, y la pintura no coincide exactamente con la forma de los labios, sino que los sobrepasa creando la impresión de una boca más grande.

—Angeline —dije, y ella acentúa la sonrisa, en forma provocativa, y me mira intensamente con unos ojos verdes que no recordaba en ella como para hipnotizarme.

—Angeline —repetí. Ella abre los brazos y los estira hacia mí, ondulando lentamente el cuerpo.

Los pechos son más grandes y los pezones rojos, o pintados de rojo, con el mismo color de los labios.

Me invade un deseo terrible.

Doy un paso hacia ella, y de pronto recuerdo a los seres voladores. Me volví, y allí estaban, acercándose. Eran hombres. Piel blanca, desnudos, hombres y mujeres con los brazos cruzados sobre el pecho, tal vez un centenar o más de ellos, que se aproximan en un vuelo horizontal, por sobre la azotea y la calle, los ojos escrutando la noche hacia adelante en el vuelo imperturbable.

Y oí el sonido de sus alas cuando andaban, como sonido de muchas aguas, como la voz del Omnipotente, como ruido de muchedumbre, como la voz de un ejército.

Angeline pegó su cuerpo a mi espalda y sentí que los brazos me rodeaban y me acariciaban. Sentía con toda precisión la punta de los pechos y el calor del vientre.

—Angeline —dije. Ya los seres alados estaban pasando a unos diez metros por encima de nosotros, como si no nos vieran; el ruido era atronador, y las partículas de la noche tangible se agitaban alocadamente, en un torbellino, al ser desplazadas por las alas. Mi cuerpo estaba rígido, y los miraba con ojos fijos, sintiendo la angustia fría circular por mis venas, helarme la respiración. Angeline pasó sus piernas por delante de las mías y las enroscó, trabando mis pies con los suyos.

—¡Angeline! —grité, y trato de avanzar hacia el parapeto, luchando contra el peso de su cuerpo y contra mi propia rigidez y mi deseo. Son dos pasos los que me separan del

parapeto, pero no logro darlos. Los hombres alados siguen pasando, imperturbables, sobre nosotros.

—¡Angeline! —volví a gritar, y ella aprieta más el abrazo, y aumenta el calor del cuerpo y me lo transmite, y me besa el cuello y las orejas y la mandíbula mientras una mano se desliza sobre mi vientre y alcanza mi sexo; me llega el perfume que emana de su pelo, un perfume intenso de violetas. Forcé mis brazos hacia arriba, en dirección a los seres alados, y los brazos de Angeline volvieron a apretarlos nuevamente, dulcemente, contra mi cuerpo.

Sonó un disparo de mosquete y en seguida otro, como el eco del primero. Uno de los seres cayó a plomo, con las alas bruscamente plegadas, y escuché el ruido sordo del cuerpo contra el pavimento. El resto de la bandada continuó viaje sin parecer advertirlo.

—¡Angeline! —grité, y me revolví contra ella con toda mi fuerza, liberándome de su abrazo. Corrí hasta la puerta trampa y bajé las escaleras a toda velocidad. Entré a mi pieza y me asomé a la ventana: el cuerpo blanco yacía en la calle, rodeado de un grupo de personas que se habían acercado, y los dos carabineros seguían en la vereda de enfrente.

En ese instante comenzaron a caer los primeros copos de nieve.

Me sentía inmovilizado, incapaz de la menor reacción, aferrando con manos rígidas la barandilla metálica del balcón. Me cruzó por la mente un millar de pensamientos, y entre ellos un odio violento hacia los carabineros y ganas tremendas de matarlos; y ganas de subir de inmediato a la azotea, y levantar vuelo hacia cualquier lugar distante. Pero sigo aferrado al balcón, observando casi desensibilizado cómo la nieve obliga a dispersarse a los curiosos y lentamente cubre al hombre caído y a los carabineros, que siguen erguidos en sus puestos, como maniqués, blanqueándose lentamente.

Primero fue la nieve lo que terminó con la tangibilidad de la noche, como si los copos fuesen arrastrando las gruesas moléculas y depositándolas en la calle y las veredas bajo una capa creciente; mucho más tarde, la primera claridad que anunciaba el amanecer. Hasta mí llegó, y pensé que quizá hacía tiempo que estaba llegando, un sonido monótono y confuso; era Juan Abal. Lo había olvidado por completo. Yacía siempre en su colchón sobre el piso, y siempre tenía los ojos abiertos y la frente cubierta de transpiración, y noté que sus labios se movían. Estaba delirando.

Muy pocas cosas alcancé a comprender de su monólogo confuso e interminable; me aproximé a su lado, de rodillas sobre el piso, y le oí reprocharme haber dejado la ventana abierta y algunas frases acerca de Angeline, del cura y de los carabineros. De su frente se elevaba una débil cortina de vapor; la fiebre le evaporaba la transpiración. Me asusté.

Fui corriendo escaleras abajo hasta el despacho del cura. No había nadie a la vista, el sillón tras el escritorio estaba vacío. Apreté el timbre nerviosamente, varias veces, y el sonido estridente tuvo ecos impresionantes en el caserón silencioso.

De la piecita contigua salió aquel hombre de bigotes, delgado, que ya había visto

fugazmente alguna vez, y me miró inquisitivo, con los ojos hinchados por el sueño. Vestía el guardapolvo marrón y la gorra.

—Hay un hombre enfermo —dije—. En mi pieza, la 24.

—¿Usted quién es? —preguntó en forma mecánica.

—Ocupo la pieza 24 —respondí—. ¿Dónde está el cura?

—¿El patrón? Duerme, por supuesto —tomó uno de los libros polvorientos y estuvo buscando en su interior, siguiendo las líneas con el dedo—. ¿En qué fecha fue admitido usted? —preguntó.

—Oh, yo qué sé —dije ásperamente—. Escuche, hay un hombre enfermo, parece muy grave, tiene fiebre y delira.

El hombre cerró el libro.

—Habrà que esperar unas horas —dijo, rascándose la cabeza por debajo de la gorra—. Yo no puedo hacer nada. ¿Usted no tiene aspirinas?

En mi interior se insinuó una especie de cólera que de inmediato se transformó en cansancio, o en algo más grave. Sentía que cada una de las células de mi cuerpo vibraba con suavidad, como cuando a uno se le duerme un brazo o una pierna, y que la mente se me nublaba por completo para lo que estaba sucediendo a mi alrededor; la percepción de las cosas me llegaba exactamente igual, pero en algún lugar del aparato receptor y clasificador se había producido una falla, un cortocircuito, y todo me pareció de pronto irreal, y muy distante, y escasas ideas circulaban con lentitud por mi cerebro.

—Un médico —dije, estúpidamente—. ¿No hay un médico?

—Usted vuelva a su pieza —dijo el hombre—. Ya tomé nota.

Mi conciencia de ese hombre es ahora muy distinta de la percepción que me hace llegar la vista, y no sólo del hombre, sino de mí mismo y de todas las cosas; como si las sintiera, ahora, desde una perspectiva más amplia, y con mayor objetividad. Todo es más pequeño, ridículamente pequeño, el hombre y yo somos pequeños animalitos, y nuestros movimientos no obedecen a las motivaciones que creemos, sino que forman parte de un plan general. Miré hacia la calle y vi a los carabineros. Había cesado de nevar y la nieve se derretía sobre sus cuerpos y en la calle. El cadáver del ser alado ya no estaba allí. Los carabineros me parecieron también muy pequeños y distantes.

—Voy a buscar un médico —dije, y en forma automática dirigí mis pasos hacia la puerta, la traspuse, e intenté caminar hacia la derecha; oí un estruendo y algo pasó rozándome casi la nariz; sobre la pared a mi derecha, junto a una ventana cerrada, se abrió un tremendo boquete. Un segundo estruendo y algo se derrumbó a mis espaldas.

—¡Los carabineros! —pensé, aterrado, y mientras volvían a cargar sus mosquetes entré corriendo al Asilo a toda velocidad.

Me siento de nuevo muy ágil y lúcido, mientras subo los escalones de cuatro en cuatro. He recuperado mi sentido habitual de las cosas. En mi pieza está Angeline, en

cuclillas junto al colchón de Abal, atendiéndolo. Ha llegado la palangana con agua, y allí remoja de vez en cuando un pañuelo que le coloca en la frente. Ella está vestida de igual modo que en la azotea; puedo ver perfectamente su cuerpo desnudo bajo esa especie de camisión transparente, y aunque comprendo que el momento no es adecuado, no puedo evitar desearla.

Apenas me miró entrar y cerrar la puerta. Estaba seria, y permaneció con la vista fija en el viejo mientras yo me acercaba y rodeaba el colchón, y miraba a ambos, de pie contra la pared. El viejo tenía los ojos cerrados y una expresión distinta, sin sufrimiento. Era Angeline, indudablemente, quien había apagado la luz general y encendido la portátil que había junto a mi cama, sobre la mesita de luz,

Observé los pechos, los pezones rojos, o pintados de rojo, la curva del vientre y el vello y las piernas, especialmente las rodillas redondas y hermosas; se me ocurre que nunca me había fijado de esa manera en las rodillas de las mujeres, no pensaba que pudieran gustarme. Me siento culpable y voy hasta la cama y me tiendo, con la mente confundida. Miro las manchas del techo. Juego a reordenarlas, recomponerlas, y me distraigo un instante. En seguida vuelvo a ser consciente de mis pensamientos, que me entregan sorpresivamente una nueva teoría.

Aunque mi memoria no arroja ninguna luz que la confirme o que la niegue, me ocupo en desarrollar esta teoría que algo, en mi interior, me impulsa a tomar como cierta: la razón de mi viaje de trescientos siglos en ferrocarril había sido encontrarme en París esta noche, en el momento en que los seres voladores surcaran el cielo, para unirme a ellos; y no lo había hecho, inmovilizado por el deseo que me producía Angeline y por el miedo, un miedo oscuro que no podía precisar; y que quizá los seres voladores eran accesibles para mí solamente en ese punto del espacio y del tiempo, o que, tal vez, su viaje tuviera un ciclo, una órbita, y ahora sólo pudiera reencontrarlos mediante otro viaje de trescientos siglos, que ya no me sentía capaz de emprender.

Me imagino a mí mismo antes de emprender el viaje, realizando complicados cálculos para determinar la órbita de los seres y el punto del espacio-tiempo en que pudiera acceder a ellos (que eran los míos); consultando datos extraídos de quién sabe qué extraños infolios, y determinándome a tomar el ferrocarril en esa misma estación, quizá como resultado de años y años de trabajo, de búsqueda, de cálculos.

Pero de todos modos este es un ejercicio inútil. Aunque la memoria hubiese venido en mi socorro para apoyar la teoría, ella no introducía ninguna variante fundamental en mi situación. Quizás esta noche emprenda vuelo hacia alguna parte, pero ya no tendrá el mismo sentido. Quizá sea más lógico emprender un nuevo, viaje en ferrocarril, si bien no cuento más que con esa oscura teoría orbital del vuelo de los seres que son como yo, y si los cálculos habían existido y si habían sido correctos, nada hace presumir que dentro de otros trescientos siglos los seres volverán a pasar por el mismo sitio; si la órbita existe no

tiene por qué ser necesariamente rutinaria, y la próxima vuelta podría estar prevista con un desplazamiento cuya magnitud ahora yo no puedo predecir. Y pienso que carezco de un mínimo de documentación, y que me será muy difícil obtener el pasaporte para viajar, en caso de que decida hacerlo por ferrocarril; de todos modos, tendría que vagar durante mucho tiempo por oficinas polvorientas, realizando interminables trámites y largas esperas en antecámaras oscuras y con adornos de mal gusto, y aunque logre finalmente instalarme en el ferrocarril ya no habré de resistir un viaje similar por segunda vez.

La depresión fue creciendo, y cada dato que añadía contribuía a demostrar que todos mis caminos estaban definitivamente cerrados. Pensé que nada de esto tenía sentido. Todo no era más que una fantasía, un delirio. Era probable que ni siquiera los seres voladores hubiesen existido en la realidad, y que hasta yo mismo careciera de alas. No tuve ánimos ni para llevarme las manos a la espalda y comprobarlo; ya no me interesaba nada. Todos los caminos estaban cerrados. Todos los caminos están cerrados si uno no tiene una idea clara de dónde quiere llegar. Si uno ya no tiene fuerzas para caminar. "Sólo me queda –pensé– aceptarme a mí mismo y esperar pacientemente la muerte. Nada puede ser modificado. Jamás podré salir de aquí adentro."

Sentí una suave presión en la cama y miré y vi que Angeline se había acostado junto a mí.

—Ocúpate un poco de Abal —dijo—. Tengo sueño, voy a dormir un rato. Hay que cambiarle el paño de la frente cada tantos minutos.

Se da media vuelta, y ante mis ojos aparece su espalda blanca. Bajo la vista hasta las nalgas, y las piernas. Le apoyo una mano en la cintura, y la mantengo unos instantes, esperando una reacción contraria. Luego la voy bajando y acaricio las nalgas lentamente. Angeline no ofrece resistencia. Me incorporé a medias y le arrimo mi cara a la suya, con intención de besarla.

—Estate quieto —dice, sin abrir los ojos—. Atiende a Abal y déjame dormir.

—Apenas, un instante —le digo, ansioso, y le apreté un pecho con la mano y trato de acomodarme sobre su cuerpo. Ella se fastidia y me habla con aspereza, repitiendo lo mismo. Al fin me convengo de que es inútil insistir, y voy junto a Abal.

El viejo dormía, con respiración pausada. Me pareció que presentaba un aspecto normal, aunque el paño en la frente le daba cierto aire grave, importante. Ya la claridad del amanecer penetraba a través de los vidrios sucios de la ventana. Le cambié el paño de la frente, apagué la luz de la portátil y fui hasta la ventana, a mirar el amanecer también a los carabineros que, por supuesto, seguían allá abajo.

Continuaba mi estado depresivo. "Son demasiadas cosas, demasiadas cosas" -me dije, mirando a los carabineros. ¿Cómo puede vivir un hombre con dos carabineros que lo vigilan constantemente? ¿Cómo puede un hombre vivir con una mujer que no le permite aproximarse? ¿Cómo puede vivir en perpetua incomodidad, en un mundo que tiene muy

pocos atractivos, y donde las cosas parecen por completo irrealizables?

Me llegó, esta vez formada por mi propia fantasía, la voz, de alguien que podía ser el maquinista de sombrero de cowboy, o el hombre de blanco del parque; yo mismo me estaba dando una respuesta, la respuesta que sin duda me hubiese dado cualquiera de esos hombres si estuviese allí: "Las cosas son irrealizables solamente para usted. Entre usted y las cosas hay una barrera infranqueable, en su propia mente. Si cambia esa desesperación actual..."

Me doy vuelta y apoyo la espalda en la ventana. Miro la pieza, tratando de aflojar la rigidez de mis músculos perpetuamente agarrotados. Las mandíbulas, los hombros, la nuca. Respiro hondo, lentamente, tratando de lograr la calmada desesperanza. Observo que sucede algo extraño con los colores de las cosas. La puerta, por ejemplo. El color de la puerta se mueve, se reduce y de pronto vuelve a crecer. Las paredes. Angeline se ha vuelto, dormida, hacia la ventana; y el rojo de sus labios es tembloroso, vacilante, como si quisiera desaparecer. Lo mismo que el color del camión y el color de la carne. A menudo aparecían grandes sectores grises, y luego el color retomaba la superficie que ocupaba inicialmente. Lo mismo sucedía con todas las cosas, como si...

"... como si fuera una película en blanco y negro —pensé—, que alguien hubiese pintado a mano, toscamente, cuadrado por cuadrado."

Se abrió la puerta de golpe y entró el cura, seguido de un hombre un poco más alto que él, y más robusto, que traía un maletín. El cura permaneció de pie, de espaldas a mí, y el presunto doctor se agachó sobre el colchón donde yacía Abal; ninguno de ellos me había prestado atención. Yo continué mi trabajo de observación de los colores. Traté de mantener una objetividad en la visión. Y; comprendí.

"Las cosas no tienen colores —me dije lentamente, lleno de asombro—. Las cosas no tienen colores. Es mi afectividad que las colorea. Soy yo quien pinta las cosas con la imaginación." Ahora, todo es gris, blanco y negro. Angeline, sobre la cama, parece una fotografía de una revista obscena.

El cura es quien permanece más fiel a sí mismo, sin duda porque lo ayuda el negro de la sotana, que no varía, y el gris del pelo y de la cara. Es un mundo gris, donde la gente gris está sin duda bien ubicada.

—El mundo es para ustedes —le digo al cura, pero no puedo enterarme si me oyó. Hablé, de todos modos, en voz muy baja. Había comenzado a sentirme bien, repentinamente; nada excepcional y, además, sospechaba que no podría controlar durante mucho tiempo este estado de ánimo, lo cual era lamentable. Quizás era esta la calmada desesperanza de que habían hablado aquellos hombres, y me daba una nueva objetividad que me permitía ver las cosas tal como eran; al verme libre de la afectividad todo se volvía gris y, aun Angeline, poco apetecible. Así me era más fácil desproveerme de los deseos, y las cosas dejaban de ser inaccesibles simplemente porque ya no interesaban.

El presunto médico se incorporó y salió de la habitación después de cruzar unas breves frases con el cura. Este se volvió hacia mí, y dio un par de pasos en mi dirección.

—Parece que no hay nada que hacer —dijo, con calma—. Dice el médico que es una leucemia muy avanzada.

Me dio tristeza, a pesar de todo lo que me incomodaba ese viejo, pero al mismo tiempo sentí alivio, porque me estaba sintiendo culpable por haber dejado la ventana abierta. Ahora se mostraba mi inocencia.

La cara del sacerdote no indicaba ninguna pena; en realidad no tenía ninguna expresión particular.

—Otro que se nos va —dijo, con un suspiro, y no pude saber si hablaba en serio o si acudía al lugar común como una broma de mal gusto. Se abrió la puerta y entraron dos hombres de blanco que traían una camilla. Los hombres eran idénticos a aquellos dos oligofrénicos que intentaron llevarse a Abal de mi pieza la primera vez que había entrado, y a los monjes de la capucha gris que me habían llevado a misa. Depositaron al viejo en la camilla y se lo llevaron sin decir palabra. El cura fue hasta la puerta y la cerró. Luego fue hasta la cama y se sentó en el borde, frente a la ventana, de espaldas a Angeline.

—El día recién comienza —murmuró. Yo seguía viendo en gris, pero algo en el tono un tanto triste con que el cura dijo la frase hizo que por un momento notara el color amarillo, dorado de los primeros rayos directos del sol que entraban en la pieza. Sentí que no debía dejarme contagiar por la afectividad de aquel hombre; debía conservar en lo posible mi nueva actitud objetiva que me permitía un descanso de espíritu. Me sentía mejor y quería seguir sintiéndome así, aunque la base filosófica fuese falsa, aunque también ahora siguiera engañándome. Si no felicidad, ver las cosas en blanco y negro me traía paz.

Como si el cura se hubiera dado cuenta y quisiera tentarme, siguió hablando en tono afectivo. Se entabló entre nosotros una especie de duelo. Mi forma de lucha consistía en no participar de lo que él decía, y menos aún de lo que yo mismo pudiera contestarle. Habló de las cualidades de Abal, y yo sabía que, o bien no eran ciertas, o bien no era esa la opinión del cura; y que no debía dejarme engañar y entrar en una discusión, tomando partido.

Entonces le respondía afirmativamente, mientras por dentro me sonreía y formaba como una coraza a mi alrededor, contra la cual las palabras chocaban y patinaban o, mejor, un filtro que tamizaba las palabras y las hacía llegar a mí en forma aséptica, desprovistas de significación.

Así estuvimos largos minutos, y quizás él, si había comprendido mi actitud y si realmente buscaba modificarla, decidiera cambiar el sistema de ataque, eligiendo ahora uno mucho más peligroso para mí, no sé, en realidad, si eran estas sus intenciones; de todos modos, tuvo su resultado.

Con movimiento que pareció casual se volvió ligeramente hacia Angeline y la

contempló, por encima de su propio hombro.

—Buena chica, Angeline —dijo, y con la mano derecha levantó el camisón unos centímetros, llevándolo por encima de la cintura, y posó en ella su mano grande y vellosa. Luego la acarició con lentitud. Angeline, aparentemente sin despertarse, hizo algunos movimientos que ayudaban a las caricias. Sentí una oleada de celos y de odio que surgió en forma violenta de mi interior, y fugazmente aparecieron todos los colores, vibrando en las cosas, y algo se agitó en mi espalda: las alas, y tuve que hacer un enorme esfuerzo para evitar que se desplegaran y me hicieran subir de golpe y pegar contra el techo. Respiré hondo. El cura volvió hacia mí una cara que me pareció sorprendida, como si lo hubiese tocado la oleada de odio que surgía de mí y que yo sentía extenderse por la pieza. Pero no hizo ningún comentario y se levantó despaciosamente de la cama, en dirección a la puerta. Las cosas habían vuelto a perder el color y me sentí más seguro de mí mismo; de vez en cuando asomaba algún rojo, o algún verde, pero lograba contenerlo.

—Otro día, otra jornada —dijo el cura, y se fue, cerrando la puerta. Angeline se desprecizaba en la cama.

—¿Y Juan?—pregunta.

—Se lo llevaron —digo—. Parece que es grave. Leucemia.

No pareció preocupada, ni apenada.

—¿Qué hora es? —pregunta, sentándose en la cama y echando la cabeza hacia atrás.

—No sé —digo—. Las ocho, las nueve. No sé.

—¿Hoy no hay misa?

—Parece que no —respondo—. Debe ser un poco tarde, ya. Quizá la hayan suspendido, por este asunto de Abal. El cura estaba aquí, recién se va...

Angeline se levanta y cruza la pieza en dirección al baño.

—Me voy a duchar —dice. Anda lentamente, con la cabeza inclinada, como si aún tuviera mucho sueño.

—¿Te quedarás conmigo, luego? —pregunto, tratando de no mostrar ansiedad. Se detiene en la puerta del baño y me mira largamente.

—Sí —dice al fin—. Vamos a empezar de vuelta, de otra manera. Me quedaré. Pondré cortinas en la ventana, y cuadritos en las paredes. Necesito un hogar.

Cierra la puerta.

No puedo imaginar si habla en serio; sospecho que sí, aunque las palabras sonaban a burla en mis oídos. De cualquier modo, ella había pasado a ser algo secundario. Era gris; y si yo podía controlarme durante un tiempo más, si lograba llegar hasta la noche sin comprometerme emocionalmente con nada, podría irme de allí, podría volar sin dolor, abandonar sin pena ese lugar ingrato, esa ciudad ingrata.

Del baño llegó ruido de agua que corre y luego la voz de Angeline, que entona una canción. Habla de prados y campiñas, creo, aunque no puedo entender la mayor parte de

las palabras. Me tiendo en la cama, con idea de descansar los músculos, pero las sábanas conservaban el calor del cuerpo de Angeline y de inmediato me llega su perfume de violetas, un tanto arrancado y mezclado con el olor de la transpiración; me resulta excitante, y hago un esfuerzo y vuelvo a levantarme. Ocupo la silla—.

Se abrió la puerta y entró Juan Abal. Me pongo otra vez de pie, de un salto. Él ha cerrado nuevamente la puerta y apoya la espalda contra ella. Está demacrado, y acusa en los ojos, más que en otras oportunidades, esa pequeña desviación y ese brillo agudo productos de la locura.

Me mira con aire desconfiado.

—¿Dónde está Juan? —pregunta, y sin darme tiempo a abrir la boca se responde él mismo—: Se lo llevaron. Usted permitió que se lo llevaran.

—¿Quién es Juan? —pregunto, porque ya no entiendo nada; pensaba que Juan era Juan Abal.

—Juan Abal —responde—. Mi hermano Juan Abal. Yo soy Pedro —me tiende la mano, recordando que quizá no habíamos sido presentados—. Pedro Abal, hermano de Juan. Él me habló mucho de usted. Me decía que usted no lo quería, que siempre trataba de entregarlo. Sin embargo, Juan le tenía afecto... Esperaba mucho de usted. ¿A dónde lo llevaron?

—Está muy grave —respondí—. No sé a dónde; vino el médico, dijo que tenía una leucemia muy avanzada...

Pedro rió sin ganas (si es que era Pedro; yo seguía viendo a Juan Abal).

—¡Leucemia! Y usted les creyó... ¿Usted piensa que una leucemia puede diagnosticarse así como así? Mi hermano Juan —explica— tiene frecuentes ataques de una fiebre tropical. Algo crónico, de todos modos no es grave.

Esto me suena lógico. Me doy cuenta de que he aceptado el diagnóstico con absoluta falta de sentido crítico, preocupado más bien por mi problema con los colores. Sin embargo, ¿qué podía haber hecho?

Abal suspiró.

—Han logrado, por fin, llevárselo —dice—. Definitivamente. Esto es un golpe muy rudo para nosotros. Muy rudo.

—¿Nosotros? —pregunto. Me mira atentamente.

—Es cierto que usted no sabe. No sabe nada. No quiere saber nada. Pero escuche —subió el tono y se me aproximó con aire que me parece amenazante—. Ahora va a tener que participar. Ahora va a entender. Usted es el responsable de que se hayan llevado a mi hermano. Ahora no les va a costar mucho llevarme a mí también, y a los otros. De usted no sospecharán. Tome —mete una mano entre las ropas y saca con cierta dificultad un librito—. Es el único ejemplar que queda. Está escrito por mi hermano. Allí está todo. Léalo. Salga de aquí y difúndalo. Esa es su misión.

Tomo el librito. Es un folleto muy pequeño, impreso probablemente a mimeógrafo, que se llama, nada menos, "TODA LA VERDAD"; y más abajo decía; "Por Juan Abal, catedrático de Filosofía de la Universidad de París". Luego venía el símbolo dibujado, algo con ruedas dentadas y serpientes entrelazadas.

—No se deje atrapar—, si se enteran de que usted tiene un ejemplar lo perseguirán implacablemente. Pero léalo. Léalo en profundidad. Se sentirá obligado a difundirlo. Hay que terminar con ellos. Con todos ellos. Léalo.

Abrió la puerta sorpresivamente, sacó la cabeza al corredor y miró en ambas direcciones. Luego, sin agregar más nada, salió y cerró la puerta con suavidad.

Estuve unos instantes contemplando el libro, sin animarme a abrirlo. Por un lado sentía gran curiosidad, y por otro tenía miedo de verme comprometido; de todos modos, pensé, ya por el hecho de tener el libro en mis manos, de haberlo aceptado, me veía de alguna manera comprometido; y lamenté haberlo hecho.

Del baño llega todavía el ruido de la ducha y la voz de Angeline, que de pronto se hace más aguda y entrecortada, sin duda porque se estará duchando con agua fría, y luego cesan los sonidos. Me siento en la silla y abro el libro, pensando que de cualquier manera esta noche habré de partir. No sé lo que haré con el libro, aunque lo más seguro es que no habré de llevarlo conmigo. Decido no sentirme culpable por haberlo aceptado, y desentenderme por completo de Juan (o Pedro) Abal (o de ambos, si existían los dos).

En la primera página había un prólogo del propio Juan Abal, que resumía en algunas líneas aquella historia que me había contado sobre sí mismo. Intentaba darle un tono trascendente, y prometía que en las páginas siguientes habría de ser revelada "toda la Verdad, para que nadie pueda llamarse nuevamente a engaño". En la página cinco comenzaba el texto, que repetía el título "TODA LA VERDAD" y más abajo, con letra un poco más pequeña: "Manual de Orientación Cósmica". Me sentí vivamente interesado, y comencé a temer que Angeline saliera del baño y me sorprendiera con el libro; aunque ella y Abal parecían muy compinches, no podía estar seguro de nada con respecto a toda esa gente, y temía verme envuelto, ya, en la persecución que, según el supuesto Pedro Abal, habría de sufrir a causa del libro. Leí algunas líneas del texto, que comenzaban, nuevamente, prometiendo descorrer los velos de todos los misterios, y haciendo un esfuerzo lo cerré y lo guardé en el bolsillo posterior del pantalón. Luego comencé a pasearme nerviosamente por la pieza, esperando a Angeline.

Me doy cuenta de que las cosas han retomado sus colores habituales, y lo interpreto como un mal síntoma, como un debilitamiento, pero en adelante me fue imposible readquirir la visión en blanco y negro. Pensé que el interés por el libro, la ansiedad por leerlo, o el temor de las consecuencias del compromiso adquirido, o todo ello junto, me habían devuelto la visión habitual.

Y pensé que todos los cambios que se operaban en mí eran el desenlace de

emociones muy intensas; y al no poder mantener esas emociones, o el estado de ánimo que ellas provocaban, me resultaba también imposible que esos cambios fuesen permanentes.

—No puedo continuar por ningún camino en línea recta —pienso—. Siempre me desvíó sin llegar a ninguna parte. Nunca he de llegar a ninguna parte.

Angeline salió del baño. Aparece fresca y atractiva, con un atractivo más sano ahora que ha perdido la pintura exagerada de labios y pechos. Al mismo tiempo tiene una expresión agradable, en la cual no advierto como hasta ahora, un rechazo hacia mí. Pienso que debo afirmarme en la idea de partir esta noche, lo que me ayudará a aceptar cualquier forma de relación con la mujer, sea favorable o no, satisfactoria o no. Trataré de adivinar qué cosa quiere y hacerle el juego, para no sentirme frustrado nuevamente. Debo aferrarme a la idea de partir esta noche, a cualquier precio.

—Voy a buscar mi ropa —dice. Era cierto que aún llevaba el camisón transparente y amplio—. Luego saldremos a comprar las cortinas y los cuadros.

Intento sugerirle que podemos, antes, acostarnos un rato.

—No —dice—. Me haría sentirme mal. Primero, debemos darle a la pieza carácter hogareño. Cuando estén las cortinas y los cuadritos será distinto. Créeme, quiero cambiar de vida, quiero quedarme contigo para siempre. ¿Vamos?

Hago una seña hacia la ventana.

—Los carabineros —digo—. No puedo salir.

—¡Oh, los carabineros! —ríe—. Hay otras salidas. Ven, pasaremos primero por el hotel para buscar mi ropa.

No puedo menos que seguirla, extrañado de la poca importancia que le da a los carabineros. Y si hay otras salidas, imagino que también estarán controladas; aunque, recuerdo, frente a la puertita que da a la calle, pasando bajo la escalera y atravesando el lugar de la misa, no había carabineros.

Me toma de la mano y me conduce escaleras arriba, hasta el cuarto piso. Allí, hacia el final del corredor con puertas a ambos lados, semejante al que hay en mi piso, se abre otro corredor, muy estrecho y corto. Lo atravesamos y nos encontramos en una construcción parecida, aunque evidentemente más lujosa y moderna. Hay alfombras mullidas y las barandas y los pasamanos relucen, limpios y brillantes.

Subimos ahora por otra escalera, alfombrada, y un par de pisos más arriba encontramos un tercer corredor. Ella se detiene ante una puerta, numerada 52 en bronce reluciente, y golpea con suavidad.

Abren de inmediato. Me hace pasar. Este lugar es completamente distinto del Asilo. Una pieza enorme y lujosa, el piso alfombrado, las paredes empapeladas en verde claro, el gran ventanal con cortinas de encaje. Una radio, sobre una mesita, deja oír música ligera. Hay dos camas, una común, cerca de la ventana, y hacia el centro de la habitación otra muy grande, de más de dos pía/as, ocupada casi totalmente por una mujer muy gorda; también

tiene puesto un camisón, y sobre su vientre hay una bandeja llena de naipes, como si estuviese haciendo un solitario. Quien nos ha abierto la puerta es un hombre delgado, alto, más que maduro, quien sin decir palabra fue a sentarse en una silla próxima a la ventana y tomó un diario que al parecer estaba leyendo, y clavó la vista en él. Parece muy cansado o muy viejo. Tiene bigotes caídos a los costados de la boca y una mirada acuosa, lo que le da un aspecto de infinita tristeza.

La gorda en cambio me mira en forma penetrante.

—Un amigo —me presenta Angeline.

—Este debe ser el que entregó a Abal —comenta la mujer, mirándome torvamente.

—El no tiene nada que ver —me defiende Angeline—. No sabe nada.

—Él lo entregó —insiste la gorda, y me hace con la mano un ademán para que me acerque y me siente en una silla junto a la cama—. Le voy a leer la fortuna —dice.

—Por favor —suplica Angeline—. No lo maltrates.

—Nadie habla de maltratarlo —replica la gorda—. Le voy a leer la fortuna.

Angeline abre el ropero y comienza a rebuscar en el interior. Me parece ver una hilera de sotanas colgadas de perchas, pero no puedo asegurar que lo sean; puede tratarse simplemente de vestidos negros de mujer.

La gorda mezcla las barajas con mucha paciencia y por fin me da el mazo, advirtiéndome que debo cortar tres veces. Así lo hago. Ella vuelve a juntar las cartas en un montón, y luego las va dando vuelta de a una.

—La Dama —dice, moviendo la cabeza—. Parece que el amor le sonrío. Cuidado con Angeline —advierte—. Es una buena chica; no me la vaya a pervertir —da vuelta otra carta—. El ahorcado —comenta, y me pregunto qué clase de barajas son ésas—. Mala suerte, muchacho. Tendrá disgustos con un hombre poderoso; cuídese de él. Veamos —da vuelta otra—. ¡El Bufón! La cosa cambia un poco, favorablemente; pero no confíe demasiado... ¡El Mono! Esto sí que está bueno: le van a robar la Dama, no se preocupe... Ya me parecía que no podía durar... ¡Hola! ¡El Enterrador! Pero no para usted, no se asuste; alguien que usted conoce va a morir pronto...

Angeline ha terminado de seleccionar sus ropas. Junto al ropero hay una puerta, y la traspuso y la cerró. La gorda dejó las barajas.

—Déme la mano izquierda —dice—. A ver qué muestran las líneas.

Le extiende la mano abierta, y ella la aproxima mucho a sus ojos y comienza a recorrer las líneas con el índice, lo que me produce un cosquilleo desagradable.

—Larga, larga vida —comenta, y adquiere una voz monótona y continua—. Un accidente importante, pero no muere. Sentimental, apocado, de gran generosidad que trata de contener por inhibición. Muchas mujeres en su pasado; muchos hijos. Mucha lujuria, también; una lujuria irrefrenable...

Me aferró la muñeca y llevó mi mano sobre uno de sus enormes pechos. Sentí que la

mano se me hundía en una masa gelatinosa, desagradable, y ella la apretaba más y la hacía mover en forma circular. Hice un esfuerzo para retirarla, mirando de reojo al hombre que seguía en la silla, leyendo el diario.

—Te espero luego —susurra la gorda—. A las seis de la tarde.

Llevó mi mano bajo las sábanas, corriendo un poco la bandeja a un costado, y a pesar de mi resistencia logró ubicarla entre sus piernas. Un contacto húmedo y caliente me estremeció y me dio fuerzas para pegar un tirón y liberarme.

—A las seis —vuelve a susurrar, y me mira con unos ojos fijos y terribles. Veo que tiene la frente cubierta de sudor y el pecho agitado en espasmos—. A las seis —repite. Yo me puse de pie bruscamente y me aproximé a la puerta—. Venga acá —dijo, en voz alta, y volví cerca de la cama por miedo de que armara un escándalo, aunque me mantuve a una distancia prudente—. Acuértese de lo que le digo —había vuelto a bajar la voz—: no podrá gozar a Angeline hasta que no venga por aquí —y se dio unos golpecitos en el vientre—. Acuértese.

Angeline salió de la otra pieza, completamente vestida y con una cartera colgando del hombro. Se había pintado discretamente, y calzaba zapatos de taco alto.

—¿Vamos? —dijo. Yo asentí y abandonamos la pieza sin despedirnos—. Hay ascensor —dijo luego—. Al final del pasillo.

Efectivamente, había un ascensor. Apreté el botón y esperamos largo rato antes de que llegara y su puerta se abriera en forma automática. Apreté el botón de planta baja, la puerta se cerró, y el ascensor descendió vertiginosamente, produciéndome un violento mareo y una sensación de hueco en la boca del estómago. Respiré hondo mientras la puerta se abría sola, y salimos.

—¿Quién es esa mujer gorda? —pregunté.

—Oh, creo que es mi madre —dijo Angeline, sin explicar más nada. Atravesamos un hall lujoso, lleno de sofás acolchados donde varias personas de edad avanzada y, al parecer, buena situación económica, leían periódicos o simplemente estaban sentados sin hacer nada. Detrás del mostrador de recepción -metálico, brillante- había un hombre de uniforme, con botones dorados, en quien reconocí a aquel que me había atendido de madrugada en el mostrador del Asilo, cuando fui a pedir un médico para Abal.

—¿Esto pertenece al Asilo? —volví a preguntar.

—Es todo una misma cosa —respondió, y no supe interpretar bien la frase. Siento que las miradas se clavan en mí, sin duda por mis ropas arrugadas y sucias, mientras nos desplazamos por el hall; el hombre del mostrador, en cambio, no parece reparar en mí ni reconocermé. Por fin llegamos a la calle.

La entrada del hotel daba a un gran bulevar; nada tenía que ver con aquellas callejas que aparecían al salir de las puertas del Asilo o del teatro. Daba la sensación casi de que hubiéramos salido a otra ciudad, o por lo menos a un barrio muy distante, de más categoría.

Anduvimos lentamente, como paseando, y Angeline me tomó del brazo. Parecíamos una pareja muy formal.

—Mira —dijo—. Debe ser mediodía. Las tiendas están cerradas. ¿Qué te parece si vamos a almorzar a algún lado? Tengo hambre.

A mí me parecía que debía ser más temprano, pero las tiendas realmente estaban cerradas. Yo no tenía hambre, pero asentí. Angeline comenzó a hablar de sus planes: las cortinas de las ventanas serían verdes, y también compraría unos visillos de tul que permitieran pasar la luz; los cuadros serían sobrios, algo, afirmó, como lo que había visto una vez en el consultorio de un dentista. Yo no hice comentarios, aunque imaginaba que serían cosas de mal gusto: una marina, o un paisaje campestre sacado de alguna revista. Comencé a sentirme culpable de mis planes de irme esa noche; pensé que mi deber era advertírsele a Angeline, pero la verdad es que aún no confiaba en ella, y finalmente resolví continuar ocultando mis planes, al menos hasta que no viera una situación más definida. Quizá... '

Me sorprendí a mí mismo traicionándome una vez más: quizá, pensaba, logro una buena relación con Angeline y sería tonto, entonces, irme de allí.

Me maldije. ¿Cómo podía pensar en una buena relación con esa mujer? ¿Cómo podía pensar en quedarme allí, un solo día más? "No debo caer en la tentación -me dije-. No debo ceder. Me voy esta noche, de cualquier manera." Pero no logré engañarme; algo había cedido en mí, tal vez la secreta esperanza de encontrar placer en Angeline, de encontrar compañerismo en Angeline o, al menos, de encontrar en ella un punto de referencia; el anhelo de que esa mujer pudiera contribuir a ubicarme a mí mismo, que pudiera devolverme algo que había perdido, que pudiera hallar en ella lo que era incapaz de hallar en mí. Mantuve formalmente la idea de partir, porque racionalmente me negaba a desecharla; pero ahora, y lo sabía, la cuestión era más aleatoria; sabía que no podía asegurármelo a mí mismo, que dependería de una cantidad de factores externos.

Anduvimos varias cuadras, mientras Angeline seguía hablando y yo no le prestaba atención; de pronto frenó un coche junto al cordón de la vereda, escasos metros delante de nosotros, y sus puertas se abrieron violentamente y bajaron algunos hombres. Era un coche antiguo, alto, cuadrado, de cuatro puertas, y detrás tenía un gran baúl. Los hombres estaban vestidos con trajes grises, de saco corto y tenían sombreros ladeados y revólveres. Nos rodearon rápidamente, y uno de ellos se situó a espaldas de Angeline y la tomó de los brazos, que llevó hacia atrás. Angeline gritó.

—Haz algo —me gritó—. ¡No los dejes que me lleven! ¡No los dejes!

Intenté interponerme pero me apartaron sin dificultad.

—Quédese quieto —dijo uno de ellos, con la boca torcida—. No es con usted el asunto.

Entre dos le sujetaban con una cuerda los brazos a la espalda, mientras ella pateaba y

gritaba. Yo no sabía qué hacer.

—¿Qué es esto? —pregunté— ¿Por qué se la llevan? Es mi mujer...

—Esta mujer es nuestra —dijo el mismo que me había hablado. Extrajo un papel del bolsillo—. Aquí está el documento...

—¿Qué le van a hacer? —pregunté, sin mirar el papel.

—Ella firmó un documento —dijo—. Ahora se ha cumplido el plazo. Es nuestra. Todo está en orden, no se preocupe.

—Pero ella... —intenté argumentar, caminando junto a ellos; ya la empujaban hacia el coche. Al acercarme vi al conductor.

—¡Marcel! —exclamé—. ¡Marcel! Qué suerte... Fíjate, se llevan a mi mujer, Angeline, no puede ser...

Marcel me miró a través del agujero de la ventanilla, con sus ojos lejanos y tristes. Tenía el bigote caído y llevaba su guardapolvo gris.

—Lo siento, compañero —dijo, con total insensibilidad—. Es la única que nos faltaba, la zorra se había escondido. El martes comienza el trabajo para la revista, sabes, la etapa final. Faltaba ella.

—Pero...

—Puedes venir, habrá trabajo para ti también —dijo, y el coche, con todos adentro, se puso en marcha con pequeñas sacudidas. Angeline seguía gritando, ahora con menos fuerza. Me agarré la cabeza.

El número especial de Paris-Hollywood. Angeline va a morir frente a una cámara fotográfica, como todas ellas. Mientras tanto, estará encadenada a una pared, hasta el martes, y será sometida a una serie de vejámenes que ella misma ha aceptado con su firma. Todo legal, como dijera Marcel. Todo en orden.

El bulevar está desierto. Camino como un borracho, sin saber adonde ir ni lo que hacer. El sol está muy fuerte.

Tuerzo por una calle perpendicular; el bulevar contaba casi exclusivamente con casas particulares, grandes mansiones, y muy pocos comercios; no había ningún bar, ni tampoco nada de sombra. Busco un bar en esta calle y encuentro uno, a un par de cuadras.

Me siento pesadamente a una mesa llena de polvo. El bar está casi desierto, apenas un par de parroquianos en el otro extremo. La radio pasa un monótono informativo sobre la guerra; entiendo que los alemanes ya están llegando a París, que es sólo cuestión de horas, y lo demás son largas reiteraciones de lo mismo, antecedentes de la guerra, recuerdos de guerras anteriores, cosas sin interés.

Pido una bebida fresca. No tengo sed, pero quiero pasarme el vaso frío por la frente y, de todos modos, tomo un poco del líquido -algo efervescente con gusto a menta-. Ahora sí, no me queda otra cosa que esperar la noche. Ella me parece muy distante, como que no fuera a llegar nunca. Trato de evadir todo pensamiento, dejando correr la vista por el local

sin fijarla en ningún detalle, y noto que algo me estorba en el bolsillo posterior, y recuerdo el libro de Abal. Me parece que nadie me presta atención, y lo saco del bolsillo y lo pongo sobre la mesa de modo que no se vea el título y comienzo a hojearlo y retomo la lectura allí donde la he interrumpido.

En un principio me interesa vivamente, por las revelaciones fabulosas que prometía; sin embargo, al avanzar en la lectura, y a pesar de ciertas frases y palabras que daban a entender que allí había algo especial, o ciertas cosas que despertaban en mi memoria raros ecos, descubrí que se iba transformando en algo sin sentido; Abal prolongaba su autobiografía, llena de detalles muy intrascendentes y pequeñas anécdotas, o intercalaba frases filosóficas elementales, e incluso muy dudosas, y hasta algunos chistes de mal gusto, pretendidas ironías contra supuestos detractores de su obra.

Aquello parecía ser el trabajo de un hombre que quisiera tener una verdad importante para decir, pero no tiene ninguna, y trata de disimular su fracaso entre fárragos anecdóticos y palabrería hueca, intentando evitar que el lector caiga en la cuenta de la vaciedad de sus palabras; así, la ironía, dirigida no se sabía bien contra quiénes, trataba de hacer cómplice al lector, no se sabía bien tampoco con qué finalidad.

Los únicos datos concretos yo ya los conocía: los detentores (y "fuentes", según Abal) del poder eran tres; había una organización tenebrosa en su torno, y esta organización debía ser destruida, aunque ello era una tarea gigantesca, casi imposible. A cada página prometía denunciar la organización con nombres y apellidos, pero esto era algo que nunca llegaba, y uno iba avanzando en el anecdotario de Abal dentro de una botella, de Abal bajo los puentes, de Abal y los vagabundos (y recordé que toda esta etapa de Abal, según él mismo me había dicho, se debía a su necesidad de ocultarse de la organización a causa, justamente, de este folleto que había escrito denunciándola; y entonces, entreverados los datos cronológicos, ya me fue imposible entender nada de la historia).

Estaba llegando a las páginas finales cuando me noté observado, y levanté la vista y vi a tres hombres parados alrededor de mi mesa, mirándome en silencio. Tenían una vaga semejanza con los que habían raptado a Angeline, pero no eran los mismos; vestían de manera similar, estilo gangsteril.

Uno de ellos estiró la mano y se apoderó del libro; mostró la tapa en forma significativa a los demás, que asintieron en silencio, con un movimiento de cabeza. Luego se sentaron a mi mesa sin pedir permiso.

—La denuncia era exacta —dijo uno, sentado a mi izquierda. Tenía una cicatriz en el rostro un tanto oscuro, y un pequeño bigote negro. No se habían quitado los sombreros.

—¿Dónde obtuvo este libro? —preguntó el que estaba frente a mí, probablemente el jefe del grupo. Era más gordo que los otros, y lo que más llamaba la atención en él era una corbata, con dibujos de mariposas multicolores, chillonas.

—Lo encontré —dije, alzándome de hombros.

—¿Dónde? —insistió el de la izquierda.

—Por ahí —dije, repitiendo el alzamiento de hombros—. En la calle.

—¿Por qué miente? —dijo el presunto jefe, mirándome a los ojos.

—¿Por qué no? —respondí, desafiante, cansado—. ¿Qué derecho tienen a hacerme preguntas?

El jefe extrajo un carnet del bolsillo, que extendió ante mi vista. Parecía ser de la policía o algo así, aunque en realidad no lo miré bien. Me encogí de hombros por tercera vez.

—¿Qué derecho tienen a hacerme preguntas? —repetí—. ¿Qué tiene de malo este libro?

—Es un libro prohibido, y usted lo sabe —dijo el de la izquierda.

—No —respondí—. No lo sé. Y, de todos modos, acabo de leerlo casi todo, y no pude encontrar nada reprochable; ni siquiera pude encontrar nada interesante.

Los hombres cruzaron miradas entre sí.

—¿Así que lo leyó?

—Sí —contesté—. Casi todo. Y repito que no tiene nada de interés.

—Tendremos que llevarlo con nosotros —dijo el tercero, el de la derecha, que era muy parecido al de la izquierda—. ¿Tiene documentos?

—No —respondí, moviendo enérgicamente la cabeza hacia los costados—. Me robaron la valija con todo.

Volvieron a mirarse.

Afuera, sonaba algo como un largo trueno lejano.

—Tendrá que acompañarnos —volvió a decir el de la derecha, pero el jefe no decía nada y me miraba fijamente.

—No veo por qué motivo —me defendí—. Aunque, después de todo, no veo el motivo de nada. Desde que llegué a París, no he podido encontrar nada coherente. Hagan lo que quieran. Estoy cansado.

—¿Extranjero? —preguntó el jefe.

—No sé —respondí—. Al principio creía que lo era, que venía a París por primera vez, luego comprobé, o al menos me pareció encontrar suficientes elementos de juicio como para creer que ya había estado aquí antes. Fue un viaje muy largo —expliqué—. Muy largo.

Los tres asintieron con la cabeza. El trueno lejano se iba aproximando, algo que venía por la calle, y se oían ahora otros sonidos, más agudos.

—De todos modos —dijo el jefe—, tendrá que venir con nosotros. Pura rutina —aclaró, para tranquilizarme, pero el de la izquierda soltó una carcajada.

Se pusieron de pie, y esperaron que yo hiciera lo mismo. El jefe se guardó el libro en

el bolsillo del saco estrecho. Me demoré unos instantes. El sonido era ahora más claro, se oía perfectamente una música, algo africano o más bien brasilero; parecía que se acercaba una enorme "escuela de samba". El bombo daba un golpe grave, profundo y prolongado, seguido de inmediato por uno más breve y luego otra vez el sonido largo; y una multitud de pequeños instrumentos de percusión, un tanto más agudos, que producían aquel sonido de trueno: un golpete desgranado, a destiempo. Y también había campanitas y otros sonidos cascabeleros.

Terminé la bebida, aunque no tenía ganas, y me puse lentamente en pie con menos ganas aún. No pagué, presumiendo que era el dueño del bar quien me había denunciado. Nos acercamos a la puerta, y desde allí pude ver una multitud que se aproximaba, a pocos metros de distancia.

—¿Qué es? —pregunté.

—Una manifestación contra los alemanes —respondió el jefe—. Ya se toparán con la policía montada, o con los propios alemanes cuando lleguen. De cualquier manera —añadió, dirigiéndose más bien a los otros dos— convendría dejarlos pasar—, no es difícil que nos agredan si alguno nos reconoce.

Yo di un paso hacia el cordón de la vereda, mientras los supuestos policías retrocedían hacia el interior del bar.

—Qué hace —dijo uno—. Venga acá.

Era una muchedumbre ruidosa y colorida. Fui a su encuentro, sintiéndome más seguro de mí mismo a cada paso que daba. Oí a los policías que gritaban otra vez desde el bar, pero me desentendí de ellos y penetré en la manifestación. Observé que desde distintos lugares llegaba gente (sin duda atraída como yo por la música) que de inmediato se integraba, y la columna crecía a ojos vistas.

Busqué un lugar hacia el centro, donde fuera difícil para alguien de afuera localizarme, y luego fui cambiando de sitio, porque aquello era muy variado; y por primera vez sentí la emoción de un espectáculo, de formar parte de un espectáculo y disfrutarlo al mismo tiempo como espectador.

Había distintos grupos de músicos que, a pesar de todo, mantenían una cierta coherencia musical a lo largo de toda la columna; estaban distribuidos a trechos más o menos regulares, y observé que había muchos instrumentos distintos, incluso sartenes de cocina, y hasta cacerolas. Grupos de jóvenes se movían por la columna en una y otra dirección coreando slogans antinazis, y otros grupos, la gran mayoría, cantaban y bailaban al son de la música.

De inmediato me encontré formando parte de uno de los grupos, sin poder evitar mover mis pies rítmicamente. Predominaban los jóvenes, aunque podía verse gente de todas las edades; y la sonrisa de algunas muchachas me alentó a desinhibirme, lentamente, por completo, y dejé que mis pies se movieran solos, guiados por la música, mientras la

mente descansaba y los sentidos recibían nítidamente todas las impresiones, aguzadas por la excitación que me producía la música y la gente en movimiento.

Reinaba la alegría, pero una alegría seria y disciplinada. Cada uno parecía saber exactamente lo que debía hacer, cómo mover los pies y qué lugar ocupar en la columna, aunque no había nadie que tratara de organizar las cosas, salvo, quizá, la música misma. La columna dobló a la derecha, luego a la izquierda, y en seguida nos encontramos junto al Sena.

Yo cambié de lugar, y me aproximé a un grupo de músicos. Cerré los ojos y me dediqué a recibir en el cuerpo las vibraciones de un enorme bombo, que me pegaban especialmente cerca de la boca del estómago y el vientre. Me provocaba un extraño placer, doloroso.

Luego volví a abrir los ojos y miré a mi alrededor: la masa humana había crecido aún más, y era para mí imposible calcular, ni remotamente, el número de sus integrantes. Pensé que los alemanes no entrarían en París con la misma facilidad con que la televisión los mostraba avanzando por las campiñas. Luego, sin embargo, mucho más tarde, advertí que el interés de la gente era más musical que político; los grupos que coreaban consignas fueron quedando prácticamente solos, y el resto se fue dispersando a medida que el cansancio los invadía.

Pero, mientras tanto, había un entusiasmo creciente, y la manifestación se estacionó un tiempo frente al Louvre. Las ametralladoras habían desaparecido de la entrada, quizás al divisar la manifestación. Los distintos grupos de músicos y de bailarines, así como los de las consignas, se movían e intercambiaban lugares. Aquello logró un punto óptimo de movimiento, casi vertiginoso, y aturdido por la música, el movimiento y mi propio cansancio, aunque todavía no había hecho conciencia de él, no pude darme cuenta si eran reales algunas caras conocidas que vi, o que me pareció ver, desfilando fugazmente ante mí, y que en seguida se perdían en la muchedumbre: el viejo Abal, Marcel, Angeline.

También vi otros rostros vagamente familiares, aunque sin poder precisar quiénes eran esas personas, si las había conocido o no. El viejo Abal no me sorprendió demasiado, fuese Juan o su hermano Pedro; al ver a Marcel el corazón me dio un vuelco, porque me resultó una presencia incompatible con esa manifestación, y porque me hizo recordar cómo había raptado a Angeline y el destino que a ella le esperaba; y mi sorpresa fue mayúscula cuando vi a la propia Angeline, tomada del brazo de unos hombres, formando parte de una larga farándula que recorría ondulante la concentración, y traté de seguirla para convencerme de que era ella realmente, pero fue imposible; de inmediato la perdí de vista, y me quedé con la duda, atrapado por un grupo circular que me rodeó, bailando.

Así pasó mucho tiempo; tal vez varias horas, porque el sol había descendido en forma apreciable, y no faltaba mucho, ya, para el anochecer; luego la manifestación se puso otra vez en marcha, siguiendo la avenida junto al Sena.

Cuando noté que íbamos quedando relativamente muy pocos, mi sensación de seguridad se fue desvaneciendo, y me fue penetrando la angustia, infiltrándose de nuevo en mi ánimo que, durante esas horas, había sido muy bueno. Pensé que podría haber seguido mucho tiempo en movimiento, tal vez todo el resto del día y de la noche, si la otra gente hubiese permanecido. Pero apenas me entró el desánimo me sentí muy cansado, y me desvié hacia el río. La manifestación, reducida ahora a unos cientos de personas, especialmente los fanáticos que coreaban las consignas y los músicos, infatigables, se perdió de vista. Yo quedé recostado al murallón del río, observando cómo el sol desaparecía también, con lentitud, detrás de los edificios más altos.

Allí traté de controlar la angustia. Sentía el cuerpo muy cansado y no me era fácil seguir una línea coherente de pensamiento; dejé, más bien, que éstos afluyeran naturalmente, y yo los observaba y, de vez en cuando, me permitía comentármelos a mí mismo. Así, fui descubriendo los orígenes de mi angustia actual, en los hechos anteriores a la manifestación: la captura de Angeline y la pérdida del libro que me habían confiado.

Aunque fuese realmente Angeline la mujer que había visto en la farándula, ello no me eximía de la culpa de no haber podido evitar que se la llevaran; y por más que estaba pendiente mi decisión de partir esa misma noche, me sentí frustrado por no tenerla más junto a mí; surgió el pensamiento de la debilidad de mi resolución de partir, y hallé un encadenamiento de frustraciones y debilidades que me fue hundiendo cada vez más. Luego, el asunto del libro que el supuesto Pedro Abal me había confiado, y que yo había perdido nada menos que a manos de la policía, colmaba toda medida, me transformaba en un ser completamente inútil.

Una botella de publicidad de agua mineral, de un par de metros de altura, que había estado mirando sin ver, integrada al paisaje de la rambla del Sena junto con un kiosco de revistas y unos árboles retorcidos, se puso repentinamente en movimiento; aparecieron dos piernas por debajo, alzándole unos centímetros, y el conjunto avanzó bamboleándose en mi dirección. Recordé las palabras de Abal: "Adentro de cada una de esas botellas, siempre hay un hombre". Paró a medio metro de mí y la botella descendió otra vez hasta ocultar las piernas que, supuse, ahora se habían doblado. A pesar de la oscuridad, que minuto a minuto se hacía más densa, ya que el sol había desaparecido definitivamente y sólo quedaba su claridad reflejada por el cielo, logré ver unos ojos a través de la ranura allí donde nacía el cuello de la botella. Estos ojos me resultaron familiares.

—Entrégume el libro —me susurró una voz. En principio pensé que se trataba del propio Abal, pero en realidad no eran esos los ojos que recordaba. Me inquietó no reconocer al individuo, ni siquiera por la voz.

—No lo tengo —respondí.

—¿Qué ha hecho con él?

—Me lo quitaron. En un bar.

El hombre soltó una maldición, que constaba de una gran cantidad de palabras y que se me antojó excesivamente literaria.

—¿Quién es usted? —pregunté. No obtuve respuesta.

—¿Cuál bar? —preguntó.

—No sé el nombre. No sé, no podría decirle ni siquiera la ubicación. De todos modos me lo quitaron unos policías, se lo guardaron en el bolsillo. Eran tres hombres, de sombreros grises...

—¡Policías! —se burló la voz.

—¿Quién es usted? —insistí, forzando la vista para tratar de ver algo más de las facciones en el interior de la botella; tampoco recibí respuesta esta vez. Por el contrario, la botella giró sobre sí misma, reaparecieron las piernas, y comenzó a alejarse, bamboleándose, por la rambla.

En todo el tiempo no había visto circular un solo vehículo. Eché a andar por una perpendicular, alejándome del Sena e internándome en la ciudad. Tenía ganas de perderme, aunque en el momento no se me ocurrió pensar que de todos modos ya estaba perdido; al no haber taxímetros en las inmediaciones, ni otros medios de transporte, no tenía realmente modo de regresar al Asilo; y, después de todo, el Asilo no era más que un punto de referencia. Pero, en ese momento, yo intentaba, inconscientemente, volver a él; y al cabo de unas cuantas cuadras, durante las cuales se agudizó mi cansancio, hice conciencia de mi necesidad de volver allí y me pregunté por qué diablos lo necesitaba.

No estaba Angeline -aunque viví un instante la fantasía de que sí podría estar-, que si era ella la mujer que había visto en la manifestación, bien podría haberse liberado de sus captores y regresado luego al Asilo—; tampoco podía contar ya con mi valija. Ni el cura ni ninguno de los otros personajes me resultaban especialmente agradables o útiles; sin embargo, era realmente un punto de referencia.

"Pero no necesito puntos de referencia -me dije, tratando de fortalecerme-. Necesito volar. Irme de aquí. Volar."

Sabía, sin embargo, que no podía hacerlo aún; sutiles lazos invisibles me mantenían atado a la ciudad, y quizá me llevara todavía cierto tiempo, aunque más no fuese algunos minutos, romperlos; el problema consistía en que no conocía la naturaleza de esos lazos. Era muy posible que fuera alguna esperanza engañosa que brillaba por alguna parte, pero no pude, o no quise realmente localizarla, saber con qué me estaba engañando ahora.

Por el momento seguí caminando, a la espera de la oportunidad propicia, de la señal de partida, que no sabía cuál podría ser pero que sin duda necesitaba. Para que yo pudiera partir tenía que suceder todavía algo más.

Anduve por calles mal iluminadas, y luego por uno de los grandes bulevares, no supe cuál, donde también advertí la falta total de tránsito y la escasez de transeúntes.

El bulevar estaba dividido por un cantero, con pasto y grandes macetas con tunas de

tanto en tanto. Caminé un trecho por el pasto y luego me tendí sobre él, de espaldas, y contemplé el cielo estrellado.

Las estrellas me llamaban hacia arriba. Me dejé estar, y llegué a sentirme como flotando, como si mi cuerpo se elevara unos centímetros, despegado del suelo, y fuera siendo lentamente atraído hacia arriba; luego lo pensé como una caída, como si el pasto fuera el techo de una habitación que tenía por piso ese enorme agujero punteado del cielo, y sentí vértigo; no era un vértigo desagradable, era casi amable, un cosquilleo en la boca del estómago, una emoción benigna.

Rato después apareció una gran claridad tras un alto edificio, y luego fue asomando media luna blanca, lechosa. Había aparecido temprano esa noche, y lamenté que no fuera luna llena. La imagen de mi silueta volando, de mis alas recortadas contra el círculo blanco, me habría estimulado quizá para partir de inmediato. Seguí tendido en el pasto.

Luego me levanté y reanudé la marcha sin rumbo, sintiéndome muy solo y poseído por una tristeza muy grande. Dos fuerzas en equilibrio me tiraban con igual intensidad, una hacia arriba, otra hacia abajo, y llegué a temer que mi cuerpo se quebrara, se dividiera en un estallido, mi sangre liberada salpicando el pasto del cantero, mi memoria disuelta, mi espíritu elevándose sin trabas hacia las estrellas.

—¿Qué es lo que me ata a este lugar? —me pregunté en voz baja, que me sonó muy extraña en los oídos. Después pensé que no había nada que me atara a ese lugar, salvo el miedo a otros lugares, la falta de confianza en mí mismo. Las últimas experiencias —quizá todas las experiencias desde que llegué a París, o incluso el propio viaje— me habían debilitado en extremo. No confiaba en mí mismo ni en los demás. ¿Qué podía esperar?

Apareció alguna gente, corriendo. Primero uno, luego dos, luego una pequeña bandada de cinco o seis personas que atravesaban el bulevar. Más tarde aparecieron otros y no lejos de allí se producía un rumor creciente.

Luego muchos más, corriendo en todas direcciones. Me detuve en mi sitio, no sabiendo qué actitud tomar, y en pocos minutos era una multitud la que corría, sembrando la confusión y el pánico. Quizá debí quedarme donde estaba, ya que no había ningún indicio de hacia adonde era más conveniente correr, pero me ganó el miedo y huí hacia una calle más oscura.

Logré encontrarme nuevamente solo, por unos instantes; pero no tardé en escuchar ráfagas de metralla y una gritería que se aproximaba, y en instantes la gente que corría me alcanzaba y pasaba a mi lado. Me pregunté si ya habían llegado los alemanes.

Miré hacia atrás y vi a la distancia cómo se acercaban unos auto-bombas, lentamente, y creí ver tanques de guerra detrás. Eché a correr nuevamente, junto a un número cada vez mayor de personas que gritaban cosas incomprensibles.

Vi que allá adelante también venían tanques, y doblé por una calle lateral; el sonido de las balas se aproximaba y la confusión era aquí mayor. De pronto me encontré en un

lugar redondo y cerrado, que no podía distinguir bien por la oscuridad, aparentemente un enorme callejón sin salida, donde la gente se entrechocaba y algunos caían y eran pisoteados; me volví hacia una pared, buscando refugio en algún portal, pero todos estaban ocupados ya por otra gente que se apiñaba allí.

—Por acá —siento que me dice una voz de mujer, y que ella me toma de un brazo; era Sonia—. ¿Qué estás haciendo tú aquí? —dice, no exactamente en tono de pregunta sino con gran alarma. Me lleva corriendo, en dirección a los tanques. Noto que tiene, desplegada en la mano derecha, una bandera (o quizás es solamente un trapo) totalmente roja; y que la agita ante los tanques. Detrás de los tanques viene la policía montada, repartiendo sablazos a la gente que sigue sin poder huir del encierro; pero a nosotros no nos tocan, y cuando estoy ya sin aliento, y Sonia probablemente también, noto que corremos con menor rapidez, hasta conseguir un paso normal; estamos afuera del lío.

—Uff —Sonia se recuesta contra una pared, próxima a un farol. Ya no está disfrazada de prostituta, sino que tiene aspecto de guerrillera, con una boina echada sobre un costado de la cabeza, el pelo cayendo suelto sobre los hombros, y un uniforme color verde oliva. Del cinturón cuelgan unos revólveres, y le cruza entre los pechos una cinta con balas de ametralladora.— Apenas puedas —agregó, todavía sin haber recuperado por completo el aliento—, regresa al Asilo. Conservas la valija, ¿verdad?

—¡No! —grito, recordando súbitamente cómo me la han robado, y todo el malestar que había sentido al comprobarlo y que, ahora, vuelve con toda su intensidad—. Alguien —agrego, con rabia— me la cambió por otra, llena de ladrillos.

Sonia me mira con expresión alegre.

—Idiota —dice, dulcemente—. A esa valija me refería. Fui yo quien la cambió por la tuya. Los ladrillos —agregó— son de oro, pintados color ladrillo. Es el tesoro de la Resistencia. Queda en tus manos, ya que esta noche habremos de morir.

La miré con incredulidad.

—¿Y qué hago yo con el oro? ¿Y quiénes han de morir? ¿Y por qué?

—No entenderías nada —responde— y no hay tiempo de que te explique todo desde el principio; pero sólo te diré que deberás conservar el oro hasta que alguien te lo pida. Favor por favor, ¿verdad? —y me mira a los ojos con una expresión muy intensa; luego pasa los brazos alrededor de mi cuello y, con los ojos llenos de lágrimas, pega sus labios a los míos, en un beso largo y desesperado. Yo la aprieto contra mi cuerpo y también siento que las lágrimas me llenan los ojos—. No me olvides —dice, luego—, Nunca podrás imaginar cuánto te amo.

Volvemos a besarnos. Me doy cuenta de que es cierto que me ama, y las cosas comienzan a cobrar sentido y quieren comenzar a acomodarse. Pero me apretó la mano, y sin transición dio media vuelta y echó a correr, hacia el lugar sitiado por los tanques y la policía.

—¡Sonia! —quiero gritar, mirando en la dirección en que se alejó, ya sin poder verla en la oscuridad profunda, pero no puedo gritar. La garganta se me anudó, y quedo parado allí, inmóvil, vacío.

Después, anduve por un París invisible, durante horas, dando vueltas y vueltas, hasta sentir los pies como en llaga viva y un envaramiento en las piernas que no me permitió seguir. Abrí los ojos a la realidad exterior. No me sorprendió encontrarme a media cuadra de la entrada del Asilo; en forma inconsciente lo había buscado y encontrado. Me aproximé con gran lentitud. Los carabineros continuaban, rígidos, enfrente. Subí penosamente hasta el primer piso, pero entonces, obedeciendo a un impulso, me quité los zapatos que ya no me permitían caminar y, llevándolos en la mano, seguí subiendo la escalera. Hacia la azotea.

Trepé los escalones de hierro y asomé el cuerpo nuevamente por la puerta trampa. Ahora, espesos nubarrones tapan la luna y las estrellas; el resplandor de la luz de neón continúa brillando sobre el centro de la ciudad. Con mucho cuidado sorteo los pozos y alambres y llego junto a uno de los parapetos. Me quito la camisa, y llevo las manos a la espalda para palpar las alas. Allí están, cuidadosamente plegadas.

Miro hacia abajo, hacia la calle, y siento vértigo. Luego miro hacia la noche, y el vértigo se acentúa. Intento desplegar las alas. Fue como si intentara mover las orejas; apenas logré un levísimo movimiento, producido sin duda por el desplazamiento de otros músculos de la espalda. Intento otra vez, inútilmente.

No sé desplegarlas. La vez anterior lo habían hecho solas, en forma automática, al ser precipitado en el vacío, ahora, cuando trato de hacerlo en forma voluntaria, no puedo.

Vuelvo a mirar hacia abajo. Los carabineros son apenas visibles, algo blancuzco y pequeño. Debo saltar. Debo volver a provocar esa situación que obligue a mis alas a abrirse. El vértigo me cubre la frente de sudor, y me tiemblan las manos y las piernas. No puedo saltar. Tengo miedo. Desde la distancia, sigue llegando el sonido de los disparos.

—Debo hacerlo —dije en voz alta, y afirmé las manos en el borde del parapeto y me ayudé a subir allí, de rodillas. Intenté ponerme de pie pero los músculos no me obedecían; el miedo me paralizaba—. ¡Vamos!—me grité—. ¡Salta! ¡Salta! ¡Salta!

Y me reí. Me atacó un pánico feroz y salté, pero no hacia la calle, sino hacia el piso de la azotea. Cincuenta centímetros. Me lastimé las rodillas, y me quedé allí, acurrucado en el suelo, riéndome de mí mismo, llorando.

FIN

NOTA POST-LIMINAR

Los relatos de Mario Levrero forman parte de un grupo de obras y autores uruguayos que, más que constituir una corriente con rasgos identificatorios, se ven unidos sólo por el carácter extraño, excéntrico de su narrativa con respecto a corrientes bien definidas de esa literatura: la de ambientación rural, de gran importancia, que comienza en el siglo pasado con Acevedo Díaz y tiene una fecunda continuidad en Javier de Viana, Juan José Morosoli, Enrique Amorim, Julio C. da Rosa y Mario Arregui, o la de carácter urbano, de tono más o menos realista, en la que podrían destacarse Juan Carlos Onetti, Mario Benedetti o Martínez Moreno. Ese carácter de difícil aprehensión y de variedad que caracteriza al grupo, integrado por algún antecesor ilustre como Lautremont, la obra perdurable de Felisberto Hernández y los tonos dispares de Armonía Somers, Luis Campodónico o Teresa Porcecanski, ha provocado una especie de lentitud en su difusión, tanto entre el público como en el reconocimiento o el análisis crítico. Además de tardar en ir dando a conocer sus obras, o en hacerlo en ediciones limitadas, van conformando un factor equilibrante que es la formación de un núcleo de lectores reducido pero fiel, a veces atraído por el carácter casi secreto de la obra. Desde luego, el mal no es eterno, y tarde o temprano la honestidad y constancia respecto al mundo personal que van creando aumenta el radio de su peso e influencia dentro del panorama de la literatura uruguaya en particular y de la latinoamericana en general. Es lo que ha ocurrido con Felisberto Hernández en los últimos quince años o con Armonía Somers en épocas más recientes.

Mario Levrero nació en Montevideo en 1940 y comenzó a escribir en 1966. Su primer trabajo fue una novela, *La ciudad*, publicada recién en 1971, y que según sus declaraciones fue escrita en ocho o diez días para luego sufrir sucesivas correcciones durante tres años. Esa lenta gestación de la versión definitiva hizo que un texto breve posterior (lo que los franceses llaman *nouvelle*), titulado *Gelatina*, apareciera antes, en 1968, editado por el grupo "Los huevos del Plata". Casi simultáneamente con *La ciudad* se editó en Montevideo un volumen de cuentos, *La máquina de pensar en Gladys*, que reunía doce relatos de muy variada extensión. *Nick Cáster*, una parodia del folletín y la novela policial, que llevaba como subtítulo una extensa explicación de propósitos ("Nick Cáster se divierte mientras el lector es asesinado y yo agonizo") apareció en Buenos Aires en 1975. También en esta ciudad se reeditó *La ciudad*, en 1977. A estos libros se agregan numerosos relatos incluidos en suplementos, revistas literarias y antologías, y un volumen traducido al francés y publicado en Bélgica en 1977: *Labyrinthes en eau trouble*.

Todos los relatos de Levrero están narrados por una primera persona de voz pareja, aunque haya algunos saltos a la tercera. Suele tratarse de un personaje un poco despistado acerca del contorno que lo rodea, y preocupado por algún propósito definido y a la vez minúsculo, cotidiano (en *La ciudad* se trata de comprar querosén, en otros casos, de

encontrar a alguna persona, o de desarmar un encendedor). Ese propósito va haciendo desfilar una serie de personajes y atmósferas alrededor de él, que construyen una trama interesante, no psicologista, como en las novelas de aventuras o policiales, a través del desplazamiento físico o la investigación. Los componentes de esa serie constituyen un mundo imaginativo rico y personal. Su brillo y multiplicidad han hecho que en ocasiones se encuadrara la obra dentro de la ciencia-ficción o la literatura fantástica. Lo cierto es que tal clasificación es lícita para algunos relatos. Así, por ejemplo, si se describen extraños métodos de reproducción o una sociedad con castas bien delimitadas donde se condiciona tecnológicamente a ratones y leones, se está ante gran parte del arsenal de la ciencia-ficción. Si el simple hecho de desarmar un encendedor se transforma en un crecimiento implacable y preciso del objeto inanimado, se está en la mejor tradición de la literatura fantástica. Sin embargo esa clasificación primaria se ve encuadrada por un contorno mayor, por un mundo propio donde tiene más peso la repetición de ciertas imágenes o situaciones arquetípicas: el carácter opresivo de los edificios, que ofrecen la posibilidad de encuentros inesperados en cada una de sus habitaciones, y que parecen "crecer hacia adentro", como apuntó Pablo Capanna; el carácter dual de los personajes femeninos, que o gozan de la lejanía inalcanzable de las mujeres del romanticismo o despliegan una lubricidad animal, asimilable a las descripciones más elementales de la literatura pornográfica; la imaginería creciente de descomposición orgánica de algunos de sus últimos textos; y por último el anhelo siempre presente del protagonista de alcanzar, a través de mundos cerrados a despecho de su multiplicidad externa, un aire más libre, intento casi siempre frustrado, o cuyo objetivo cae en un plano que se aproxima a lo místico.

En el plano estructural el relato puede desarrollarse con la calmada descripción de movimientos y medios ambientes que impera en *La ciudad*, donde aparece muy bien asimilado el ejemplo de Kafka, y donde las acciones se van encadenando en una serie lineal, o puede proyectarse, como en *Nick Cáster* y *La toma de la Bastilla*, en estructuras casi topológicas, que hacen estallar el argumento y lo proyectan de un lado a otro o sobre sí mismo, en una aceleración de partículas que alcanza a los propios personajes, testigos de su propio desdoblamiento físico y psíquico.

Dentro de las zonas culturales tocadas por su obra es interesante destacar que el cimiento estilístico y mitológico más extenso sobre el que parece descansar reside en los géneros o técnicas de difusión popular: la historieta, el folletín, la novela policial. Más tarde, a partir de ese año 1966 en que comienza a escribir, se agregarían autores precisos como Kafka, o Carroll, pero en un sustrato más consciente, menos profundo. Todos esos aportes no son introducidos en crudo, sino digeridos, canibalizados, en un acto casi inevitable para el autor latinoamericano, y que en ese movimiento suele dar vuelta del revés lo que absorbe, o adaptarlo a las características nacionales. Así por ejemplo los

recursos chillones del folletín, o planos de la historieta, se ven acelerados en Nick Cáster o en París hasta perder el sentido, o sumergidos en un pantano de elementos inaceptables en las formas originales de esos géneros (la clara exposición de las formas prohibidas del sexo, el carácter monstruoso del protagonista, los cambios temporales sin explicación lógica). En cuanto a la adaptación de lo que podríamos llamar la serie literaria, Pablo Capanna la ha sintetizado con acierto al decir de La ciudad que es "una experiencia de extrañamiento, un infierno pampeano donde las sombras de Franz Kafka y Lewis Carroll asoman tras un calentador Primus o una vieja bicicleta".

París constituye un texto intermedio entre la solidez descriptiva de La ciudad y el delirio imaginativo de La toma de la Bastilla o Las orejas ocultas. Fue escrita en 1970. Como ocurrió con Nick Cáster, redactada antes de leer algún relato del personaje original, anticipó el conocimiento concreto del tema, ya que Levrero viajaría posteriormente a la ciudad homónima. Como declaraba en un reportaje realizado por Enrique Estrázulas en 1977: "Escribí sobre París antes de conocer esa ciudad, donde viví menos de un mes. París aparecía con frecuencia en mis sueños. Eran símbolos inconscientes. Al visitarla descubrí que París no tenía nada que ver con mis sueños. Vi que era una hermosa ciudad, tal vez la más atrapante que he visto, pero no era el París de mis sueños y de mis pesadillas. Sin duda alguna, me quedo con el verdadero París: es mucho más rico y luminoso que mis fantasías".

A mi juicio esta novela integra, con títulos como Gelatina, El sótano o Espacios libres, la zona más equilibrada y original de la obra de Mario Levrero. Está saturada de invención y al mismo tiempo de una implícita camaradería por el lector, al que le brindan "ganchos" lícitos, "atracciones" en el viejo sentido circense, para desplegar en el revés de la trama esa búsqueda de una comunicación consigo mismo y con los demás que caracteriza a las mejores creaciones artísticas.

ELVIO E. GANDOLFO

Piriápolis, 3 de junio de 1979

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>